

José Aldazábal

Enséñame tus caminos

3

El tiempo pascual
día tras día

Centre de Pastoral
Litúrgica

José Aldazábal

ENSÉÑAME TUS CAMINOS

3

LA CINCUENTENA PASCUAL DÍA TRAS DÍA

Comentarios al leccionario ferial

Dossiers CPL, 68
Centre de Pastoral Litúrgica
Barcelona

SUMARIO

No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin la autorización escrita de la editorial.

Presentación	7
La Cincuentena pascual	9
La octava de Pascua	17
Segunda semana de Pascua	39
Tercera semana de Pascua	61
Cuarta semana de Pascua	81
Quinta semana de Pascua	101
Sexta semana de Pascua	121
Séptima semana de Pascua	141

1ª edición: enero de 1996
2ª edición: mayo de 1997
3ª edición: marzo de 1999

© CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA
Rivadeneira, 6.7. 08002 Barcelona
ISBN: 84-7467-361-5
D.L.: B - 3.889 - 99
Imp.: JNP

PRESENTACIÓN

También los días entre semana va iluminando la Palabra de Dios nuestro camino. Con una organización de lecturas que es más completa, evidentemente, que la de los domingos.

En la Cincuentena, el misterio de la Pascua del Señor lo celebramos, a lo largo de las siete semanas, con una serie de textos eucológicos y con una distribución más abundante de lecturas bíblicas durante las ferias –complementaria de la dominical– que nos ayudan a entrar en la dinámica de la Pascua, para que no sólo sea la Pascua de Cristo, sino también la nuestra, de la Iglesia y de cada cristiano.

Continuando con la que quiere ser una serie completa para todas las ferias del Año Cristiano, ofrecemos aquí unas reflexiones que, por una parte, están pensadas para que sean *meditación personal* en torno a las lecturas de cada día, y por otra, una ayuda para la *homilía* del que preside la Eucaristía de la comunidad.

Es muy sencilla la estructura de la reflexión de cada día. En un primer apartado (1) presentamos el contenido de la primera lectura (a), para en seguida aplicar su mensaje central a nuestra vida de ahora (b). Y lo mismo hacemos con la segunda lectura, o sea, el evangelio (2), resumiendo su contenido (a) y aplicándolo a nuestra vida cristiana y pascual de ahora (b).

Unas frases entresacadas de estas lecturas y de las oraciones del día quieren ser como unos recordatorios breves que nos acompañen durante el día, de modo que no sólo en el momento de la celebración o meditación, sino a lo largo de la jornada la Palabra de Dios y la oración de la Iglesia puedan servirnos de guía y estímulo.

LA CINCUENTENA PASCUAL

«Los cincuenta días que van desde el domingo de Resurrección hasta el domingo de Pentecostés han de ser celebrados con alegría y exultación como si se tratase de un solo y único día festivo, más aún, como un gran domingo»

(Normas sobre el Calendario, n. 22).

Parece una exageración. Pero las siete semanas de Pascua son, en el corazón del Año Litúrgico, y como motor de todo él, un solo y largo día de fiesta y de gracia. Es el objeto central de nuestra fe: no sólo que hace dos mil años Cristo resucitó, sino que sigue viviendo y nos está presente en todo momento.

Por eso la Cincuentena pascual, desde la Vigilia pascual hasta Pentecostés, es el «tiempo fuerte» por excelencia de todo el año cristiano.

La primera de las siete semanas, en la que tradicionalmente recibían su formación mistagógica los neófitos bautizados en la Vigilia, es la semana de la octava de Pascua.

Dentro de la Cincuentena se celebra también la Ascensión del Señor, ahora no necesariamente a los cuarenta días de la Pascua, sino en el domingo séptimo, porque la preocupación no es tanto cronológica, sino teológica, y la Ascensión pertenece sencillamente al misterio de la Pascua del Señor.

La fiesta de Pentecostés no es una fiesta aparte, independiente. Es la

maduración de la Pascua. Ya desde el primer día el Señor Resucitado promete y da su Espíritu. Aunque será en las últimas semanas, sobre todo en la séptima, después de la Ascensión, cuando las lecturas y las oraciones nos hablarán más del Espíritu. Pero la Cincuentena forma una gran unidad con sus dos polos: Cristo Resucitado y su Espíritu.

Una unidad que ahora queda también visiblemente más marcada por la presencia del Cirio pascual encendido, no sólo hasta la fiesta de la Ascensión, como antes, sino hasta el final del domingo de Pentecostés. Y sobre todo porque los ocho domingos de este tiempo se llaman ahora «domingos de Pascua» y no, como antes, «domingos después de Pascua».

En la primavera cósmica sucedió la salida de Egipto, la primera Pascua.

En la primavera cósmica sucedió el acontecimiento de la nueva Pascua, la de Cristo, su muerte y resurrección.

En la primavera cósmica celebramos también nosotros la Pascua de cada año. Con todo lo que la primavera nos sugiere de renovación y de vida, después del invierno.

La finalidad es que la Pascua de Cristo, y su Vida, vaya siendo nuestra Pascua y nuestra Vida. Para la comunidad y para cada cristiano. Para la humanidad y el cosmos entero.

A pesar de nuestras debilidades, o precisamente por ellas, el Resucitado quiere renovarnos cada año, llenándonos del don de su alegría, su libertad, su energía pascual y su Espíritu.

Las lecturas bíblicas

En el Tiempo pascual no se lee el Antiguo Testamento. El AT es promesa y figura, mientras que Pascua es realidad y plenitud en Cristo. La única excepción se da en la misa vigiliar de Pentecostés, donde se puede elegir la primera lectura entre cuatro pasajes del AT, para preparar la comprensión del misterio de la venida del Espíritu.

En la Cincuentena se leen prácticamente en lectura continuada el libro de los

Hechos y el evangelio de san Juan. Ciertamente, dos libros bien elegidos y que nos ayudan a profundizar en el misterio de la Pascua de Cristo, para que llegue a imbuir nuestra vida.

El espíritu de la Pascua no queda marcado sólo por las lecturas dominicales. Para muchos cristianos, sobre todo religiosos y religiosas, pero también muchos laicos, el ritmo diario de la Eucaristía, y en concreto sus lecturas, es una óptima escuela de crecimiento en la fe. Las lecturas diarias suponen, por su mismo número, un ritmo más completo que el de las dominicales para mantenernos en sintonía con la Pascua de Cristo Jesús.

El libro de los Hechos de los Apóstoles

Según una tradición antiquísima, que también comparten otras Iglesias y familias litúrgicas, durante el Tiempo pascual se leen los Hechos de los Apóstoles, la historia de la «comunidad de Jesús Resucitado», la Iglesia pascual, la prolongación y el signo viviente de la Pascua. Ya san Agustín (Sermón 315) afirma que «este libro se empieza a leer desde el domingo de Pascua, como es costumbre en la Iglesia».

Este libro de los Hechos se proclama en la Eucaristía tanto en los domingos como en las ferias, y además en el Oficio de Lecturas. Se escuchan veinte fragmentos en los domingos, entre los tres ciclos, y, cada año, cuarenta en la sucesión de las ferias de las siete semanas.

En los Hechos, libro escrito por Lucas probablemente hacia el año 80, se narra, como continuación orgánica de su evangelio (cf. Hch 1,1), la historia de la primera comunidad, desde el día de Pentecostés hasta la predicación de Pablo en Roma.

En él aparecen como protagonistas primero Pedro (en los capítulos 1-12) y luego Pablo (13-28). Se describe el proceso de crecimiento de la comunidad del Resucitado, animada continuamente por el Espíritu. No es un libro de historia en el sentido científico de la palabra. Es más bien una historia que Lucas –a veces testigo directo de los acontecimientos–, va interpretando en clave de teología y catequesis, haciendo ver cómo el Espíritu de Jesús está presente en la comunidad y va haciendo madurar a sus protagonistas, a la vez que la Palabra recorre su camino victorioso desde Jerusalén hasta Roma.

En la comunidad cristiana el Señor Resucitado sigue presente y activo por un doble medio: el Espíritu y la comunidad («nos ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros...»), y así prolonga en el mundo su misión y su fuerza salvadora. Es una comunidad evangelizada y evangelizadora, celebrante, misionera.

Por eso el libro de los Hechos es como un espejo en el que puede mirarse toda comunidad cristiana a lo largo de los siglos: ¿qué comunidad no nace de la Pascua de Cristo y está animada por el Espíritu? ¿qué comunidad no se compone de personas concretas, débiles y condicionadas por su tiempo, en medio de dificultades? ¿qué comunidad no está creciendo, evangelizando a las nuevas generaciones, procurando transmitirles toda la fuerza salvadora del Señor?

No es que la comunidad primera fuera modélica y no tuviera tensiones y defectos –los tenía y se reflejan en las páginas de los Hechos– pero desde su debilidad interna y las dificultades externas siguió fiel a Cristo y a su Espíritu. Es una comunidad que nos da ejemplo de «vida pascual».

El evangelio de san Juan

Durante estas siete semanas de Pascua el evangelio que proclamamos, en las ferias –después de la primera semana, en que se leen las apariciones del Resucitado– es el de san Juan, en una lectura semicontinua que complementa la que se había hecho a partir de la cuarta semana de Cuaresma.

En las misas de los domingos se leen, entre los tres ciclos, 17 perícopas de Juan. En las ferias, cada año, 38.

Sobre todo se presta atención en este tiempo a las páginas que podríamos llamar más «pascuales» y «sacramentales», las que se refieren a la vida pascual de la comunidad cristiana, centrada primero en el Señor Resucitado, y luego en su Espíritu:

- Jn 3, el coloquio de Jesús con Nicodemo sobre el bautismo y la fe, el nacimiento «por el agua y el Espíritu»,
- Jn 6, el discurso sobre el pan de la vida, la Eucaristía, otro sacramento pascual,

- Jn 10, Jesús, el Buen Pastor, la puerta y el alimento de la comunidad,
- Jn 14-17, el discurso de despedida y la oración de la Última Cena, sobre todo con la promesa del Espíritu y la perspectiva de la vida pospascual que el Señor propone a los suyos.

Los prefacios de la Pascua

Son cinco los prefacios para el Tiempo de Pascua, y dos los de la Ascensión del Señor para el día de la fiesta y los días sucesivos. A los que hay que sumar otro más –añadido al Misal castellano en la última edición– para los días siguientes a la Ascensión, en la espera del Espíritu. Finalmente, para el día de Pentecostés hay también un prefacio festivo propio.

Los cinco prefacios «pascuales», que se dicen indistintamente los domingos y los días feriales, tienen una *introducción* común, que centra ya el motivo de nuestra alabanza eucarística al Padre: la inmolación de Cristo como el Cordero pascual, entendida como el doble movimiento de su Cruz y su Resurrección:

«En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
glorificarte siempre, Señor,
pero más que nunca en esta noche (en la Vigilia),
en este día (en la octava),
en este tiempo (el resto de la cincuentena),
en que Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado».

También es común la *conclusión*, que describe la alegría que sienten la comunidad cristiana e incluso el cosmos entero, en unión con los ángeles y santos, al participar de la Pascua de su Señor:

«Por eso, con esta efusión de gozo pascual,
el mundo entero se desborda de alegría,
y también los coros celestiales,
los ángeles y los arcángeles,
cantan sin cesar el himno de tu gloria».

Lo que va cambiando en cada uno de los prefacios es su *motivación central*, que viene descrita ya en su título.

Prefacio pascual I: El misterio pascual

Porque él es el verdadero Cordero
que quitó el pecado del mundo;
muriendo destruyó nuestra muerte,
y resucitando restauró la vida.

Prefacio pascual II: La nueva vida en Cristo

Por él, los hijos de la luz
amanecen a la vida eterna,
los creyentes atraviesan los umbrales
del reino de los cielos;
porque en la muerte de Cristo
nuestra muerte ha sido vencida
y en su resurrección
hemos resucitado todos.

Prefacio pascual III: Cristo vivo e intercesor perpetuo en favor nuestro

Porque él no cesa de ofrecerse por nosotros,
de interceder por todos ante ti;
inmolado, ya no vuelve a morir;
sacrificado, vive para siempre.

*Prefacio pascual IV: La restauración del universo
por el misterio pascual*

Por que en él
fue demolida nuestra antigua miseria,
reconstruido cuanto estaba derrumbado
y renovada en plenitud la salvación.

Prefacio pascual V: Cristo, sacerdote y víctima

Porque él,
con la inmolación de su cuerpo en la cruz,
dio pleno cumplimiento a lo que anunciaban
los sacrificios de la antigua alianza,
y ofreciéndose a sí mismo por nuestra salvación,
quiso ser al mismo tiempo
sacerdote, víctima y altar.

Entre los cinco prefacios nos ayudan a situarnos, en clima de alabanza y oración, en las claves justas para celebrar y vivir la Pascua.

a) Cristo, el Cordero pascual

La imagen del Cordero es una de las que más expresivamente describe la persona de Cristo y el carácter sacrificial y salvador de su muerte.

Los judíos, comiendo el cordero pascual cada año, celebran el memorial del Exodo de Egipto y la alianza con Yahvé en el Sinaí. Todo ello empezó precisamente con la sangre del cordero que marcó las puertas de sus casas en la noche trágica de Egipto.

Ahora la Pascua de Cristo, su entrega a la muerte por toda la humanidad, sustituye y cumple la Pascua judía. Con palabras de Pablo (1 Co 5,7) decimos que «Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado» (introducción), y el primer prefacio añade: «porque él es el verdadero Cordero que quitó el pecado del mundo» (1º). La Pascua de Cristo es el verdadero y definitivo sacrificio que cumple todas las promesas: «porque él, con la inmolación de su cuerpo en la cruz, dio pleno cumplimiento a lo que anunciaban los sacrificios de la antigua alianza» (5º), y en la cruz él es a la vez «sacerdote, víctima y altar» (5º).

Isaías, al anunciar al Siervo que se entregaría por todos, lo compara con un cordero que es llevado a la muerte (Is 53,7). El evangelio de Juan empieza presentando a Jesús, por boca del Bautista, como «el cordero que quita el pecado del mundo», y termina haciendo que coincida la hora en que murió Jesús en la cruz precisamente con la hora en que las familias judías

sacrificaban los corderos para su cena pascual. Y aplicará a Cristo en la cruz la norma de que al cordero pascual no hay que quebrarle ningún hueso (Jn 19, 36).

Esta visión de Cristo y su sacrificio pascual en la Cruz en clave del Cordero, la recordamos en la misa varias veces: cuando en el Gloria cantamos «Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre»; o en el momento de la fracción del pan, cuando se canta el «Cordero de Dios»; o cuando somos invitados a comulgar: «éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo». En esta invitación hay una referencia más rica a «las bodas del Cordero» del Apocalipsis. La invitación a la «cena» (castellano) o a la «mesa» (catalán, euskera) no reflejan la riqueza del original latino: «ad coenam Agni vocati». En la Eucaristía recibimos la prenda y la garantía de poder participar en la comida del Cordero triunfador y pascual, la comida eterna, escatológica, en la que festejaremos la victoria de Cristo Resucitado.

b) Muriendo, destruyó nuestra muerte

Los efectos de la Pascua de Cristo para nosotros son descritos en estos prefacios con unos trazos escuetos y expresivos, a modo de telegramas de victoria.

Cristo nos ha salvado con su entrega pascual.

Eso supone una vertiente negativa: «muriendo, destruyó nuestra muerte» (1º), «en la muerte de Cristo nuestra muerte ha sido vencida» (2º), «en él fue demolida nuestra antigua miseria» (4º).

Y otra gozosamente positiva: «resucitando, restauró la vida» (1º), «reconstruido cuanto estaba derrumbado» (4º), «en su resurrección hemos resucitado todos» (2º), «porque en él fue renovada en plenitud la salvación» (4º).

No puede faltar la alusión a la iluminación bautismal, tan típica de Pascua: «por él los hijos de la luz amanecen a la vida eterna» (2º).

La derrota de la muerte. La comunicación de su misma vida. Cristo es primicia de los resucitados. La íntima solidaridad que se da, ya desde el bautismo, entre Cristo y nosotros, nos hace partícipes de su acontecimiento pascual.

c) El sacerdocio celeste de Cristo

La Pascua no se ve en estos prefacios sólo como acontecimiento, sino también como actitud permanente del Resucitado en su existencia escatológica.

La Pascua de hace dos mil años no ha terminado: permanece viva en él, en su estado glorioso, porque él está en continuo estado de ofrecimiento y de intercesión por nosotros. Y para siempre, porque ya no puede morir. El NT contempla a Cristo como el Kyrios, el Señor, el Cordero victorioso (Apocalipsis), el «ministro del nuevo santuario» (Hebreos), el sacerdote siempre vivo para interceder en nuestro favor (Hb 7,25 y Rm 8,34).

Lo dice un prefacio: «Porque él no cesa de ofrecerse por nosotros, de interceder por todos ante ti; inmolado, ya no vuelve a morir, sacrificado, vive para siempre» (3º).

Cuando celebramos la Eucaristía, que es el signo sacramental de la Pascua de Cristo, actualizamos su entrega en la Cruz como memorial. Pero sobre todo conectamos y visibilizamos la actitud pascual que tiene ahora, como Señor glorificado en el cielo, donde «no deja de ofrecerse por nosotros» y ser nuestro Abogado.

Entre todos los prefacios se puede decir que nos hacen «rezar una teología pascual» muy profunda, complementaria de la que se trasluce de las lecturas bíblicas y de las otras oraciones menores de la Misa y de la Liturgia de las Horas.

El recuerdo pascual de la Virgen María

El recuerdo de la Virgen nos ayuda a lo largo de todo el año. También en Pascua.

Si ella fue maestra del Adviento y la Navidad, porque fue testigo excepcional de los acontecimientos iniciales de la salvación y acogió con corazón creyente al Mesías, también fue testigo valiente y privilegiado del camino de Cristo a la muerte y de su resurrección y luego de la venida del Espíritu.

Por eso es la mejor maestra que la comunidad cristiana puede tener para vivir en profundidad la Pascua del Señor y la plenitud de su Espíritu. Es la mejor maestra porque fue la mejor discípula. La Madre del Resucitado. La llena del Espíritu. La mujer pascual y pentecostal por excelencia. Modelo entrañable de una comunidad que quiere celebrar la Pascua de su Señor, participando en plenitud en ella y dejándose llenar de su Espíritu.

LA OCTAVA DE PASCUA

*«Los ocho primeros días del tiempo pascual
constituyen la Octava de Pascua
y se celebran como solemnidades del Señor»*

(Normas sobre el Calendario, n. 24).

Es la única ocasión en el año en que todos los días de una semana se celebran con categoría de solemnidades.

En el prefacio decimos durante toda la semana que alabamos a Dios «más que nunca *en este día*», porque los ocho días los celebramos como un único día.

Es característica de esta semana, antes del evangelio, la secuencia *Victimae Paschali laudes*: «Ofrezcan los cristianos ofrendas de alabanza / a gloria de la Víctima propicia de la Pascua».

Durante esta octava, escuchamos en el *evangelio* las apariciones de Jesús Resucitado, narradas por los cuatro evangelistas, cada uno con su estilo y sus matices diferentes.

Como *primera lectura* comenzamos a leer el libro de los Hechos, a partir de la catequesis de Pedro sobre Cristo Resucitado el día de Pentecostés.

PRIMERA SEMANA DE PASCUA

lunes

Hch 2, 14.22-32 Dios resucitó a este Jesús y todos nosotros somos testigos
Mt 28,8-15 Id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea:
allí me verán

martes

Hch 2, 36-41 Convertíos y bautizaos todos en nombre de Jesucristo
Jn 20, 11-18 He visto al Señor y ha dicho esto

miércoles

Hch 3, 1-10 Te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo, echa a andar
Lc 24, 13-35 Reconocieron a Jesús al partir el pan

jueves

Hch 3, 11-26 Matasteis al autor de la vida,
pero Dios le resucitó de entre los muertos
Lc 24, 35-48 Estaba escrito: el Mesías padecerá y resucitará al tercer día

viernes

Hch 4, 1-12 Jesús es la piedra angular: ningún otro puede salvar
Jn 21, 1-14 Jesús se acerca, toma el pan y se lo da,
y lo mismo el pescado

sábado

Hch 4, 13-21 No podemos menos de contar lo que hemos visto y oído
Mc 16,9-15 Id al mundo entero y predicad el evangelio

LUNES

1. Hechos 2, 14.22-32

Qué valentía la de Pedro cuando el día de Pentecostés, ante todo el pueblo, proclama la resurrección de Jesús.

El que hacía pocos días le había negado, asustado ante los guardias y las criadas del palacio de Pilato, jurando que ni le conocía, ahora comienza, ante el pueblo y luego ante las autoridades de Israel, una serie de testimonios a cuál más intrépidos, que iremos leyendo a lo largo de esta semana. Entre sus negaciones y su testimonio ha habido un acontecimiento decisivo: la resurrección de Jesús y el envío de su Espíritu en Pentecostés. Pedro y los suyos han madurado mucho en la fe.

Esta primera predicación de Pedro es una catequesis clara y contundente sobre la persona de Jesús, dirigida precisamente a los habitantes de Jerusalén, los que habían estado más directamente implicados en su muerte: «vosotros lo matasteis en una cruz, pero Dios lo resucitó, y nosotros somos testigos».

Pedro centra con decisión su anuncio en la muerte y resurrección de Jesús. Cuando le vieron morir, parecía como que Dios le abandonaba: «ha salvado a otros, que se salve a sí mismo; si confía en Dios, que le salve, porque ha dicho que es el Hijo de Dios» (Mt 27,42s). El mismo Jesús grita desde la cruz: «¿por qué me has abandonado?». Pero Dios le resucitó, y ahora Pedro y los suyos son testigos de cómo le ha reivindicado delante de todos.

En la lectura, y luego en el salmo responsorial, tenemos un ejemplo muy claro de cómo la primera generación «cristianizaba» los salmos, cómo los interpretaba desde Cristo.

Allí donde el salmista, un judío creyente sumido en el dolor pero lleno de confianza, afirmaba: «con él a mi derecha no vacilaré... mi carne descansa serena, porque no me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción, me enseñarás el sendero de la vida», Pedro, y con él la comunidad cristiana, ponen estos sentimientos en boca del mismo Cristo Jesús. Consideran que la resurrección de Jesús ya estaba anunciada proféticamente

en este salmo, que ahora resulta un verdadero «Magnificat» puesto en boca del Resucitado.

2. Mateo 28, 8-15

a) Dos grupos de personas han visto el sepulcro vacío y corren a anunciarlo, aunque de forma muy distinta: las mujeres y los guardias.

No es pequeño el mérito de aquellas mujeres seguidoras de Jesús. Le habían acompañado y ayudado durante su ministerio. Estuvieron presentes al pie de la cruz, con una valentía que dejaba en evidencia la cobardía de la mayoría de los apóstoles. Son también las que acuden antes al sepulcro, y ahora merecen la primera aparición del Resucitado.

Al ver el sepulcro vacío y oír las palabras del ángel que les asegura que «no está aquí, ha resucitado», se marchan presurosas, llenas a la vez de miedo y de alegría. Y en seguida se les aparece el mismo Jesús. Ellas venían en busca de un muerto y ahora le encuentran vivo. La primera palabra que les dirige es: «alegraos... no tengáis miedo», y les da un encargo: «id a comunicar a mis hermanos...». Estas mujeres creyentes son las que primero pueden dar testimonio de la resurrección de Jesús y se convierten en mensajeras de la gran noticia para con los mismos apóstoles: apóstoles de los apóstoles. Aunque no les van a hacer mucho caso.

Los guardias también han visto el sepulcro vacío. Su primer sentimiento es el miedo, porque han descuidado la misión que les habían encomendado. Pero aceptan el soborno que les proponen: la corrupción es un mal muy antiguo. Y hacen correr la voz de que han robado el cadáver del crucificado.

b) No tengáis miedo. Id a decir...

También nosotros nos sentimos animados por esta palabra, que nos invita ante todo a no perder nunca la esperanza. Y además, a seguir dando testimonio del Resucitado en nuestro mundo.

Primero fueron aquellas mujeres. Y como ellas, cuántas otras, a lo largo de la historia de la Iglesia, han dado parecido testimonio de Cristo Jesús en la

comunidad cristiana, en la familia, en la escuela, en los hospitales, en las misiones, en tantos campos de la vida social.

Después de las mujeres vinieron Pedro, Juan y los demás apóstoles, y generaciones y generaciones de cristianos a lo largo de dos mil años. Y ahora, nosotros. En medio de un mundo que sigue prefiriendo la versión del robo, u otras igualmente pintorescas, los cristianos recibimos el encargo de anunciar a Cristo Resucitado, único salvador de la humanidad. Ante tantos que sufren desorientación y desencanto, nosotros nos convertimos en testigos de la vida y de la esperanza.

Probablemente, ante las dificultades y la apatía de muchos, también nosotros necesitemos oír la palabra alentadora: «alegraos... no tengáis miedo... seguid anunciando...». Nuestro testimonio será creíble si está convertido en vida, si se nos nota en la cara antes que en las palabras. La Resurrección de Jesús no es sólo una noticia, una verdad a creer o un acontecimiento a recordar: es una fuerza de vida que el Resucitado nos quiere comunicar a cada uno de nosotros.

Uno de los momentos privilegiados de nuestro encuentro con él es la Eucaristía. Cada vez que la celebramos deberíamos salir, como las mujeres del evangelio, llenos de la buena noticia y de la experiencia de comunión con el Señor, dispuestos a comunicar con verdadero aire de alegría a nuestra sociedad, a nuestra familia, a nuestra comunidad religiosa, el mensaje de vida que nos ha encargado el Señor resucitado.

También nosotros, como el salmista creyente y como Jesús en el trance de su muerte, podemos decir el salmo 15 con sentido. Si estamos experimentando momentos de desconcierto o de dolor, digámosle a Dios, al inicio de la Pascua: «con él a mi derecha no vacilaré... me enseñarás el sendero de la vida». Las dificultades de la vida pertenecen a nuestro seguimiento de ese Cristo que llegó a la nueva existencia a través de la pasión y de la muerte. Con él estamos destinados todos a la vida.

Por eso escuchamos y creemos la consigna del Resucitado: «alegraos».

/// «El Señor ha resucitado de entre los muertos:
/// alegrémonos todos, porque reina para siempre» (*entrada*)

«Me has enseñado el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia» (*1ª lectura*)

«Alegraos, no tengáis miedo» (*evangelio*)

«Señor, que la gracia del misterio pascual
llene totalmente nuestro espíritu» (*poscomunión*)

MARTES

1. Hechos 2,36-41

Pedro termina su discurso de Pentecostés ante el pueblo reunido, con claridad y valentía. El que antes de la Pascua aparecía con frecuencia lento en entender los planes de Jesús, ahora está lúcido y ha madurado en la fe, conducido por el Espíritu. Pedro proclama el acontecimiento de la Pascua desde la perspectiva mesiánica: al Jesús a quien sus enemigos han llevado a la muerte, Dios, al resucitarle, le ha constituido Señor y Mesías, le ha «autenticado» ante todos en el acontecimiento de la Pascua.

Lucas nos describe el camino de la iniciación cristiana, con sus diversas etapas:

- muchos oyentes se dejan convencer por el testimonio de Pedro y preguntan: ¿qué hemos de hacer?,
- Pedro les dice que se conviertan, que abandonen su camino anterior, equivocado, propio de una «generación perversa»,
- o sea, que crean en Cristo Jesús,
- y los que crean, que reciban el bautismo de agua en nombre de Jesús, bautismo que les dará el perdón de sus pecados y el don del Espíritu,
- bautismo que es universal, para todos los que se sientan llamados por Dios,
- y así se incorporen a la comunidad eclesial, a la comunidad del Resucitado, que empieza a crecer nada menos que con tres mil nuevos miembros.

Este programa, que va desde la evangelización hasta el bautismo y la vida eclesial, se irá repitiendo generación tras generación, con más o menos énfasis en cada una de sus etapas.

Podemos cantar, con el salmo, que «la misericordia del Señor llena la tierra».

2. Juan 20,11-18

a) Esta vez es Juan el que nos cuenta el encuentro de María Magdalena con el Resucitado.

Es una mujer llena de sensibilidad, decidida, que ha sido pecadora, pero que se ha convertido y cree en Jesús y le ama profundamente. Ha estado al pie de la cruz. Ahora está llorando junto al sepulcro.

Se ve claramente que tanto las mujeres como los demás discípulos no estaban demasiado predispuestos a tomar en serio la promesa de la resurrección. La única interpretación que se le ocurre a la Magdalena, ante la vista de la tumba vacía, es que han robado el cuerpo de su Señor, y está dispuesta a hacerse cargo de él, si le encuentra: «yo lo recogeré».

En las diversas apariciones del Señor sus discípulos no le reconocen fácilmente: unos lo confunden con un caminante más, otros con un fantasma, y Magdalena con el hortelano. El Resucitado no es «experimentable» como antes: está en una existencia nueva, y él se manifiesta a quien quiere y cuando quiere. Eso sí, los que se encuentran con él quedan llenos de alegría y su vida cambia por completo.

Magdalena le reconoce cuando Jesús pronuncia su nombre: «María». Es la experiencia personal de la fe. Jesús había dicho que el Buen Pastor conoce a sus ovejas una a una. La fe y la salvación siempre son nominales, personalizadas, tanto en la llamada como en la respuesta.

Magdalena recibe una misión: no puede quedarse allí, no puede «retener» para sí al que acaba de encontrar resucitado, sino que tiene que ir a anunciar la buena noticia a todos. Se convierte así, como vimos ayer de las demás mujeres, en «apóstol de los apóstoles».

b) Ojalá también nosotros, ante el acontecimiento de la Pascua, nos dejemos ganar por Cristo.

La Pascua que hemos empezado a celebrar nos interpela y nos provoca: quiere llenarnos de energía y de alegría. Se tendrá que notar en nuestro estilo de vida que creemos de verdad en la Pascua del Señor: que él ha resucitado, que se nos han perdonado los pecados, que hemos recibido el don del Espíritu y pertenecemos a su comunidad, que es la Iglesia.

Ayudados por la fe, seguramente hemos «oído» que también a nosotros el Señor nos ha mirado y ha pronunciado nuestro nombre, llamándonos a la vida cristiana, o a la vida religiosa o sacerdotal. El popular canto de Gabarain, lleno de sentimiento, está inspirado por tantas escenas del evangelio, además del caso de la Magdalena: «me has mirado a los ojos, sonriendo has dicho mi nombre». Y nosotros nos hemos dejado convencer vitalmente por esa llamada. Como los oyentes de Pedro a los que les llega su predicación al alma y preguntan qué deben hacer.

Somos enviados a anunciar la buena noticia. Pero sólo será convincente nuestro anuncio si brota de la experiencia de nuestro encuentro con el Señor.

Como Pedro y la Magdalena y las demás mujeres han quedado transformados por la Pascua, nosotros, si la celebramos bien, seremos testigos que la contagiamos a nuestro alrededor. Y los demás nos verán en nuestra cara y en nuestra manera de vida esa «libertad verdadera» y esa «alegría del cielo que ya hemos empezado a gustar en la tierra», como ha pedido la oración del día.

Claro que nosotros no acabamos de «ver» ni reconocer al Señor en nuestra vida, mucho menos que los discípulos a quienes se apareció. Pero tenemos el mérito de creer en él sin haberle visto con los ojos de la carne: «dichosos los que crean sin haber visto», como dijo Jesús a Tomás.

En la Eucaristía, tenemos cada día un encuentro pascual con el Resucitado, que no sólo nos saluda, sino que se nos da como alimento y nos transmite su propia vida. Es la mejor «aparición», que no nos permite envidiar demasiado ni a los apóstoles ni a los discípulos de Emaús ni a la Magdalena.

«Que tu pueblo, Señor, alcance la libertad verdadera (*oración*)

«La misericordia del Señor llena la tierra» (*salmo*)

«Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo» (*aleluya*)

«Anda y di a mis hermanos: subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro» (*evangelio*)

«Ya que habéis resucitado con Dios, buscad los bienes de arriba, donde está Cristo» (*comunión*)

MIÉRCOLES

1. Hechos 3, 1-10

Pedro y Juan curan en nombre de Jesús al paralítico del templo, a la hora del sacrificio de la tarde.

Qué bien cuenta Lucas el episodio: el pobre mendigo a la puerta del templo –como se ve, fenómeno antiguo–, la mirada fija del mendigo que espera algo, la mirada también fija de Pedro, el contacto de la mano, las palabras breves y solemnes: «en nombre de Jesucristo Nazareno, echa a andar», y la curación progresiva del buen hombre hasta seguirles dando brincos al Templo, ante la admiración de la gente.

La fuerza salvadora, que en vida de Jesús brotaba de él, curando a los enfermos y resucitando a los muertos, es ahora energía pascual que sigue activa: el Resucitado está presente, aunque invisible, y actúa a través de su comunidad, en concreto a través de los apóstoles, a los que había enviado a «proclamar el Reino de Dios y a curar» (Lc 9,2). No tendrán medios económicos, pero sí participan de la fuerza del Señor.

2. Lucas 24, 13-35

a) Otro magnífico relato de Lucas, ahora en su evangelio, con la descripción psicológicamente magistral del «viaje de ida y vuelta» de los dos discípulos desde la comunidad a su casita propia y desde la casita propia de nuevo a la comunidad, desde Jerusalén a Emaús y desde Emaús a Jerusalén, que es donde tenían que haberse quedado, porque no hay que abandonar a la comunidad sobre todo en momentos difíciles.

El viaje de ida es triste, en silencio, con sentimientos de derrota y desilusión: «nosotros esperábamos...». No reconocen al caminante que se les junta. Siempre es difícil reconocer al Resucitado, como en el caso de la Magdalena, sobre todo cuando los ojos están tristes y cerrados. Se ha desmoronado su fe, que estaba mal fundamentada. No creen en la resurrección, a pesar de que algunas mujeres van diciendo que han visto el sepulcro vacío.

El viaje de vuelta es exactamente lo contrario: corren presurosos, llenos de alegría, los ojos abiertos ahora a la inteligencia de las Escrituras, comentando entre ellos la experiencia tenida, impacientes por anunciarla a la comunidad.

En medio ha sucedido algo decisivo: el Señor Jesús les ha salido al encuentro –Buen Pastor que quiere recuperar a sus ovejas perdidas–, dialoga con ellos, les deja hablar exponiendo sus dudas, les explica las Escrituras sobre cómo el Mesías había de pasar por la muerte para cumplir su misión, y finalmente le reconocen en la fracción del pan, aunque luego recuerdan que ya ardía su corazón cuando les explicaba las Escrituras. En el momento en que, como la Magdalena con el hortelano, le quieren retener –«quédate con nosotros»–, Jesús desaparece.

Dicen los expertos que Lucas, sin pretender contarnos que la escena fuera celebración eucarística –impensable todavía, antes de Pentecostés– ha querido dejarnos en este último capítulo de su evangelio como una catequesis historizada de esta importante convicción: Cristo Jesús sigue también presente a las generaciones siguientes, los que no hemos tenido la suerte de verle en su vida terrena. Y está presente en los tres grandes momentos en que los discípulos de Emaús le encontraron: en la fracción del pan, en la proclamación de su Palabra y en la Comunidad. Que son precisamente los tres momentos primordiales de nuestra celebración: la Comunidad reunida,

la Palabra escuchada y la Eucaristía recibida como alimento: los tres «sacramentos» del Señor Resucitado.

b) Pascua no es un recuerdo. Es curación, salvación y vida hoy y aquí para nosotros. El Señor Resucitado nos las comunica a través de su Iglesia, cuando proclama la Palabra salvadora y celebra sus sacramentos, en especial la Eucaristía.

También a nosotros nos puede pasar que experimentemos alguna vez la parálisis del mendigo y la desesperanza de los dos discípulos: enfermedades que nos pueden afectar, y que en Pascua el Señor Resucitado quiere curar, si le dejamos.

Muchos cristianos, jóvenes y mayores, experimentamos en la vida, como los dos de Emaús, momentos de desencanto y depresión. A veces por circunstancias personales. Otras, por la visión deficiente que la misma comunidad puede ofrecer. El camino de Emaús puede ser muchas veces nuestro camino. Viaje de ida desde la fe hasta la oscuridad, y ojalá de vuelta desde la oscuridad hacia la fe. Cuántas veces nuestra oración podría ser: «quédate con nosotros, que se está haciendo de noche y se oscurece nuestra vida». La Pascua no es para los perfectos: fue Pascua también para el paralítico del templo y para los discípulos desanimados de Emaús.

En medio, sobre todo si alguien nos ayuda, deberíamos tener la experiencia del encuentro con el Resucitado. En la Eucaristía compartida. En la Palabra escuchada. En la comunidad que nos apoya y da testimonio. Y la presencia del Señor curará nuestros males. ¿Nos ayuda alguien en este encuentro? ¿ayudamos nosotros a los demás cuando notamos que su camino es de alejamiento y frialdad?

El relato de Lucas, narrado con evidente lenguaje eucarístico, quiere ayudar a sus lectores –hoy, a nosotros– a que conectemos la misa con la presencia viva del Señor Jesús. Pero a la vez, de nuestro encuentro con el Resucitado, si le hemos sabido reconocer en la Palabra, en la Eucaristía y en la Comunidad, ¿salimos alegres, presurosos a dar testimonio de él en nuestra vida, dispuestos a anunciar la Buena Noticia de Jesús con nuestras palabras

y nuestros hechos? ¿imitamos a los dos de Emaús, que vuelven a la comunidad, y a las mujeres que se apresuran a anunciar la buena nueva?

Si es así, eso cambiará toda nuestra jornada.

«Todos los años nos alegras
con la solemnidad de la resurrección del Señor» (*oración*)

«Dad gracias al Señor, invocad su nombre,
dad a conocer sus hazañas a los pueblos» (*salmo*)

«Este es el día en que actuó el Señor,
sea nuestra alegría y nuestro gozo» (*aleluya*)

«Quédate con nosotros porque atardece
y el día va de caída» (*evangelio*)

«Los discípulos conocieron al Señor Jesús
al partir el pan» (*comunión*)

«Que la participación en los sacramentos
noś transforme en hombres nuevos» (*poscomunión*)

JUEVES

1. Hechos 3, 11-26

a) Después de la curación del paralítico, que leíamos ayer, Pedro aprovecha la buena disposición de la gente para dirigirles una nueva catequesis sobre Jesús, en cuyo nombre ha curado al paralítico.

Sus oyentes son judíos, y por tanto Pedro argumenta a partir del AT, de los anuncios de Moisés y los profetas, razonando la «continuidad» entre el «Dios de nuestros padres» y los acontecimientos actuales. Los discursos-predicaciones de Pedro ayudan a leer la historia como Historia de Salvación, que culmina en Cristo, y, después de la venida del Espíritu, en la constitución de la comunidad mesiánica reunida en torno al Señor.

El Mesías anunciado ya ha venido, y es el mismo Jesús de Nazaret a quien Israel ha rechazado. Pedro interpela con lenguaje muy directo a los judíos: «al que vosotros entregasteis y rechazasteis... matasteis al autor de la vida». ¡Qué contraste: han indultado a un asesino y han asesinado al autor de la vida! Aunque trata de disculparles: «sé que lo hicisteis por ignorancia, y vuestras autoridades lo mismo».

Pedro, que ha madurado claramente en su fe, afirma ahora lo que nunca había entendido bien: que el Mesías tenía que pasar por la muerte y la cruz. Cuando Jesús se lo anunciaba, en vida, era Pedro quien más reacio se mostraba a aceptar este mesianismo que predicaba Jesús. Ahora ya sabe que «el Mesías tenía que padecer». En el evangelio leemos hoy mismo cómo en una de las apariciones Jesús les abrió el entendimiento para que entendieran esto.

Pedro anuncia que a través de la resurrección Jesús se ha convertido en salvador de todos y por tanto todos tenemos que convertirnos a él: «Dios resucitó a su siervo y os lo envía para que os traiga la bendición si os apartáis de vuestros pecados».

Buena evangelización, la de Pedro. Valiente, centrada, y adecuada a sus oyentes y las categorías que entienden.

b) En ambas lecturas aparece el Antiguo Testamento como anuncio de Jesús.

Hay una admirable continuidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, y también con nuestros tiempos: el plan de Dios es unitario, histórico, dinámico.

Todo lo que leemos del AT tiende a su plenitud en Cristo, y se entiende desde la perspectiva de Cristo. Y al revés, el AT nos ayuda a entender los tiempos mesiánicos, la nueva Pascua, la nueva Alianza, el nuevo pueblo de Dios.

Por ejemplo, cuando rezamos los salmos, que son del AT, tenemos una clave fundamental para que encuentren sentido en nuestros labios cristianos: rezarlos desde Cristo. O porque los dirigimos a él, o porque los decimos como puestos en los labios de Jesús, como ya empezaron a hacer los discípulos de la primera generación: como en el caso del Salmo 21, «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

Nosotros estamos ya en los tiempos de la plenitud, en el NT. Pero la historia del pueblo de Israel nos ayuda mucho a comprender y mejorar nuestra relación con Dios, nuestra conciencia de pueblo eclesial, y sobre todo la plenitud que Cristo da a toda la historia. Como dice la introducción al Leccionario de la Misa: «La Iglesia anuncia el único e idéntico misterio de Cristo cuando, en la celebración litúrgica, proclama el Antiguo y el Nuevo Testamento. En efecto, en el Antiguo Testamento está latente el Nuevo, y en el Nuevo se hace patente el Antiguo. Cristo es el centro y plenitud de toda la Escritura» (OLM 5).

2. Lucas 24,35-48

a) La escena del evangelio es también continuación de la de ayer. Los discípulos de Emaús cuentan a la comunidad lo que han experimentado en el encuentro con el Resucitado, al que han reconocido al partir el pan. Y en ese mismo momento se aparece Jesús, saludándoles con el deseo de la paz.

La duda y el miedo de los discípulos son evidentes. Jesús les tiene que calmar: «¿por qué os alarmáis? ¿por qué surgen dudas en vuestro interior?». Y les convence de su realidad comiendo con ellos.

El fruto de esta aparición es que «les abrió el entendimiento», explicándoles las Escrituras. En el AT ya Moisés, los profetas y los salmos habían anunciado lo que ahora estaba pasando. Como a los discípulos de Emaús en el camino, ahora Jesús les hace ver a todo el grupo la unidad del plan salvador de Dios. Las promesas se han cumplido. Y la muerte y resurrección del Mesías son el punto crucial de la historia de la salvación. No nos extraña que Pedro, en sus discursos, utilice la misma argumentación cuando se trata de oyentes que conocen el AT, y que centre su discurso en el acontecimiento pascual del Señor.

b) También nosotros podemos reconocer a Cristo en la fracción del pan eucarístico, en la Palabra bíblica y en la comunidad reunida. En las circunstancias más adversas y oscuras que se puedan dar –también nosotros muchas veces andamos desconcertados como aquellos discípulos– el Señor se nos

hace compañero de camino y nos está cerca. Aunque no le reconozcamos fácilmente. En más de una ocasión nos tendrá que decir: «¿por qué te alarmas? ¿por qué surgen dudas en tu interior?».

Tal vez también necesitemos como la primera comunidad una catequesis especial, y que se nos abra el entendimiento, para captar que en el camino mesiánico de Jesús, y también en el nuestro cristiano, entra la muerte y la resurrección, para la redención de todos.

Ojalá cada Eucaristía sea una «aparición» del Resucitado a nuestra comunidad y a cada uno de nosotros, y después de haberle reconocido con los ojos de la fe en la Fracción del Pan y en la fuerza de su Palabra, salgamos de la celebración a dar testimonio de Cristo en la vida. A los apóstoles, la última palabra que les dirige es: «vosotros sois testigos de esto». Ya desde el principio se les dijo que eso de ser apóstoles era ser «testigos de la resurrección de Cristo» (Hch 1,22). Entonces lo fueron los apóstoles, o los quinientos discípulos. Ahora, lo seguimos siendo nosotros en el mundo de hoy. Tal vez el anuncio de la resurrección de Cristo no nos llevará a la cárcel. Pero sí puede resultar incómodo en un mundo distraído y frío. Depende un poco de nosotros: si nuestro testimonio es vivencial y creíble, podemos influir a nuestro alrededor.

«Concedenos una misma fe en el espíritu
y una misma caridad en la vida» (*oración*)

«Señor, Dios nuestro,
qué admirable es tu nombre en toda la tierra» (*salmo*)

«Este es el día en que actuó el Señor,
sea nuestra alegría y nuestro gozo» (*aleluya*)

«Paz a vosotros. ¿Por qué os alarmáis?
¿por qué surgen dudas en vuestro interior?» (*evangelio*)

«Os llamó a salir de la tiniebla
y a entrar en su luz maravillosa» (*comunión*)

VIERNES

1. Hechos 4,1-12

a) Ya han ido a parar a la cárcel. El milagro de la curación del parálítico tiene por una parte buenos efectos, porque se convierten muchos (cinco mil), y por otra, malos, porque Pedro y Juan son detenidos y enviados a la cárcel por haber dirigido al pueblo el discurso que leíamos ayer.

Pero Pedro –portavoz de los demás apóstoles también ahora, como lo había sido en vida de Jesús– no se calla: aprovecha la ocasión para dar testimonio del Mesías delante de las autoridades, como lo había hecho delante del pueblo. Es su tercer discurso, y siempre dice lo mismo: que los judíos mataron a Jesús, pero Dios le resucitó y así le glorificó y reivindicó, y hay que creer en él, porque es el único que salva.

Si antes eran valientes los apóstoles, ahora, delante de las autoridades, y experimentando ya lo que es la persecución y la cárcel, aparecen admirablemente decididos y cambiados. El amor que Pedro había mostrado hacia Cristo en vida, pero con debilidad y malentendidos, ahora se ha convertido en una convicción madura y en un entusiasmo valiente que le llevará a soportar todas las contradicciones y al final la muerte en Roma, para dar testimonio de aquél a quien había negado delante de la criada.

Ya Jesús les había dicho que les llevarían a los tribunales, pero que no se preocuparan, porque su Espíritu les ayudaría (cf. Lc 12, 11-12). Aquí Lucas se encarga de decirnos, como hará en otras ocasiones en el libro de los Hechos, de que Pedro respondió «lleno de Espíritu Santo».

El salmo 117, uno de los salmos más pascuales, que rezamos cada domingo, o en Laudes o en la Hora intermedia, habla de cómo «la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular». Es el que cita aquí Pedro: de nuevo apela al AT para mostrar a los que lo conocen que todo lo anunciado por los salmos se ha cumplido en Cristo Jesús. No hay otro que pueda ser la piedra angular del edificio.

b) Pedro siempre predica lo mismo: a Cristo Resucitado. Es su convicción y lo está viviendo, y lo comunica a los demás. Nosotros también creemos y

celebramos siempre lo mismo. Cada año celebramos Pascua, y cada semana el domingo, y cada día podemos celebrar la Eucaristía. No es rutina. Es convicción, y es como el motor de toda nuestra existencia. Y en nuestro trabajo apostólico también repetimos una y otra vez, con toda la pedagogía de que somos capaces, el anuncio central de Cristo muerto y resucitado.

2. Juan 21, 1-14

a) Jesús se aparece a siete de sus apóstoles, que, invitados por Pedro –siempre líder– han vuelto a su ocupación anterior, la de pescadores.

Están en Galilea, en el lago de Tiberíades. Y a indicación de un Jesús a quien todavía no reconocen –siempre aparece que su presencia les resulta difícil de experimentar–, tienen una segunda pesca milagrosa, después de una noche en la que no habían cogido nada. El número de 153 peces no sabemos si tiene alguna intención simbólica, aunque no tiene mucha importancia. Unos recuerdan que este número es la suma de los primeros números, del 1 al 17. Para otros, como san Jerónimo, este número era el de las especies de peces que se conocían en la antigüedad. En ambos casos podría indicar la plenitud mesiánica en Cristo.

Cuando en vida de Jesús tuvo lugar la primera pesca milagrosa, Pedro fue protagonista, reconociendo a Jesús como el Mesías y arrojándose a sus pies. Allí recibió la llamada a seguirle. Ahora es también él el más decidido en lanzarse al agua y acercarse a Jesús.

Es deliciosa la escena del almuerzo con pescado y pan preparado por Jesús al amanecer de aquel día. Después de que casi todos le abandonaran en su momento crítico de la cruz, y Pedro además le negara tan cobardemente, Jesús tiene con ellos detalles de amistad y perdón que llenaron de alegría a los discípulos.

b) Noche de trabajo infructuoso: pero con Jesús, pesca milagrosa. Nosotros también podemos tener noches malas y fracasos en nuestro trabajo, decepciones en nuestro camino. Podemos aprender la lección: cuando no estaba

Jesús, los pescadores no lograron nada. Siguiendo su palabra, llenaron la barca.

Ese es el Cristo en quien creemos y a quien seguimos: el Resucitado que se nos aparece misteriosamente –en la Eucaristía, no nos prepara pan y pescado, sino que nos da su Cuerpo y su Sangre– hace eficaz nuestra jornada de pesca y nos invita a comer con él y a descansar junto a él. Podemos sentirnos contentos: «dichosos los invitados a la Cena del Señor».

Por una parte, esto nos invita a no perder nunca la esperanza ni dejarnos llevar del desaliento. Nuestras fuerzas serán escasas, pero en su nombre, con la fuerza del Señor, podemos mucho.

Pero, por otra parte, nos hace pensar que si fuéramos los unos para con los otros como Jesús: si ante el que trabaja sin gran fruto y tiene la tentación de echarlo todo a rodar, fuéramos tan humanos y amables como él, si supiéramos improvisar un desayuno fraterno en ambiente de serenidad y amistad para el que viene cansado, si le dirigiéramos una palabra de interés y de ayuda, sería mucho más fácil seguir trabajando como cristianos o como apóstoles, a pesar de los fracasos o de las dificultades.

«Concédenos realizar en la vida cuanto celebramos en la fe» (*oración*)

«La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular» (*salmo*)

«Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia» (*salmo*)

«Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo» (*salmo*)

SÁBADO

1. Hechos 4, 13-21

Continúa la escena de ayer: los apóstoles están delante de las autoridades, después de haber pasado la noche en la cárcel.

Los miembros del Sanedrín no saben qué hacer. No acaban de entender la valentía y el aplomo de unas personas incultas que dan testimonio de Jesús a pesar de todas las prohibiciones. Los que se creen sabios no han captado la voluntad de Dios, y los sencillos sí. Pero de por medio está el milagro que acaban de hacer los apóstoles con el paralítico, que les ha dado credibilidad ante todo el pueblo.

La nueva prohibición se encuentra, de nuevo, con la respuesta de Pedro, lúcido y decidido a continuar con su testimonio sobre Jesús. «No podemos menos de contar lo que hemos visto y oído». Los apóstoles muestran una magnífica libertad interior: los acusados responden acusando al tribunal por no querer entender los planes de Dios y el mesianismo de Jesús. Nadie les podrá hacer callar a partir de ahora.

Éste es el fin del primer enfrentamiento con las autoridades de Israel. Luego vendrán otros, hasta que se consume la dispersión de los cristianos fuera de Jerusalén.

De nuevo el salmo 117, mesiánico y pascual, nos ayuda a entrar aún más en la gozosa convicción de esta semana: «hay cantos de victoria en las tiendas de los justos... no he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor».

2. Marcos 16, 9-15

a) Hoy leemos el final del evangelio de Marcos.

Desde luego, los apóstoles no están muy dispuestos a creer fácilmente la gran noticia de la resurrección de Jesús. Parece como si el evangelista quisiera subrayar esta incredulidad.

Primero es una mujer, María Magdalena, la que les anuncia su encuentro con

el Resucitado. Y no le creen. Luego son los dos de Emaús, y tampoco a ellos les dan crédito. Finalmente se aparece Jesús a los once, y les echa en cara su incredulidad.

La palabra final que les dirige es el envío misionero: «id al mundo entero y predicad el evangelio a toda la creación».

b) También nosotros, los cristianos de hoy, hemos recibido el mismo encargo: predicad la buena noticia de Cristo Jesús por toda la tierra.

Pudiera ser que también nosotros, en alguna etapa de nuestra vida, sintiéramos dificultades en nuestra propia fe. A todos nos puede pasar lo que a los apóstoles, que tuvieron que recorrer un camino de maduración desde la incredulidad del principio hasta la convicción que luego mostraron ante el Sanedrín.

Ojalá tuviéramos la valentía de Pedro y Juan, y diéramos en todo momento testimonio vivencial de Cristo. Ojalá pudiéramos decir: «no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído». Para eso hace falta que hayamos tenido la experiencia del encuentro con el Resucitado.

La evangelización, el anuncio de la Buena Noticia de Cristo, ha sido siempre difícil. Desde la primera generación hay quien no quiere escuchar el anuncio de Cristo Resucitado, que comporta un estilo de vida especial y un evangelio que abarca toda la existencia y revoluciona los criterios familiares y sociales. Los profetas que osan dar el testimonio van a parar a la cárcel o a la muerte.

Pero la dificultad mayor no viene de fuera, sino de dentro. Si un cristiano no siente dentro la llama de la fe y no está lleno de la Pascua, no habla, no da testimonio. Mientras que cuando uno tiene la convicción interior no puede dejar de comunicarla. El que tiene una buena noticia no se la puede quedar para sí mismo. El río que lleva agua, la tiene que conducir hacia abajo, por más diques que le pongan. Lo peor es si el río está seco y no lleva agua: entonces no hace falta que le pongan diques, y no podrá dar origen a ningún pantano. Si el cristiano no tiene convicciones ni ha experimentado la presencia del Señor, entonces no hace falta ni que le amenacen: él mismo se callará porque no tiene ninguna noticia que comunicar.

Cada vez que celebramos la Eucaristía, después de haber escuchado la Palabra salvadora de Dios y haber recibido a Cristo mismo como alimento, tendríamos que salir a la vida –a nuestra familia, a nuestro trabajo, a nuestra comunidad religiosa– con esta actitud misionera y decidida: aunque, como a la Magdalena o a los de Emaús, no nos crean. No por eso debemos perder la esperanza ni dejar de intentar hacer creíble nuestro testimonio de palabra y de obra en el mundo de hoy.

«Nosotros no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído» (*1ª lectura*)

«El Señor es mi fuerza y mi energía, él es mi salvación» (*salmo*)

«No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor» (*salmo*)

«Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo» (*aleluya*)

«Que estos misterios pascuales sean para nosotros fuente de gozo incesante» (*ofrendas*)

«Los que os habéis incorporado a Cristo por el bautismo, os habéis revestido de Cristo» (*comunión*)

SEGUNDA SEMANA DE PASCUA

lunes

- Hch 4, 23-31 Los llenó a todos el Espíritu Santo y anunciaban con valentía la Palabra de Dios
- Jn 3, 1-8 El que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios

martes

- Hch 4, 32-37 Los oyentes todos pensaban y sentían lo mismo
- Jn 3, 11-15 Nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del Hombre

miércoles

- Hch 5, 17-26 Los hombres que metisteis en la cárcel siguen enseñando al pueblo
- Jn 3, 16-21 Dios mandó a su Hijo al mundo para que el mundo se salve por él

jueves

- Hch 5, 27-33 Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo
- Jn 3,31-36 El Padre ama al Hijo y todo lo ha puesto en sus manos

viernes

- Hch 5, 34-42 Salieron contentos de haber merecido aquel ultraje por el nombre de Jesús
- Jn 6, 1-15 Jesús repartió los panes todo lo que quisieron

sábado

- Hch 6, 1-7 Eligieron siete hombres llenos del Espíritu Santo
- Jn 6, 16-21 Vieron a Jesús caminando sobre el lago

LUNES

1. Hechos 4, 23-31

a) La primera comunidad cristiana nos da un ejemplo magnífico de oración a partir de los hechos de la vida.

Cuando Pedro y Juan volvieron a donde estaban reunidos «los suyos» y contaron lo que había pasado en su encuentro con las autoridades, todos se pusieron a orar. Podían haber tenido otras reacciones: preparar subterfugios para escapar de la persecución, apelar a otras influencias. Pero se pusieron a orar a Dios, a partir de las circunstancias que estaban viviendo.

Saben «orar la vida», viéndola desde los ojos de Dios. Lo hacen sirviéndose del salmo 2. Por esto lo rezamos hoy como responsorial. Este salmo se refería a otra etapa de la historia, en que unos reyes y príncipes conspiraban contra «el ungido», o sea, el rey de Israel. Aquí la comunidad de Jerusalén lo reza aplicándolo a su propia historia: son Pilato y Herodes y los judíos los que han tramado la muerte del Ungido por excelencia, Jesús de Nazaret («Mesías» en hebreo, y «Cristo» en griego, significan lo mismo: el «Ungido»).

Y piden a Dios una cosa que tal vez nosotros no hubiéramos puesto en primer lugar. Nos hubiera resultado más espontáneo pedir que Dios nos liberara de la persecución. Ellos pidieron «valentía para anunciar la Palabra». Querían, como expresaría otras veces san Pablo, la libertad para la Palabra. Sea lo que sea lo que nos pase a nosotros –podemos perder la libertad e ir a parar a la cárcel– lo que pedimos es que la Palabra nunca se vea maniatada. Que pueda seguirse anunciando la Buena Noticia del Evangelio a todos. Si para ello hacen falta carismas y milagros, también los pedimos a Dios, para que todos sepan que se hacen en el nombre de Jesús.

El temblor del lugar de la reunión se interpreta en la Escritura como asentimiento de Dios: Dios escuchó la oración de aquella comunidad. Los llenó de su Espíritu, como en un renovado Pentecostés. Y así pudieron seguir predicando la Palabra, a pesar de los malos augurios de la persecución.

b) Ojalá supiéramos interpretar y «rezar» nuestra historia desde la perspectiva de Dios. Por ejemplo, a partir de los salmos.

Los salmos que rezamos y cantamos se cumplen continuamente en nuestras vidas. Con ellos no hacemos un ejercicio de memoria histórica. Cuando los rezamos pedimos a Dios que salve a los hombres de nuestra generación, alabamos a Dios desde nuestra historia, meditamos sobre el bien y el mal tal como se presentan en nuestra vida de cada día, protestamos del mal que hay ahora en el mundo, no por el que existía hace dos mil quinientos años.

Como la primera generación aplicaba el salmo 2 a su historia (y el salmo 21, a Cristo en la cruz: ¿por qué me has abandonado?), nosotros los tendríamos que hacer nuestros, con su actitud de alabanza, de súplica o de protesta.

Una oración así da intensidad y a la vez serenidad a nuestra visión de la historia, la eclesial, la social, la personal.

Otra lección que nos da la comunidad de Jerusalén: ¿tenemos ese amor a la evangelización que tenían ellos? ¿estamos dispuestos a ir a la cárcel, o soportar algún fracaso, o entregar nuestras mejores energías para que la Buena Nueva de Cristo Jesús se vaya extendiendo en torno nuestro? ¿andamos preocupados por nuestro bienestar, o por la eficacia de la evangelización en medio de este mundo a veces hostil?

2. Juan 3, 1-8

a) A partir de hoy, durante todo el Tiempo Pascual, leeremos el evangelio de Juan. Empezando durante cuatro días por el capítulo tercero, el diálogo entre Jesús y Nicodemo. El fariseo, doctor de la ley, está bastante bien dispuesto. Va a visitar a Jesús, aunque lo hace de noche. Sabe sacar unas conclusiones buenas: reconoce a Jesús como maestro venido de Dios, porque le acompañan los signos milagrosos de Dios. Tiene buena voluntad.

Es hermosa la escena. Jesús acoge a Nicodemo. A la luz de una lámpara dialoga serenamente con él. Escucha las observaciones del doctor de la ley, algunas de ellas poco brillantes. Es propio del evangelista Juan redactar los diálogos de Jesús a partir de los malentendidos de sus interlocutores. Aquí

Jesús no habla de volver a nacer biológicamente, como no hablaba del agua del pozo con la samaritana, ni del pan material cuando anunciaba la Eucaristía. Pero Jesús no se impacienta. Razona y presenta el misterio del Reino. No impone: propone, conduce.

Jesús ayuda a Nicodemo a profundizar más en el misterio del Reino. Creer en Jesús –que va a ser el tema central de todo el diálogo– supone «nacer de nuevo», «renacer» de agua y de Espíritu. La fe en Jesús –y el bautismo, que va a ser el rito de entrada en la nueva comunidad– comporta consecuencias profundas en la vida de uno. No se trata de adquirir unos conocimientos o de cambiar algunos ritos o costumbres: nacer de nuevo indica la radicalidad del cambio que supone el «acontecimiento Jesús» para la vida de la humanidad.

b) El evangelio, con sus afirmaciones sobre el «renacer», nos interpela a nosotros igual que a Nicodemo: la Pascua que estamos celebrando ¿produce en nosotros efectos profundos de renacimiento? El día de nuestro Bautismo recibimos por el signo del agua y la acción del Espíritu la nueva existencia del Resucitado. Celebrar la Pascua es revivir aquella gracia bautismal. La noche de Pascua, en la Vigilia, renovamos nuestras promesas bautismales. ¿Fueron unas palabras rutinarias, o las dijimos en serio? ¿hemos entendido la fe en Cristo como una vida nueva que se nos ha dado y que resulta más revolucionaria de lo que creíamos, porque sacude nuestras convicciones y tendencias?

Nacer de nuevo es recibir la vida de Dios. No es como cambiar el vestido o lavarse la cara. Afecta a todo nuestro ser. Ya que creemos en Cristo y vivimos su vida, desde el Bautismo, tenemos que estar en continua actitud de renacimiento, sobre todo ahora en la Pascua: para que esa vida de Dios que hay en nosotros, animada por su Espíritu, vaya creciendo y no se apague por el cansancio o por las tentaciones de la vida.

/// «Cristo ya no muere más: la muerte
/// ya no tiene dominio sobre él» (*entrada*)

/// «Acrecienta en nosotros el espíritu de hijos» (*oración*)
/// «Anunciaban con valentía la Palabra de Dios» (*1ª lectura*)
/// «Cristo ha resucitado, él nos ilumina» (*aleluya*)
/// «Paz a vosotros» (*comunión*)

MARTES

1. Hechos 4, 32-37

a) Una de las consecuencias más visibles de la Pascua, para la primera comunidad cristiana, fue esta fraternidad tan hermosa que nos narra el libro de los Hechos.

Se trata de uno de los «sumarios» que Lucas redacta en los primeros capítulos sobre cómo se desarrollaba la vida de los cristianos de Jerusalén. La vitalidad y la armonía de aquella comunidad están tal vez idealizadas. Basta seguir leyendo y pronto aparecen tensiones y discrepancias. Por ejemplo Ananías y Safira –en una escena que no leemos– no quisieron aceptar eso de poner en común sus bienes. Lucas nos presenta cómo debería ser una comunidad cristiana que cree en Cristo Jesús y sigue su estilo de vida. Y cómo, en efecto, era en buena medida.

Por una parte, él describe una vida fraterna entendida como unión de sentimientos –un solo corazón y una sola alma–, comunidad de bienes y solidaridad con los más pobres. Destaca la generosidad de un discípulo que luego tendrá importancia en la historia de los primeros años de la Iglesia: Bernabé.

Por otra, es importante que Lucas nos diga que –a pesar de las persecuciones– «los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucho valor». Siempre predicaban lo mismo: la resurrección de Jesús. Y lo hacen con valentía.

Son dos efectos notables de la Pascua para la comunidad: la fraternidad interior y el impulso misionero hacia fuera.

b) No es extraño que una comunidad como la de Jerusalén, en que todos ponían sus bienes en común y se preocupaban de los más pobres, atrajera la simpatía de los demás y se mostrara creíble en su testimonio: «eran muy bien vistos» en el pueblo.

Todos soñamos con una comunidad así. Pero cuando nos fijamos en cómo son nuestras comunidades cristianas hoy –en la parroquia o en la familia cristiana o en una comunidad religiosa– no podemos menos de pensar que también nuestro testimonio de vida cristiana tendría más credibilidad si mostráramos una imagen clara de unidad y de solidaridad interna y externa, dentro y fuera de la comunidad. El testamento de Jesús en la última cena fue pedir al Padre: «que todos sean uno, como tú y yo somos uno, para que el mundo crea...».

En el mundo de hoy no se entenderán otros lenguajes, pero éste sí: si se ve a alguien dispuesto a compartir sus bienes con el más necesitado, si se tiene delante a un grupo de cristianos dispuestos a trabajar por los demás, a ayudar, a solidarizarse sobre todo con los que sufren o son menos favorecidos por la vida. Y eso, en nombre del Señor Jesús, por nuestra fe en él.

No hace falta que pensemos sólo en el Tercer Mundo o en la campaña del 0'7, que es bien justa. En nuestra familia o en nuestras comunidades hay personas que tienen menos que nosotros de todo, de felicidad, de cultura, de suerte, de bienes materiales y espirituales: estas personas necesitan nuestra acogida, nuestra palabra amiga y también a veces nuestra ayuda económica.

Cada Eucaristía, dice el Catecismo, «entraña un compromiso en favor de los pobres: para recibir en la verdad el Cuerpo y la Sangre de Cristo entregados por nosotros debemos reconocer a Cristo en los más pobres, sus hermanos» (CEC 1397).

2. Juan 3, 11-15

a) Con afirmaciones cada vez más profundas, Jesús va conduciendo a Nicodemo –y a nosotros– a un conocimiento mejor de lo que significa creer en él. Un conocimiento que nos transmite el que viene de arriba, el enviado de Dios, el que da testimonio del saber profundo de Dios.

Jesús se queja de la poca fe de «los sabios» de Israel representados por Nicodemo. En realidad, la escena está contada por el evangelista como prototípica: Nicodemo habla en cierto modo como portavoz de los judíos («nosotros sabemos...») y es interpelado por Jesús también como representante de todos: «no aceptáis nuestro testimonio... no creéis». Jesús alabó un día a su Padre diciendo: «has escondido estas cosas a los sabios y las has revelado a los sencillos». Algunos son muy sabios en las cosas de aquí abajo, y unos ignorantes en las de arriba, las que más valen la pena.

Sobre todo se trata de captar a Cristo en toda la hondura de su misterio pascual: no sólo como profeta o taumaturgo, sino como el que ha bajado de Dios y, después de su muerte en la cruz, sube de nuevo al cielo. Los que sepan ver y creer en Jesús levantado en la Cruz y glorificado en la Gloria, tendrán vida eterna.

b) El diálogo de Jesús con Nicodemo nos hace pensar también a nosotros: ¿somos de las personas que prefieren vivir en la oscuridad o en la penumbra, precisamente por no aceptar las consecuencias de aceptar la luz? ¿no es verdad que también los hombres de hoy, incluídos «los sabios», a veces prefieren –o preferimos– no saber, no captar la profundidad de Cristo, porque eso nos obligaría a cambiar, a «renacer»?

Tal vez muchas personas sencillas, sin gran cultura, sin tantos medios espirituales como nosotros, que no saben mucha teología pero que tienen buen corazón y unos ojos lúcidos de fe, sí están mirando a Cristo Jesús con profundidad, y se dejan influir por él, renaciendo continuamente y creciendo en su vida cristiana.

«Con alegría demos gloria a Dios» (*entrada*)

«Haznos capaces
de anunciar la victoria de Cristo Resucitado» (*oración*)

«Daban testimonio de la resurrección del Señor
con mucho valor» (*1ª lectura*)

«Ya que habéis resucitado con Cristo,
buscad los bienes de arriba» (*aleluya*)

MIÉRCOLES

1. Hechos 5, 17-26

a) De nuevo han ido a parar a la cárcel los apóstoles. Los ha mandado detener el Sanedrín, sobre todo el grupo de los saduceos.

Pero el ángel del Señor les libera y les anima a seguir dando testimonio. Se repite la dinámica de la Pascua de Jesús: la muerte y la resurrección, la persecución y la liberación. Y los apóstoles, obedientes una vez más, e íntimamente convencidos de lo que hacen, «se pusieron a enseñar en el templo» ya de buena mañana. La obra de Dios sigue adelante: no tiene barreras.

Las autoridades tienen que volver a mandar que los detengan, aunque con miedo al pueblo.

A la fe en Cristo Jesús que predicán los apóstoles la llama el ángel: «ese modo de vida». Y es que no se trata sólo de un conocimiento, sino un estilo que revoluciona la vida entera de los seguidores de Jesús.

El salmo responsorial refleja bien el espíritu de la lectura: «el ángel del Señor acampa en torno a sus fieles y los protege»; «si el afligido invoca al Señor, él lo escucha y le salva de sus angustias». No es con las propias fuerzas como los apóstoles dan testimonio: les está ayudando eficazmente Dios.

b) ¿Cuántas veces hemos sido detenidos nosotros, y enviados a la cárcel, por ser cristianos que dan testimonio de Jesús? ¿cuántas veces hemos sido azotados? ¿cómo sabemos si es madura nuestra fe, si no hemos padecido contradicciones por su causa?

Si nos persiguieran a causa de nuestra fe, perdiendo prestigio social, o ventajas humanas; si nos pasara lo que les pasó a aquellos apóstoles, por querer anunciar a Cristo y seguir su estilo de vida, ¿seguiríamos dando testimonio valientemente? ¿o buscaríamos componendas para sobrevivir?

¿Nuestra fe es un «modo de vida», un estilo evangélico y convencido de conducta? ¿o meramente unos conocimientos que sabemos?; el menor obstáculo ¿ya nos hace tambalear en nuestro seguimiento de Cristo?

En los momentos en que la fatiga, el cansancio o el miedo nos hacen dudar en nuestra fe, podríamos rezar desde lo más profundo de nuestro ser el salmo de hoy: «yo consulté al Señor y me respondió, me libró de todas mis ansias», «si el afligido invoca al Señor, él lo escucha y lo salva de sus angustias», «gustad y ved qué bueno es el Señor, dichoso el que se acoge a él». Esto nos daría fuerzas para seguir con nuestro testimonio, de palabra y de obra, en medio de los ambientes en que vivimos.

2. Juan 3, 16-21

a) En el diálogo con Nicodemo, Jesús llega todavía a mayor profundidad en la revelación de su propio misterio. Aquí ya debe ser el mismo evangelista Juan quien introduce su comentario teológico a lo que pudo ser históricamente el diálogo en sí.

La fe en Cristo la presenta en dos vertientes muy claras.

Por parte de Dios, el pasaje de hoy nos dice claramente que todo es iniciativa de amor: «tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único». Dios ha demostrado históricamente su amor. Quiere la vida eterna de todos: por eso ha enviado al Hijo. Dios ama. Ama a todos. Al mundo entero. Esta es la perspectiva que lo explica todo: la Navidad (cuántas veces escuchamos en la carta de Juan la afirmación de Dios como amor) y la Pascua, y toda la

historia de antes y de después. Lo propio de Dios no es condenar, sino salvar. Como se vio continuamente en la vida de Jesús: vino a salvar y a perdonar. Acogió a los pecadores. Perdonó a la adúltera. La oveja descarriada recibió las mejores atenciones del Buen Pastor, dándole siempre un margen de confianza, para que se salvara.

Pero por parte nuestra hay la dramática posibilidad de aceptar o no ese amor de Dios. Una libertad tremenda. El que decide creer en Jesús acepta en sí la vida de Dios. El que no, él mismo se condena, porque rechaza esa vida. Juan lo explica con el símil de la luz y la oscuridad. Hay personas –como muchos de los judíos– que prefieren no dejarse iluminar por la luz, porque quedan en evidencia sus obras. Es una luz que tiene consecuencias en la vida. Y viceversa: la clase de vida que uno lleva condiciona si se acepta o no la luz. La antítesis entre la luz y las tinieblas no se juega en el terreno de los conocimientos, sino en el de las obras.

b) Cristo ha muerto por todos. Es la prueba del amor que a todos y a cada uno nos tiene Dios Trino. Yo, cada uno de nosotros, soy amado por Dios. He sido salvado por Jesús cuando hace dos mil años se entregó a la muerte y fue resucitado a la nueva vida. Puedo desconfiar de muchas personas y de mí mismo. Pero la Pascua que estamos celebrando me recuerda: tanto me ha amado Dios, que ha entregado por mí a su Hijo. Para que creyendo en él y siguiéndole, me salve y tenga la vida eterna.

Sólo si yo no quiero la salvación o el amor o la luz, quedaré excluido de la vida: pero seré yo mismo el que no quiere entrar a la nueva existencia que me está ofreciendo Dios.

La Pascua anual que estamos celebrando, y la Eucaristía en que participamos, deberían aumentar nuestra fe en Cristo Jesús, nuestra unión con él: «el que me come permanece en mí y yo en él». Y esto daría fuerza y aliento a nuestra vida cristiana de cada día.

// «Que el misterio pascual que celebramos
 se actualice siempre en el amor» (*oración*)
 // «Contempladlo y quedaréis radiantes» (*salmo*)
 // «Jesucristo, nos amaste
 y lavaste nuestros pecados con tu sangre» (*aleluya*)
 // «Tanto amó Dios al mundo
 que entregó a su Hijo único» (*evangelio*)
 // «Que nuestra vida sea manifestación y testimonio
 de esta verdad que conocemos» (*ofrendas*)

JUEVES

1. Hechos 5, 27-33

a) Valiente el testimonio de Pedro y los apóstoles delante del Sanedrín. Las autoridades les habían mandado callar, no hablar de Jesús. Pero la Palabra no conoce obstáculos: los apóstoles tienen que obedecer a Dios y no a los hombres. No pueden dejar de predicar la Buena Noticia.

Ya les había anunciado Jesús que les llevarían ante los tribunales, y que el Espíritu les inspiraría qué decir y cómo defenderse. En efecto, de un modo muy vivo, y movido por el Espíritu, Pedro aprovecha de nuevo la ocasión para proclamar con nuevos matices su convicción sobre Cristo Resucitado:

- el «Dios de nuestros padres», el del AT, el que conocen bien las autoridades de Israel, es el mismo que ha actuado ahora,
- al Jesús a quien «vosotros matasteis colgándolo de un madero», la muerte más infamante de la época,
- Dios le ha resucitado,
- le ha constituido jefe y salvador,

– y por él concede el perdón de los pecados.

Por tanto, Jesús ha pasado de la ignominia de la cruz a la gloria de la resurrección.

La afirmación final es concreta y atrevida: «de esto somos testigos nosotros y el Espíritu Santo». Realmente están llenos de Espíritu estos discípulos de Jesús. No sólo dicen lo que han visto: lo interpretan desde la luz y la fuerza del Espíritu.

Es un magnífico resumen de la fe pascual y de la predicación sobre Jesús en la primera comunidad.

b) De nuevo los apóstoles nos han dado ejemplo de valentía y coherencia. A lo largo de los siglos, cuántos cristianos los han imitado dando testimonio, incluso con sus vidas, de su fe en el Resucitado.

Si también nosotros estuviéramos llenos de fe, se volvería a repetir el hecho. Seríamos pregoneros valientes en medio del mundo –en nuestras familias, en medio de los jóvenes, en los diversos campos de nuestra actuación social– de cuál es nuestra fe, de quién es el Salvador que el mundo espera y necesita.

Por grandes que fueran las dificultades o las persecuciones, si nosotros fuéramos en verdad personas «pascuales», llenas de fe pascual, y nos dejáramos guiar por el Espíritu, se nos notaría en todo momento, en las palabras y en las obras. Seríamos independientes en relación a las modas o a las corrientes ideológicas o a los intereses humanos, económicos y sociales. Nadie podría poner trabas a la Palabra, a la evangelización.

Nunca se nos ha prometido que esto sería fácil. Como no lo fue para Pedro y los suyos. «Su respuesta exasperó a las autoridades y decidieron acabar con ellos». No nos extrañen las reacciones de muchos contemporáneos nuestros ante el testimonio evangélico del Papa, o de los episcopados, o sencillamente de familias y personas cristianas que viven coherentes su fe en un barrio o en su ambiente concreto.

2. Juan 3, 31-36

a) Las palabras con las que concluye el diálogo de Jesús con Nicodemo son el resumen de todo el evangelio de Juan:

- Jesús ha venido del cielo, es el enviado de Dios, nos trae sus palabras, que son la verdadera sabiduría y las que dan sentido a la vida: son la mejor prueba del amor que Dios tiene a su Hijo y a nosotros;
- el que acoge a Jesús y su palabra es el que acierta: tendrá la vida eterna que Dios le está ofreciendo a través de su Hijo; el que no le quiera aceptar, él mismo se excluye de la vida.

b) Nosotros seguramente hemos hecho hace tiempo la opción, en nuestra vida, de acoger a Jesús como el enviado de Dios. Hemos considerado que es él quien da sentido pleno a nuestra existencia, y nos esforzamos por seguir su estilo de vida. Estamos guiándonos, no con los criterios «de la tierra», sino los «del cielo», como decía Jesús a Nicodemo.

Esto supone que nos esforzamos, día tras día, en ir asimilando vitalmente las categorías evangélicas, para no dejarnos llevar de las categorías humanas que se respiran en este mundo, que son «de la tierra» y a veces opuestas a las «de arriba».

Pedro nos ha dicho que Jesús es el Jefe y Salvador, que en él encontramos el perdón de los pecados. El evangelio nos ha repetido que el que cree y sigue a este Jesús posee la vida eterna. Esto nos llena de alegría y a la vez de compromiso.

Si tenemos la posibilidad y la opción de una Eucaristía diaria, ella nos da la mejor ocasión de acudir a la escuela de Jesús, de escuchar su Palabra, de dejarnos iluminar continuamente por los criterios de Dios. Para que nuestra categoría de valores y nuestra manera de pensar y de interpretar a las personas y los hechos de la historia vayan coincidiendo plenamente con la de Dios. Y además, la Eucaristía nos da la fuerza diaria para que podamos realizar esto en la vida.

«Que los dones recibidos en esta Pascua
den fruto abundante en toda nuestra vida» (*oración*)

«Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha» (*salmo*)

«Sabed que yo estoy con vosotros todos los días,
hasta el fin del mundo» (*aleluya*)

«En la resurrección de Jesucristo
nos has hecho renacer a la vida eterna» (*comunión*)

«Que el alimento que acabamos de recibir
fortalezca nuestras vidas» (*comunión*)

VIERNES

1. Hechos 5, 34-42

a) Sensato razonamiento el que propone Gamaliel a sus compañeros del Sanedrín, indignados por el discurso de Pedro.

Gamaliel era doctor de la ley, y sabemos que fue maestro de Pablo. Era de la escuela de Hillel, conocida por su talante más liberal y una interpretación más humana y amplia de la ley.

Las autoridades de Israel no se tienen que precipitar en su juicio: no vayan a oponerse a la voluntad de Dios. Por muy incómoda que sea la actitud de estos discípulos de Jesús, los miembros del Sanedrín no se deberían dejar guiar de motivaciones viscerales, sino de una sensatez hecha de fe en Dios y de prudencia humana.

Los apóstoles, por su parte, siguen sorprendentemente valientes, impertérritos en su propósito de seguir anunciando a Cristo Jesús, a pesar de todas las prohibiciones. Al pie de la cruz casi todos habían huido cobardemente. Ahora, después de recibir los azotes, aparecen «contentos de haber merecido aquel ultraje por el nombre de Jesús».

b) Una primera lección nos la da Gamaliel a los cristianos de hoy. No tendríamos que asustarnos demasiado de los varios movimientos, más o menos «mesiánicos», que van apareciendo también en nuestros tiempos. Es difícil ejercitar lúcidamente un discernimiento de estos casos. Cuántas veces en la historia, personas que habían sido perseguidas y tachadas de heterodoxas en su tiempo, luego resultaron ser proféticas –por tanto incómodas– y claramente movidas por el Espíritu para bien de su Iglesia. Y viceversa: movimientos que parecían brillantes se demostraron vacíos de Espíritu y cayeron por su propio peso.

El problema ha sido de siempre. En el libro de los Hechos, en días sucesivos, encontraremos momentos en que los responsables de la comunidad tuvieron que ejercitar –casi siempre comunitariamente, con el parecer de todos– el discernimiento sobre las situaciones que se iban creando, por ejemplo de los cambios que se iban a dar en la nueva comunidad de Antioquía.

No es que haya que ignorar los hechos o las direcciones nuevas que van surgiendo, que en efecto pueden ser o muy beneficiosas o perjudiciales para la vida de la comunidad. Pero el discernimiento hay que hacerlo sin angustias, sin prisas y comunitariamente. Y con la finalidad de ser fieles a la voluntad del Espíritu, no a nuestros gustos o intereses: discerniendo, por tanto, también nuestras propias motivaciones en el apoyo o en el rechazo de los varios casos.

Es lo que Jesús recomendó a sus discípulos, con la parábola del trigo y la cizaña, para que no se precipitaran ni en sus juicios ni en sus decisiones.

c) De nuevo el ejemplo de los apóstoles nos pone en evidencia.

Ellos están dispuestos no sólo a seguir predicando, sino a asumir los sufrimientos que su misión comporte. Siguiendo el ejemplo de su Maestro, ya saben que van a ser perseguidos. Y hasta son capaces de entender ahora la bienaventuranza que en su tiempo tal vez les pareció extraña: «bienaventurados seréis cuando os injurien y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa: alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos» (Mt 5, 11-12).

2. Juan 6, 1-15

a) A partir de hoy, y durante ocho días, escuchamos el capítulo 6 del evangelio de Juan, el discurso del Pan de Vida.

Los evangelistas cuentan repetidas veces el milagro de la multiplicación de los panes. El relato de Juan es importante y programático para entender la persona de Jesús, y en concreto el lugar que el binomio Fe y Eucaristía ocupan en la comunidad cristiana.

La escena cuenta con detalles expresivos: la iniciativa del mismo Jesús, conmovido por la fidelidad de la gente, a pesar del no excesivo entusiasmo de sus apóstoles por la idea; su protagonismo, más subrayado en Juan que en los relatos de los otros evangelistas; la cercanía del día de Pascua, matiz simbólico recordado por Juan; la simpática aportación de los cinco panes y los dos peces por parte de un joven; la reacción humana y «política» de la gente que quiere a Jesús como rey, entendiéndolo mal su mesianismo; la terminología «eucarística» del relato, aunque evidentemente no sea una Eucaristía: el milagro va a ser interpretado –como leeremos los próximos días– como un «signo» revelador de la persona de Jesús, y en último término referido claramente a la Eucaristía que celebra la comunidad cristiana.

b) En un mundo también ahora desconcertado y hambriento, Cristo Jesús nos invita a la continuada multiplicación de su Pan, que es él mismo, su Cuerpo y su Sangre.

También ahora la Eucaristía se puede entender como relacionada a los dones, humanos y limitados, pero dones al fin, que podemos aportar nosotros. Los cinco panes y dos peces del joven pueden compararse a los deseos de justicia y de paz por parte de la humanidad, el amor ecologista a la naturaleza, la igualdad apetecida entre hombres y mujeres, y entre razas y razas, los progresos de la ciencia: Jesús multiplica esos panes y se nos da él mismo como el alimento vital y la respuesta a las mejores aspiraciones de la humanidad.

Nosotros, los que podemos gozar de la Eucaristía diaria, apreciamos más todavía el don de Cristo que se nos da como Palabra iluminadora y como Pan de vida.

«Para librarnos del poder del enemigo, quisiste que tu Hijo muriera en la cruz» (*oración*)

«Ningún día dejaban de enseñar anunciando el evangelio de Jesucristo» (*1ª lectura*)

«El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?» (*salmo*)

«Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor» (*salmo*)

«Dios todopoderoso, no ceses de proteger con amor a los que has salvado» (*comunión*)

SÁBADO

1. Hechos 6, 1-7

a) Por muy buena que sea una comunidad, no es nada extraño que en su vida haya momentos de tensión.

La primera comunidad de Jerusalén, al crecer, también conoció dificultades internas, además de las externas. No era una comunidad ideal. Los varios grupos de lengua diferente –aramea y griega– se ve que tenían problemas en la convivencia. La lengua no es sólo una gramática y un vocabulario: es reflejo de una cultura y de una formación. La fe en Cristo une a todos los grupos, pero la sensibilidad no cambia fácilmente y puede dar lugar a tensiones como la que aquí leemos.

Es admirable la serenidad con que se resolvió el conflicto, con un oportuno diálogo entre los apóstoles y la comunidad. Así se llegó al nombramiento y ordenación, a partir de la propuesta de nombres por parte de todos, de esos siete diáconos del grupo helénico, y luego a una razonable descentralización y división de funciones entre los apóstoles y los diáconos.

Tradicionalmente se ha considerado este pasaje como el de la institución del diaconado en la Iglesia, con la oración y la imposición de las manos por parte de los apóstoles y sus sucesores los obispos. Quedan así asociados como colaboradores del ministerio de los presbíteros y los obispos. Aunque aquí parezca que los diáconos se iban a dedicar a la administración y organización de los bienes de la comunidad –mientras los apóstoles se dedicarían a la palabra y la oración–, los encontramos en seguida también realizando otros ministerios, como el de la evangelización y el bautismo. Así lo veremos en los días sucesivos con Esteban y Felipe.

b) En nuestra comunidad, ya sea la familiar como la religiosa, la parroquial o la eclesial, probablemente conocemos también problemas de convivencia y casos de discriminación, que pueden dar lugar a momentos de tensión y contestación entre laicos y clero, entre hombres y mujeres, entre jóvenes y mayores, entre nativos y emigrantes.

La página de los Hechos nos interpela constructivamente. Tanto para decirnos que no hay que asustarse demasiado por la existencia de estos problemas, como para proponernos los caminos de su solución.

Si también entre nosotros existiera de veras diálogo y serenidad para buscar la voluntad de Dios y el bien de todos, nuestra comunidad viviría en clima de fraternidad, y además irradiaríamos hacia fuera este mismo clima y sucedería también ahora lo que pasó entonces: «la Palabra de Dios iba cundiendo, y en Jerusalén crecía mucho el número de discípulos». La unidad fraterna es la que posibilita el trabajo misionero. El signo que más creíble hace lo que se predica, es la caridad: la caridad hacia dentro y hacia fuera.

¿Resolvemos en nuestra comunidad los problemas que van surgiendo con este espíritu de diálogo y sinceridad? ¿no podría ser la falta de unidad interna la razón de la poca eficacia en nuestro apostolado hacia fuera?

2. Juan 6, 16-21

a) Un misterioso suceso en el lago sigue al milagro de la multiplicación de los panes y a la «huída» de Jesús cuando le querían hacer rey.

De noche los discípulos, avezados al trabajo en el lago, experimentan un momento de pánico por la mar encrespada y, además, por la visión de Jesús que se les acerca caminando sobre las aguas. Hasta que oyen las palabras tranquilizadoras: «soy yo, no temáis». Pero el desenlace sigue siendo misterioso: no se nos dice si Jesús sube a la barca o no, sino que llegan a destino y se impone la serenidad. Como en el caso de las pescas milagrosas, cuando no está Jesús con ellos, es inútil su esfuerzo y no tienen paz. Cuando se acerca Jesús, vuelve la calma y el trabajo resulta plenamente eficaz.

b) También la escena del evangelio se reflejará alguna vez, no sólo en nuestra vida personal, sino en la de la comunidad: la barca puede ser símbolo de nuestra vida o también de la comunidad eclesial.

Cuando se hace de noche en todos los sentidos, cuando arrecia el viento contrario y se encrespan los acontecimientos, cuando se nos junta todo en contra y perdemos los ánimos: cuando pasa esto y a Jesús no lo tenemos a bordo –porque estamos nosotros distraídos o porque él nos esconde su presencia– no es extraño que perdamos la paz y el rumbo de la travesía. Si a pesar de todo, supiéramos reconocer la cercanía del Señor en nuestra historia, sea pacífica o turbulenta, nos resultaría bastante más fácil recobrar la calma.

Cada vez que celebramos la Eucaristía, el Resucitado se nos hace presente en la comunidad reunida, se nos da como Palabra salvadora, y –lo que es el colmo de la cercanía y de la donación– él mismo se nos da como alimento para nuestro camino. Es verdad que su presencia es siempre misteriosa, inaferrable, como para los discípulos de entonces. Pero por la fe tenemos que saber oír la frase que tantas veces se repite con sus variaciones en la Biblia: «soy yo, no temáis». Llegaríamos a la playa con tranquilidad, y de cada Misa sacaríamos ánimos y convicción para el resto de la jornada, porque el Señor nos acompaña, aunque no le veamos con los ojos humanos.

/// «Tú has querido hacernos hijos tuyos:
míranos siempre con amor de padre» (*oración*)

/// «Alcancemos la libertad verdadera
y la herencia eterna» (*oración*)

«La Palabra de Dios iba cundiendo
y crecía el número de discípulos» (*1ª lectura*)

«Soy yo, no temáis» (*evangelio*)

«Que esta Eucaristía
nos haga progresar en el amor» (*comunión*)

TERCERA SEMANA DE PASCUA

lunes

Hch 6, 8-15 No lograban hacer frente a la sabiduría
y al espíritu con que hablaba Esteban

Jn 6, 22-29 Trabajad, no por el alimento que perece,
sino por el que perdura

martes

Hch 7, 51-59 Señor Jesús, recibe mi espíritu

Jn 6, 30-35 No fue Moisés, sino que es mi Padre
el que os da el verdadero pan del cielo

miércoles

Hch 8, 1-8 Al ir de un lugar para otro, iban difundiendo la Buena Noticia

Jn 6,35-40 La voluntad de mi Padre es que todo el que ve al Hijo
tenga vida eterna

jueves

Hch 8, 26-40 Mira, agua. ¿Qué dificultad hay en que me bautice?

Jn 6, 44-52 Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo

viernes

Hch 9, 1-20 Este hombre es un instrumento elegido por mí
para dar a conocer mi nombre a los pueblos

Jn 6, 53-60 Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida

sábado

Hch 9, 31-42 La Iglesia se iba construyendo y se multiplicaba
animada por el Espíritu

Jn 6, 61-70 ¿A quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna

LUNES

1. Hechos 6, 8-15

a) No sólo los apóstoles fueron protagonistas en la primera comunidad: hoy aparece uno de los diáconos recién ordenados, Esteban, dando testimonio de Cristo ante el pueblo y las autoridades, con la misma valentía y lucidez que Pedro y los demás apóstoles. El libro de los Hechos da a este diácono mucha importancia: le dedica los capítulos 6 y 7. Esteban fue el primer mártir cristiano, y su fiesta la celebramos el 26 de diciembre, en el ambiente navideño.

Su manera de pensar y de hablar excitaba los ánimos incluso de los judíos «libertos», que se llamaban así porque, después de haber sido llevados como esclavos fuera de Palestina, habían sido liberados y devueltos, y que en principio se suponía que eran de un talante más abierto que los judíos de Jerusalén. Por eso tenían sinagoga propia. Pero aún a ellos les resulta inadmisibles que Esteban, lleno del Espíritu, les muestre con su elocuencia cómo Jesús, el Resucitado, ha superado la ley y el Templo, y que sólo en él está la salvación. Por eso le acusan: «éste habla contra el Templo y contra las tradiciones que hemos recibido de Moisés». Se cumple una vez más el anuncio que hizo Jesús a sus discípulos: cuando fueran llevados ante los tribunales, el Espíritu les sugeriría qué tenían que decir.

b) Sin necesidad de que seamos apóstoles o diáconos en la comunidad cristiana, todos somos invitados a dar testimonio de Cristo.

También a nosotros, a veces, nos pasará, como a Esteban, que nos encontremos en medio de un mundo hostil al mensaje cristiano. Y no es extraño que nos asalte la tentación de ocultar nuestro testimonio, para no tener dificultades. Haremos bien en rezar con convicción el salmo de hoy: «dichoso el que camina con vida intachable». El cristiano tiene que seguir los caminos del evangelio, y no los de este mundo, que muchas veces son opuestos: «aunque los nobles se sientan a murmurar de mí, tu siervo medita tus leyes... apártame del camino falso y dame la gracia de tu voluntad».

Probablemente no tendremos ocasión de pronunciar discursos elocuentes

ante las autoridades o las multitudes. Nuestra vida es el mejor testimonio y el más elocuente discurso, si se conforma a Cristo Jesús, si de veras «rechazamos lo que es indigno del nombre cristiano y cumplimos lo que en él se significa» (oración del día).

2. Juan 6, 22-29

a) En el evangelio hemos visto cómo la gente busca a Jesús, al día siguiente de la multiplicación de los panes.

Pero Jesús les tiene que echar en cara que la motivación de esta búsqueda es superficial: «me buscáis, no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros». Se quedan en el hecho, pero no llegan al mensaje. Como la samaritana que apetecía el agua del pozo, cuando Jesús le hablaba de otra agua.

Con sus milagros, Jesús quiere que las personas capten su persona, su misterio, su misión. «Que crean en el que Dios ha enviado».

Es admirable, a lo largo del evangelio, ver cómo Jesús, a pesar de la cotidianidad de sus oyentes, les va conduciendo con paciencia hacia la verdadera fe: «yo soy la luz», «yo soy la vida», «yo soy el Pastor». Aquí, a partir del pan que han comido con gusto, les ayudará a creer en su afirmación: «yo soy el pan que da la vida eterna».

b) Como Jesús, con pedagogía y paciencia, fue conduciendo a la gente a la fe en él, a partir de las apetencias meramente humanas —el pan para saciar el hambre, el mesianismo humano y político que buscaba Pedro—, también nosotros deberíamos ayudar a nuestros hermanos, jóvenes y mayores, a llegar a captar cómo Jesús es la respuesta de Dios a todos nuestros deseos y valores.

Buscar a Jesús porque multiplica el pan humano es flojo, pero es un punto de partida. El hombre de hoy, aunque tal vez no conscientemente, busca felicidad, seguridad, vida y verdad. Como la gente de Cafarnaúm, anda bastante desconcertado, buscando y no encontrando respuesta al sentido de su vida.

Hay buena voluntad en mucha gente. Lo que necesitan es que alguien les ayude. A veces tienen una concepción pobre de la fe cristiana, por temor o por un sentido meramente de precepto, o por interés: algunos buscan a Dios por los favores que de él esperan, sin buscarle a él mismo. Si nosotros los cristianos, con nuestra palabra y nuestras obras, les ayudamos y les evangelizamos, pueden llegar a entender que la respuesta se llama Jesús, y del pan humano y caduco podrán pasar a apreciar el Pan que es Cristo y el Pan que nos da Cristo.

Nosotros, los que celebramos con frecuencia la Eucaristía, ya sabemos distinguir bien entre el pan humano y el Pan eucarístico que es la Carne salvadora de Cristo. Esta conciencia nos debe llevar a una jornada vivida mucho más decididamente en el seguimiento de ese Cristo Jesús que es a la vez nuestro alimento y nuestro Maestro de vida.

«Ha resucitado el Buen Pastor,
que dio la vida por sus ovejas» (*entrada*)

«Concédenos a los cristianos rechazar lo que es indigno de
este nombre y cumplir cuanto en él se significa» (*oración*)

«Dichoso el que camina con vida intachable» (*salmo*)

«Instrúyeme en el camino de tus decretos» (*salmo*)

«Dichosos los que no vieron y creyeron» (*aleluya*)

«La paz os dejo, mi paz os doy» (*comunión*)

MARTES

1. Hechos 7, 51-59

a) Esteban, el protagonista de la lectura de ayer, lo sigue siendo hoy, esta vez en su testimonio final del martirio. Delante del Sanedrín en pleno, pronuncia con entereza un largo discurso, del que sólo escuchamos aquí el final. Es una pieza de catequesis muy estructurada de la Historia de la Salvación, a partir del AT, con sus grandes personajes Abrahán, José, Moisés, David y Salomón, para llegar al Mesías esperado en la plenitud de la historia.

Aquí es donde empalma el pasaje de hoy, en que Esteban echa en cara a los judíos que se han resistido una vez más al Espíritu y no han sabido reconocer al Mesías: al contrario, le han traicionado y asesinado. La reacción de sus oyentes es furiosa. Sobre todo cuando oyen lo que a ellos les parece una blasfemia: que Esteban afirma que ve a Jesús, el Hijo del Hombre, en la gloria, de pie a la derecha de Dios. Entonces le sacan de la ciudad y se abalanzan sobre él para matarle. Con la intervención de «un joven llamado Saulo».

Parece como si Lucas quisiera subrayar el paralelismo entre la muerte del diácono y la de Jesús: a los dos les acusan ante el Sanedrín unos testigos falsos y les tachan de blasfemos, los dos son ajusticiados fuera de la ciudad, los dos mueren entregando su espíritu en manos de Dios y perdonando a sus enemigos.

b) Es admirable el ejemplo de Esteban, el joven diácono. Y admirable en general el cambio de la primera comunidad cristiana a partir de la gracia del Espíritu en Pentecostés.

Esteban da testimonio de Cristo Resucitado y Victorioso. Celebramos su fiesta en Navidad, pero la lectura de hoy nos lo sitúa muy coherentemente en el clima de la Pascua.

También nosotros, en la Pascua que estamos celebrando, somos invitados, no sólo a creer teóricamente en la Resurrección de Cristo, sino a vivir esa misma Pascua: o sea a estar dispuestos a experimentar en nosotros la

persecución o las fatigas del camino evangélico, e imitar a Cristo no sólo en las cosas dulces, sino también en la entrega a la muerte y en el perdón de nuestros enemigos. A vivir el doble movimiento de la Pascua, que es muerte y vida.

Las dificultades nos pueden venir cuando con nuestras palabras y nuestras obras seamos testigos de la verdad, que siempre resulta incómoda a alguien. Como el discurso de Esteban. O cuando nosotros mismos nos cansemos o sintamos la tentación de abandonar el seguimiento de Cristo. Entonces es cuando podemos recordar como estímulo el valiente ejemplo de Esteban.

2. Juan 6, 30-35

a) En el evangelio, la gente sencilla pide «signos» a Jesús. Y casi como provocándole le dicen que Moisés sí había hecho signos: el maná que proporcionó a los suyos en la travesía del desierto. Así ha construido literariamente la escena el evangelista para dar lugar a continuación al discurso de Jesús sobre el pan verdadero.

Todo el discurso siguiente va a ser como una homilía en torno al tema del pan: el pan que multiplicó Jesús el día anterior, el maná que Dios dio al pueblo en el desierto, y el Pan que Jesús quiere anunciar. La frase crucial es una cita del salmo 77, 24: «les diste pan del cielo» (lo que cantábamos antes en latín en la Bendición con el Santísimo: «panem de coelo praestitisti eis»).

Se establece el paralelismo entre Moisés y Jesús, entre el pan que no sacia y el pan que da vida eterna, entre el pan con minúscula y el Pan con mayúscula. A partir de la experiencia de la multiplicación y del recuerdo histórico del maná, Jesús conduce a sus oyentes hacia la inteligencia más profunda del Pan que Dios les quiere dar, que es él mismo, Jesús. Si en el desierto el maná fue la prueba de la cercanía de Dios para con su pueblo, ahora el mismo Dios quiere dar a la humanidad el Pan verdadero, Jesús, en el que hay que creer. Siempre es parecido el camino: de la anécdota de un milagro hay que pasar a la categoría del «yo soy». Aquí, al «yo soy el pan de vida».

b) Nosotros tenemos la suerte de la fe. E interpretamos claramente a Jesús como el Pan de la vida, el que nos da fuerza para vivir. El Señor, ahora Glorioso y Resucitado, se nos da él mismo como alimento de vida.

Aquella gente del evangelio, sin saberlo bien, nos han dado la consigna para nuestra oración. Podemos decir como ellos, en nombre propio y de toda la humanidad: «danos siempre de este Pan». Y no sólo en el sentido inmediato del pan humano, sino del Pan verdadero que es Cristo mismo.

Pero los cristianos no nos tendríamos que conformar con saciarnos nosotros de ese Pan. Deberíamos «distribuirlo» a los demás: deberíamos anunciar a Cristo como el que sacia todas las hambres que podamos sentir los humanos. Deberíamos conducir a todos los que podamos, con nuestro ejemplo y testimonio, a la fe en Cristo y a la Eucaristía. El pan que baja del cielo y da vida al mundo.

«Acrecienta la gracia que has dado a tus hijos» (*oración*)

«Señor, no les tengas en cuenta este pecado» (*1ª lectura*)

«A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu» (*1ª lectura y salmo*)

«Yo confío en el Señor,
tu misericordia sea mi gozo y mi alegría» (*salmo*)

«Haz brillar tu rostro sobre tu siervo» (*salmo*)

«Cristo ha resucitado: él nos ilumina» (*aleluya*)

«Señor, danos siempre de este pan» (*evangelio*)

«Si hemos muerto con Cristo,
creemos que también viviremos con él» (*comunión*)

MIÉRCOLES

1. Hechos 8, 1-8

a) Empieza la tercera persecución contra los cristianos –de nuevo con la intervención, esta vez más activa, de Saulo–, y la dispersión de parte de la comunidad de Jerusalén, tal vez sus grupos más liberales, los de habla griega. Los apóstoles se quedan.

Parecía que esto iba a ser un golpe mortal para la Iglesia, y no lo fue. La comunidad se hizo más misionera y la fe en Cristo se empezó a extender por Samaría y más lejos: «los prófugos iban difundiendo la Buena Noticia». El día de la Ascensión Jesús les había anunciado que iban a ser sus testigos primero en Jerusalén, luego en toda Judea, en Samaría, y hasta los confines del mundo (Hch 1,8). Ahora lo empiezan a realizar.

Uno de los diáconos helénicos, Felipe, es el que asume la evangelización en Samaría, y «la ciudad se llenó de alegría». Aunque no lo leemos hoy, sabemos que la predicación de Felipe atrajo a muchos al Bautismo, y entonces los apóstoles Pedro y Juan bajaron de Jerusalén a completar esta iniciación, imponiendo las manos y dando el Espíritu a los bautizados por Felipe.

b) No habría que asustarse demasiado, con visión histórica, por las dificultades y persecuciones que sufre la comunidad cristiana. Siempre las ha experimentado y siempre ha prevalecido.

Para aquella comunidad de Jerusalén, lo que parecía que iba a ser el principio del final, fue la gran ocasión de la expansión del cristianismo. Así ha sucedido cuando en otras ocasiones cruciales de la historia se han visto cerrar las puertas a la Iglesia en alguna dirección: con las invasiones de los pueblos bárbaros y el hundimiento del imperio romano, o con la pérdida de los Estados Pontificios el siglo pasado. Siempre ha habido otras puertas abiertas, y el Espíritu del Señor ha ido conduciendo a la Iglesia de modo que nunca faltara el anuncio de la Buena Noticia y la vida de sus comunidades como testimonio ante el mundo.

Si tenemos fe y una convicción que comunicar, la podremos comunicar, si no es de una manera de otra. Como sucedía en la primera comunidad con los apóstoles y demás discípulos: nadie les logró hacer callar. Si una comunidad cristiana está viva, las persecuciones exteriores no hacen sino estimularla a buscar nuevos modos de evangelizar el mundo. Lo peor es si no son los factores externos, sino su pobreza interior la que hace inerte su testimonio.

Lo que a nosotros nos puede parecer catastrófico –los ataques a la Iglesia y sus pastores, la falta de vocaciones, la progresiva secularización de la sociedad, los momentos de tensión– será seguramente ocasión de bien, de purificación, de discernimiento, de renovado empeño de fe y evangelización por parte de la comunidad cristiana, guiada y animada por el Espíritu. Eso sí, también una llamada a la renovación de nuestros métodos de evangelización. Dios escribe recto con líneas que a nosotros nos pueden parecer torcidas.

2. Juan 6, 35-40

a) El «discurso del Pan de la vida» que Jesús dirige a sus oyentes el día siguiente a la multiplicación de los panes, en la sinagoga de Cafarnaúm, entra en su desarrollo decisivo.

Esta catequesis de Jesús tiene dos partes muy claras: una que habla de la fe en él, y otra de la Eucaristía. En la primera afirma «yo soy el Pan de vida»: en la segunda dirá «yo daré el Pan de vida». Ambas están íntimamente relacionadas, y forman parte de la gran página de catequesis que el evangelista nos ofrece en torno al tema del pan.

Hoy escuchamos la primera. Repetimos la última frase de ayer, el v. 35: «yo soy el pan de vida», que es el inicio de este apartado, que tiene como contenido la fe en Jesús. Se nota en seguida, porque los verbos que emplea son «el que viene a mí», «el que cree en mí», «el que ve al Hijo y cree en él». Se trata de creer en el enviado de Dios. Aquí se llama Pan a Cristo no en un sentido directamente eucarístico, sino más metafórico: a una humanidad hambrienta, Dios le envía a su Hijo como el verdadero Pan que le saciará. Como también se lo envía como la Luz, o como el Pastor. Luego pasará a una perspectiva más claramente eucarística, con los verbos «comer» y «beber».

El efecto del creer en Jesús es claro: el que crea en él «no pasará hambre», «no se perderá», «lo resucitaré el último día», «tendrá vida eterna».

b) La presentación de Jesús por parte del evangelista también nos está diciendo a nosotros que necesitamos la fe como preparación a la Eucaristía. Somos invitados a creer en él, antes de comerle sacramentalmente.

Ver, venir, creer: para que nuestra Eucaristía sea fructuosa, antes tenemos que entrar en esta dinámica de aceptación de Cristo, de adhesión a su forma de vida.

Por eso es muy bueno que en cada misa, antes de tomar parte en «la mesa de la Eucaristía», comiendo y bebiendo el Pan y el Vino que Cristo nos ofrece, seamos invitados a recibirle y a comulgar con él en «la mesa de la Palabra», escuchando las lecturas bíblicas y aceptando como criterios de vida los de Dios.

El que nos prepara a «comer» y «beber» con fruto el alimento eucarístico es el mismo Cristo, que se nos da primero como Palabra viviente de Dios, para que «veamos», «vengamos» y «creamos» en él. Así es como tendremos vida en nosotros. Es como cuando los discípulos de Emaús le reconocieron en la fracción del pan, pero reconocieron que ya «ardía su corazón cuando les explicaba las Escrituras».

La Eucaristía tiene pleno sentido cuando se celebra en la fe y desde la fe. A su vez, la fe llega a su sentido pleno cuando desemboca en la Eucaristía. Y ambas deben conducir a la vida según Cristo. Creer en Cristo. Comer a Cristo. Vivir como Cristo.

«Concédenos tener parte en la herencia eterna de tu Hijo resucitado» (*oración*)

«Aclama al Señor, tierra entera: alegrémonos con Dios» (*salmo*)

«Yo soy el pan de vida.

El que viene a mí no pasará hambre» (*evangelio*)

«Resucitó el Señor y nos iluminó» (*comunión*)

JUEVES

1. Hechos 8, 26-40

a) El episodio del eunuco a quien evangeliza y bautiza el diácono Felipe es un relato típicamente lucano, bastante paralelo al de los discípulos de Emaús: entonces la catequesis la hizo el mismo Jesús y desembocó en la fracción del pan. Ahora es un diácono el que anuncia la fe y termina con el Bautismo.

La escena parece que tiene la intención de presentar cómo es el camino de la iniciación cristiana: el anuncio de Jesús, la fe, la celebración sacramental y la vida cristiana. Evangelización, conversión, sacramento, vida.

El proceso está bien descrito. El eunuco, pagano, tiene buena disposición religiosa. No puede ser admitido al pueblo de Israel, pero lee sus Escrituras. Tiene curiosidad por saber quién es el Siervo de Yahvé. Felipe, a partir de esa situación –sube a la carroza del eunuco: todo un símbolo–, entra en diálogo con él, le explica las Escrituras. Del AT le ayuda a pasar al NT y le da a conocer a Jesús como el Mesías, el Siervo y el Salvador. También Jesús, a los de Emaús, les invitó a entender los hechos actuales a partir del AT.

El eunuco es bautizado, y sigue su camino lleno de alegría. ¿Fue el primer pagano que recibió el Bautismo? ¿dónde fue a parar? ¿fundó alguna comunidad en su tierra? Por su parte, el diácono es conducido por el Espíritu a seguir evangelizando en otro lugar.

No es extraño que el salmo responsorial de hoy sea misionero: «aclama al Señor, tierra entera. Bendecid, pueblos, a nuestro Dios»

b) El diácono Felipe –siempre guiado por Dios, que lleva la iniciativa– nos da una espléndida lección de pedagogía en la evangelización: ayudar a las personas, a partir de su curiosidad, de sus deseos, de sus cualidades, a que encuentren la plenitud de todo ello en Cristo Jesús y le acepten en su vida.

Felipe ayudó al eunuco a partir del AT que estaba leyendo. Cada una de las personas que encontramos tiene su particular AT, su formación, su sensibilidad, sus dones, sus ansias, sus miedos. Nosotros tendríamos que ser el diácono Felipe que sube a su carroza, les acompaña en su camino y les ayuda a descubrir a Cristo. Como el mismo Jesús, que también se hizo compañero

de camino de los de Emaús y con paciencia les iluminó para que entendieran los planes de Dios.

El AT, leído desde Cristo. Los deseos humanos, leídos desde Cristo. Muchos siguen buscando y preguntando dónde está el Mesías y el Salvador: ¿en las sectas? ¿en las religiones orientales? ¿en los mil medios de huída de la vida hacia mundos utópicos?

¿Quién les anuncia a estas personas, jóvenes o mayores, que la respuesta está en Cristo Jesús? De un encuentro y un diálogo con nosotros, ¿suelen marchar las personas con una chispa de fe y con alegría interior?

2. Juan 6, 44-52

a) El discurso de Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm sigue adelante, progresando hacia su plenitud.

La idea principal sigue siendo también hoy la de la fe en Jesús, como condición para la vida. La frase que la resume mejor es el v. 47: «os lo aseguro, el que cree tiene vida eterna». Ahora bien, a los verbos que encontrábamos ayer –«ver», «venir» y «creer»– hoy se añade uno nuevo: «nadie puede venir a mí si el Padre que me ha enviado no le atrae». La fe es un don de Dios, al que se responde con la decisión personal.

Dentro de este discurso sobre la fe en Jesús hay una objeción de los oyentes –que no se lee en la selección de la Misa– que refleja bien cuál era la intención de Jesús. Murmuraban y se preguntaban: «¿cómo puede decir que ha bajado del cielo?» (v. 42). Lo que escandalizaba a muchos era que Jesús, cuyo origen y padres creían conocer, se presentara como el enviado de Dios, y que hubiera que creer en él para tener vida.

Al final de la lectura de hoy parece que cambia el discurso. Ha empezado a sonar el verbo «comer». La nueva repetición: «yo soy el pan vivo» tiene ahora otro desarrollo: «el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo».

Donde Jesús entregó su carne por la vida del mundo fue sobre todo en la cruz. Pero las palabras que siguen, y que leeremos mañana, apuntan también

claramente a la Eucaristía, donde celebramos y participamos sacramentalmente de su entrega en la cruz.

b) Nosotros, cuando celebramos la Eucaristía, acogiendo la Palabra y participando del Cuerpo y Sangre de Cristo, tenemos la suerte de que sí «vemos, venimos y creemos» en él, le reconocemos, y además sabemos que la fe que tenemos es un don de Dios, que es él que nos atrae.

Tenemos motivos para alegrarnos y sentir que estamos en el camino de la vida: que ya tenemos vida en nosotros, porque nos la comunica el mismo Cristo Jesús con su Palabra y con su Eucaristía. La vida que consiguió para nosotros cuando entregó su carne en la cruz por la salvación de todos y de la que quiso que en la Eucaristía pudiéramos participar al celebrar el memorial de la cruz.

Creemos en Jesús y le recibimos sacramentalmente: ¿de veras esto nos está ayudando a vivir la jornada más alegres, más fuertes, más llenos de vida? Porque la finalidad de todo es vivir con él, como él, en unión con él.

«Mi fuerza y mi poder es el Señor» (*entrada*)

«En estos días de Pascua
nos has revelado claramente tu amor» (*oración*)

«Benedicid, pueblos, a nuestro Dios» (*salmo*)

«El que cree, tiene vida eterna» (*evangelio*)

«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo» (*evangelio*)

«Que nuestra vida sea manifestación y testimonio
de esta verdad que conocemos» (*ofrendas*)

«Vivamos, ya desde ahora,
la novedad de la vida eterna» (*poscomunión*)

VIERNES

1. Hechos 9, 1-20

a) La conversión de Pablo debe ser un acontecimiento importante para la primitiva comunidad, porque Lucas la cuenta nada menos que tres veces en el libro de los Hechos (capítulos 9, 22 y 26), y el mismo Pablo hace varias alusiones al episodio en sus cartas (por ejemplo en Ga 1). Tal vez es porque esta aparición del Resucitado a Pablo confiere autoridad a su ministerio apostólico, que algunos tenían por menos justificado que el de los doce, y sobre todo avala su carácter de misionero abierto a todos los países y razas, que era visto con suspicacia en ciertos ambientes. Las diferencias de matices entre los varios relatos no nos interesan mucho aquí.

Al escuchar hoy por extenso el relato de la conversión de Pablo y del inicio de su ministerio predicador en Damasco, uno no sabe qué admirar más: el plan sorprendente de Dios, la respuesta de Pablo o la actitud acogedora de la comunidad de Damasco.

La iniciativa ha sido de Cristo Jesús. Pablo era de las últimas personas que uno esperaría que fueran llamadas como apóstoles de Cristo. Dios nos sorprende siempre: tanto en el AT como en el NT la elección que hace de las personas parece a veces la menos indicada para los fines que se pretenden conseguir. «Soy Jesús, a quien tú persigues». ¿Elegir como testigo suyo al que más está persiguiendo a su comunidad? Ante las reticencias lógicas de Ananías, Jesús responde defendiendo a Pablo: «anda, ve, que ese hombre es un instrumento elegido por mí para dar a conocer mi nombre».

Esta elección de Cristo tiene éxito porque también Pablo pone de su parte una respuesta decidida. Tiene calidad humana y religiosa, ofrece buena «materia prima» a la obra de Dios. «¿Quién eres, Señor?». La respuesta de Pablo a Cristo es firme y generosa, y lo será toda su vida. Hasta ahora ha puesto su entusiasmo al servicio de una causa que creía justa, hasta con intransigencia. Ahora el encuentro con el Resucitado le transforma. Se levanta, va a Damasco, recorre el camino de la «iniciación» bautismal y se dedica con decisión a la nueva causa, empezando a anunciar a Cristo Jesús. Pronto se

convencerá de que esto le va a acarrear muchos disgustos: no le recibirán siempre bien en la comunidad cristiana, y sobre todo los judíos le tacharán de traidor. Por eso Jesús le manda decir: «yo le enseñaré lo que tiene que sufrir por mi nombre».

Tiene mérito también el que Ananías y la comunidad de Damasco, superando bastante rápidamente las naturales suspicacias, acojan a Pablo en su seno y se presten a guiarle a su nueva situación. (Luego, en Jerusalén, no le reciben tan bien: sólo Bernabé le facilita el camino para su adaptación a la comunidad).

b) Después de escuchar la conversión de Pablo, podemos preguntarnos, a modo de examen, si nosotros solemos actuar como los tres protagonistas del relato. ¿Sabemos dar un voto de confianza a las personas, como hizo Cristo con Pablo? ¿en nuestra vida personal, respondemos nosotros a la llamada de Dios con la misma prontitud incondicional que Pablo? ¿como comunidad, tenemos un talante de acogida para todos, incluso para aquellos que han caído en falta o nos resultan menos cómodos? o ¿ha habido personas que podrían haber sido muy válidas si hubieran encontrado en nosotros más acogida que la que encontraron?

El relato ha sido proclamado, no para que nos enteráramos de lo que sucedió hace dos mil años, sino para que ilumine nuestra actuación concreta en la vida.

2. Juan 6,53-60

a) En el final del discurso de Jesús sobre el Pan de la vida, el tema es ya claramente «eucarístico». Antes hablaba de la fe: de ver y creer en el Enviado de Dios. Ahora habla de comer y beber la Carne y la Sangre que Jesús va a dar para la vida del mundo en la cruz, pero también en la Eucaristía, porque ha querido que la comunidad celebre este memorial de la cruz.

Ahora, la dificultad que tienen sus oyentes (v. 52) es típicamente eucarística: «¿cómo puede éste darnos a comer su carne?». Antes (v. 42) había sido cristológica: «¿cómo dice éste que ha bajado del cielo?».

El fruto del comer y beber a Cristo es el mismo que el de creer en él: participar de su vida. Antes había dicho: «el que cree, tiene vida eterna» (v.47). Ahora: «el que come este pan vivirá para siempre» (v.58).

Hay dos versículos que describen de un modo admirable las consecuencias que la Eucaristía va a tener para nosotros, según el pensamiento de Cristo: «el que come mi carne y bebe mi sangre, permanece (habita) en mí y yo en él» (v. 56): la intercomunicación entre el Resucitado y sus fieles en la Eucaristía. Y añade una comparación que no nos hubiéramos atrevido nosotros a afirmar: «el Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre: del mismo modo, el que me come vivirá por mí». La unión de Cristo con su Padre es misteriosa, vital y profunda. Pues así quiere Cristo que sea la de los que le reciben y le comen. No dice que «vivirá para mí», sino «por mí». Como luego dirá que los sarmientos viven si permanecen unidos a la vid, que es el mismo Cristo.

b) También el discurso de Jesús ha sido intenso, y nos invita a pensar si nuestra celebración de la Eucaristía produce en nosotros esos efectos que él anunciaba en Cafarnaúm.

Lo de «tener vida» puede ser una frase hecha que no significa gran cosa si la entendemos en la esfera meramente teórica. ¿Se nota que, a medida que celebramos la Eucaristía y en ella participamos de la Carne y Sangre de Cristo, estamos más fuertes en nuestro camino de fe, en nuestra lucha contra el mal? ¿o seguimos débiles, enfermos, apáticos? Lo que dice Jesús: «el que me come permanece en mí y yo en él», ¿es verdad para nosotros sólo durante el momento de la comunión o también a lo largo de la jornada?

Después de la comunión –en esos breves pero intensos momentos de silencio y oración personal– le podemos pedir al Señor, a quien hemos recibido como alimento, que en verdad nos dé su vida, su salud, su fortaleza, y que nos la dé para toda la jornada. Porque la necesitamos para vivir como seguidores suyos día tras día.

«Que el Espíritu, con su amor,
nos haga resucitar a una vida nueva» (*oración*)

«Id a todo el mundo a predicar el evangelio» (*salmo*)

«El que come mi carne y bebe mi sangre
habita en mí y yo en él» (*evangelio*)

«El que me come, vivirá por mí,
como yo vivo por el Padre» (*evangelio*)

«Que esta Eucaristía
nos haga progresar en el amor» (*poscomunión*)

SÁBADO

1. Hechos 9, 31-42

a) En la historia de la primera comunidad de Jerusalén llegamos ahora a una época de paz. Y aprovechando la ocasión, el protagonista de hoy, Pedro, sale de Jerusalén y hace un recorrido por las comunidades cristianas, a modo de visita pastoral, para reanimarlas en su fe.

Su presencia va acompañada por dos hechos milagrosos: la curación de un paralítico llamado Eneas, en Lida, y la resurrección de una discípula que había fallecido en Jafa, Tabita. La fuerza curativa de Jesús se ha comunicado ahora a su Iglesia, en la persona de Pedro, que explícitamente invoca a Jesús: «Eneas, Jesucristo te da la salud, levántate». Y también al resucitar a la mujer, primero se arrodilla y se pone a rezar, antes de mandarle: «Tabita, levántate». Es lo que habían hecho él y Juan a la puerta del Templo cuando curaron al paralítico «en el nombre de Jesús».

Vemos los protagonistas de la historia de la Iglesia: Jesús, su Espíritu y la comunidad misma, con sus ministros. Jesús, desde su existencia gloriosa, sigue presente a su Iglesia, la llena de fuerza por su Espíritu y sigue así actuando a través de ella. Se explica que Lucas pueda describir un panorama

tan optimista: «la comunidad se iba construyendo y progresaba en la fidelidad al Señor, y se multiplicaba animada por el Espíritu Santo».

b) Como Pedro en su tiempo, deberíamos ser cada uno de nosotros «buenos conductores» de la salud y de la vida del Resucitado.

Celebrar la Pascua es dejarnos llenar nosotros mismos de la fuerza de Jesús, y luego irla transmitiendo a los demás, en los encuentros con las personas. ¿Curamos enfermos, resucitamos muertos en nombre de Jesús? Sin llegar a hacer milagros, pero ¿salen animados los que sufren cuando se han encontrado con nosotros? ¿logramos reanimar a los que están sin esperanza, o se sienten solos, o no tienen ganas de luchar? Todo eso es lo que podríamos hacer si de veras estamos llenos nosotros de Pascua, y si tenemos en la vida la finalidad de hacer el bien a nuestro alrededor, no por nuestras propias fuerzas, sino en el nombre de Jesús.

La Eucaristía nos debería contagiar la fuerza de Cristo para poder ayudar a los demás a lo largo de la jornada. Salir de nosotros mismos –fue un buen símbolo que Pedro saliera de Jerusalén– y recorrer los caminos de los demás –saberles «visitar»– para animarles en su fe, podría ser una buena consigna para nuestra actuación de cristianos en la Pascua.

2. Juan 6, 61-70

a) En el evangelio leemos hoy el pasaje final del capítulo 6 de san Juan, con las reacciones que produce en sus oyentes el discurso de Jesús sobre el Pan de la vida.

Para algunos resulta «duro», imposible de admitir. No se sabe qué les ha escandalizado más: el que Jesús –en definitiva, para ellos, un obrero del pueblo de al lado, aunque se haya mostrado buen predicador y haga milagros– afirme con decisión que él es el enviado de Dios y hay que creer en él para tener vida; o bien que afirme que hay que «comer su carne y beber su sangre», con una alusión al sacramento eucarístico que ellos, naturalmente, no podían entender todavía.

Jesús trata de darles pistas para que sepan entender su doble manifestación. Tanto la afirmación de que «ha bajado del cielo», como la de que hay que «comer su carne», sólo tendrán su sentido después de la Pascua: cuando Jesús haya «subido» glorioso al Padre, resucitado por el Espíritu, completando así su camino mesiánico, y cuando haya descendido el mismo Espíritu sobre los discípulos, dándoles los ojos de la fe para entender la donación del Jesús pascual como Pan verdadero. Pero no parece bastar: «desde entonces muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él».

Menos mal que el grupo de discípulos, cuyo portavoz es –una vez más– Pedro, le permanecen fieles. Tal vez no han entendido del todo sus afirmaciones. Pero creen en él, le creen a él: «¿a quién vamos a acudir? tú tienes palabras de vida eterna».

b) También en el mundo de hoy, como para los oyentes que tenía en Cafarnaúm, Jesús se convierte en signo de contradicción, como había anunciado el anciano Simeón, cuando María y José presentaron a su hijo en el Templo.

Cristo es difícil de admitir en la propia vida, si se entiende todo lo que comporta el creer en él. Es pan duro, pan con corteza. No sólo consuela e invita a la alegría. Muchas veces es exigente, y su estilo de vida está no pocas veces en contradicción con los gustos y las tendencias de nuestro mundo. Creer en Jesús, y en concreto también comulgar con él en la Eucaristía, que es una manera privilegiada de mostrar nuestra fe en él, puede resultar difícil.

Nosotros, gracias a la bondad de Dios, somos de los que han hecho opción por Cristo Jesús. No le hemos abandonado. Como fruto de cada Eucaristía, en la que acogemos con fe su Palabra en las lecturas y le recibimos a él mismo como alimento de vida, tendríamos que imitar la actitud de Pedro: «¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna».

/// «Por el bautismo fuisteis sepultados con Cristo
/// y habéis resucitado con él» (*entrada*)

«Jesucristo, testigo fiel, primogénito de los muertos,
nos amaste y lavaste nuestros pecados con tu sangre» (*aleluya*)

«Señor, ¿a quién vamos a acudir?

Tú tienes palabras de vida eterna» (*evangelio*)

«Padre, que todos sean uno

y así crea el mundo que tú me has enviado» (*comunión*).

«No ceses de proteger con amor a los que has salvado»
(*poscomunión*)

CUARTA SEMANA DE PASCUA

lunes

Hch 11, 1-18 También a los paganos les ha otorgado Dios
la conversión que lleva a la vida

Jn 10, 1-10 Yo soy la puerta de las ovejas
(Jn 10, 11-18 El Buen Pastor da la vida por sus ovejas)

martes

Hch 11, 19-26 Se pusieron a hablar también a los griegos,
anunciándoles al Señor Jesús

Jn 10, 22-30 Yo y el Padre somos uno

miércoles

Hch 12, 24 a 13,5 Apartadme a Bernabé y a Saulo

Jn 12, 44-50 Yo he venido al mundo como luz

jueves

Hch 13, 13-25 Dios sacó de la descendencia de David
un salvador para Israel, Jesús

Jn 13, 16-20 El que recibe a mi enviado, me recibe a mí

viernes

Hch 13, 26-33 Dios ha cumplido la promesa a los hijos resucitando a Jesús

Jn 14, 1-6 Yo soy el camino y la verdad y la vida

sábado

Hch 13, 44-52 Nos dedicamos a los gentiles

Jn 14, 7-14 Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre

LUNES

1. Hechos 11, 1-18

a) Lucas da mucha importancia al episodio de Cornelio en su libro de los Hechos: le dedica los capítulos 10 y 11 enteros. Hoy leemos el 11, en que Pedro, al dar cuentas a la comunidad de Jerusalén, repite todo el episodio.

Se trataba de un asunto de capital importancia para aquella comunidad: admitir o no a los paganos a la fe, y con qué condiciones (por ejemplo, ¿siguen vigentes las prescripciones judías respecto a la comida?). La conversión de Cornelio y su familia a la fe cristiana es el prototipo para otros casos, como lo había sido en un tono menor el episodio del Eunuco con el diácono Felipe.

Es claro el proceso de cambio que se da en Pedro: por su formación judía, no podía admitir tan fácilmente la apertura universal de la Iglesia, simbolizada en la visión del lienzo y los alimentos que no se podían comer: «ni pensarlo, Señor: jamás ha entrado en mi boca nada profano o impuro». Recordamos la negativa de Pedro a que Jesús le lavara los pies: «no me lavarás los pies jamás». Ahora llega el cambio. El argumento que a él le convence –y luego también a la comunidad– es que Dios ha tomado la iniciativa: «lo que Dios ha declarado puro, no lo llames tú profano» (referente a las comidas); «si Dios les ha dado a ellos el mismo don que a nosotros, ¿quién era yo para oponerme a Dios?» (esta vez referido a la admisión de los paganos). El Espíritu va guiando a Pedro hacia la universalidad de la fe cristiana: ya que los apóstoles no se decidían, fue el mismo Espíritu el que bautizó a la familia de Cornelio, con el «nuevo Pentecostés», que ahora sucede en casa de un pagano.

Otro dato admirable: Pedro, máxima autoridad, acepta la interpelación crítica de algunos de la comunidad, que le tachan de precipitado en su decisión. Da las explicaciones oportunas. Y la comunidad las acepta, reconociendo que «también a los gentiles les ha otorgado la conversión que lleva a la vida». El diálogo sincero resuelve un momento de tensión que podría haber sido más grave.

b) La lección de apertura de la comunidad apostólica, superando las dificultades que surgían por su formación anterior, es siempre actual para la Iglesia. Entonces se trataba de no establecer diferencias entre judíos y paganos, a la hora de recibir la salvación de Cristo. Ahora pueden ser otros los ambientes más actuales de cerrazón y discriminación por nuestra parte.

¿Somos dóciles a los signos con los que el Espíritu nos quiere conducir también a nosotros a fronteras siempre más de acuerdo con el plan misionero y universal de Dios? Ciertamente estos últimos años se están dando evoluciones positivas de apertura más sincera a los laicos, al puesto de la mujer en la Iglesia, a las culturas y lenguas de los varios países (¿cuántos siglos hemos impuesto la aduana del latín a pueblos que no lo entendían?), a la inculturación teológica y litúrgica, etc. Pero ¿es suficiente esta voluntad de cambio y de liberación? ¿o todavía somos víctimas de las ataduras que podemos tener, por formación o pereza mental? ¿o seguimos teniendo discriminaciones contrarias al amor universal de Dios y a la voluntad ecuménica de su Espíritu?

Esto puede pasar en el nivel eclesial, y también en el más cercano y doméstico, en nuestras relaciones con las demás personas. ¿Cómo resolvemos las tensiones inevitables que se crean en una comunidad, ante situaciones nuevas y pareceres diferentes? ¿sabemos dialogar? ¿estamos dispuestos a ver con honradez la parte de razón de los demás? ¿nos buscamos a nosotros mismos o la voluntad de Dios y el bien de la comunidad?

2 A. Juan 10, 1-10 (ciclos B y C)

a) El capítulo 10 de san Juan, el dedicado al Buen Pastor, que leemos hoy y mañana, tiene diversas perspectivas: el pasaje de hoy no habla tanto del pastor, sino de la puerta.

Un redil es un recinto vallado que recoge y protege a las ovejas, y tiene una puerta, que se supone que está custodiada. Ahora bien, el pastor legítimo es el que «entra por la puerta», mientras que el ladrón no será admitido por el guarda y tendrá que saltar la valla a escondidas para entrar a donde están las ovejas.

Los oyentes de Jesús no entienden la comparación: por eso él mismo se la explica. «Yo soy la puerta». Jesús, a lo largo del evangelio, trata de que entiendan el misterio de su persona con múltiples comparaciones tomadas de la vida: él es el agua, el pan, el camino, el pastor, la luz, la piedra angular... Aquí dice que es la puerta. A través de él «entramos y salimos» legítimamente, sobre todo los pastores. Sólo por él tienen acceso las ovejas a la seguridad del redil. Sólo por él pueden salir a los pastos buenos. Jesús es el único Mediador, por el que la gracia y la palabra de Dios alcanzan a todos, y por el que nuestra respuesta de fe llega al Padre. «Nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14,6). No hay salvación ni perdón ni luz fuera de él. Sólo el que pasa por él, el que cree en él, entra en la vida.

Esto vale para los pastores y para los fieles. Los fariseos –a ellos va dirigido el discurso– son acusados por Jesús de no haber entrado por la puerta, de no ser pastores verdaderos, sino como los que criticaba el profeta Ezequiel (Ez 34). De los pastores se describen ya en este pasaje las cualidades que deben tener para poder decir que son buenos: entran por la puerta, conocen a sus ovejas, van delante de ellas... Son cualidades que en seguida afirmará que él cumple en plenitud, porque es el Buen Pastor.

b) La metáfora de Cristo como puerta nos sitúa ante el siempre actual dilema de aceptar o no a Cristo como el camino y el único Mediador que da sentido a nuestra vida. Cuando buscamos seguridad y felicidad, o tratamos de legitimar nuestras actuaciones: ¿es él en quien pensamos y creemos? Él ya dijo que la puerta que conduce a la vida es estrecha: ¿tratamos nosotros de buscar otras puertas más cómodas, otros caminos más llanos y agradables, o aceptamos plenamente a Jesús como la única puerta a la vida? Si tenemos algún encargo «pastoral», ¿nos sentimos unidos a él, entramos por la puerta que es él, o somos como ladrones que saquean, más que ayudan, a las ovejas?

2 B. Jn 10, 11-18

a) En el ciclo A, por haberse leído el pasaje anterior en domingo, se lee hoy el siguiente (los vv. 11-18), que enfoca en directo la metáfora del Buen Pastor.

El nombre de pastor es muy expresivo. En el AT se aplica a Dios con relación a su pueblo, y también a los reyes como David, o a los sacerdotes, y ahora en el evangelio a Cristo Jesús, y más tarde al ministerio de Pedro («apacienta mis ovejas»). A veces se trata de pastores malos (Ez 34). Otras, del auténtico pastor: Yahvé en el AT, Jesús en el NT.

Jesús enumera las cualidades del buen pastor: se preocupa por sus ovejas, las defiende, las conoce y es conocido por ellas, da la vida por ellas, quiere que también otras ovejas vengan y formen un solo redil. Mientras que el pastor mercenario se busca a sí mismo y no se preocupa de las ovejas. Nadie como Jesús puede decir: «yo soy el Buen Pastor». Él puede hablar de estas cualidades porque las cumple perfectamente en su vida. Un pastor, normalmente, no tiene por qué dar la vida por sus ovejas, ni conocer a todas, ni querer reunir a otras: pero Jesús lleva su condición de Pastor de la humanidad, que le ha encomendado Dios, hasta las últimas consecuencias. Él conoce a sus ovejas de igual manera que el Padre le conoce a él y él conoce al Padre. El mejor modelo de unión.

b) Jesús, Buen Pastor, es el espejo en que tendríamos que mirarnos todos los que de alguna manera somos «pastores», o sea, tenemos encargos de autoridad o de ministerio con relación a otros: en la Iglesia, en la parroquia, en la comunidad religiosa, en la familia, en cualquier agrupación cristiana o humana.

Es bueno que hoy hagamos examen de conciencia, pensando ante todo si en verdad somos nosotros mismos ovejas de Cristo: si le conocemos, obedecemos su voz y le seguimos. Pero también, en cuanto estamos revestidos de mayor o menor autoridad para con los demás, mirando a las cualidades que Jesús describe y cumple: ¿somos buenos pastores? ¿nos preocupamos de los demás? ¿buscamos su interés, o el nuestro? ¿nos sacrificamos por aquellos de los que somos encargados, hasta dar la vida por ellos? ¿les dedicamos gratuitamente nuestro tiempo? En medio de un mundo en que las personas viven aisladas, encerradas en sí mismas, ¿nos conocemos mutuamente? ¿conocemos a las personas que encontramos, que viven con nosotros, en la familia o en el grupo? ¿o vivimos en la incomunicación y el aislamiento, ignorando o permaneciendo indiferentes ante la persona de los demás?

Cristo es nuestro Pastor. En la Eucaristía nos da su Palabra –se nos da él mismo como la Palabra que ilumina y alimenta– y sobre todo nos da su Cuerpo y su Sangre para que tengamos fuerzas a lo largo de la jornada. Mostrémosle nuestro agradecimiento. Pidámosle que nos ayude a ser buenos seguidores suyos, imitando también su entrega al servicio de los demás.

«Concede a tus fieles la verdadera alegría» (*oración*)

«Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo» (*salmo*)

«Envía tu luz y tu verdad, que ellas me guíen» (*salmo*)

«Yo soy la puerta: quien entra por mí, se salvará» (*evangelio*)

«Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante»
(*evangelio*)

MARTES

1. Hechos 11, 19-26

a) Cuando parecía que los acontecimientos iban a señalar el final de la comunidad de Jesús, por la persecución de Esteban y la dispersión que le siguió (sobre todo de los cristianos más helenistas), resultó que la ocasión era providencial: la Iglesia empezó a sentirse misionera y abierta.

Los discípulos huidos de Jerusalén fueron evangelizando –anunciando que Jesús es el Señor– a regiones como Chipre, Cirene y Antioquía de Siria. Primero a los judíos, y luego también a los paganos. Y «muchos se convirtieron y abrazaron la fe». Sobre todo en Antioquía se creó un clima más abierto para con los procedentes del paganismo y más flexible respecto a las costumbres heredadas de los judíos. Allí fue donde por primera vez los discípulos de Jesús se llamaron «cristianos»: un símbolo de la progresiva independización de la comunidad cristiana respecto a sus raíces judías.

Aparece aquí un personaje muy significativo del nuevo talante de la comunidad: Bernabé. Era de Chipre. Había vendido un campo y puesto el dinero a disposición de los apóstoles (Hch 4, 36). Había ayudado a Pablo en su primera visita de convertido a Jerusalén, para que se sintiera un poco mejor acogido por los hermanos (Hch 9, 26). Era generoso, conciliador.

Al enterarse los responsables de Jerusalén del nuevo estilo de Antioquía, enviaron allí a Bernabé: y éste vio en seguida la mano del Espíritu en lo que sucedía en aquella comunidad, se alegró y les exhortó a seguir por ese camino. Más aún: fue a buscar a Pablo, que se había retirado a Tarso, su patria, y lo trajo a Antioquía como colaborador en la evangelización. Bernabé influyó así decisivamente en el desarrollo de la fe en gran parte de la Iglesia.

El salmo es claramente misionero: «alabad al Señor todas las naciones». Igual que antes muchos se gloriaban de haber nacido en Sión, ahora también los paganos se alegrarán de pertenecer a la comunidad de Jesús.

b) También la comunidad cristiana de ahora debería imitar a la de Antioquía y ser más misionera, más abierta a las varias culturas y estilos, más respetuosa de lo esencial, y no tan preocupada de los detalles más ligados a una determinada cultura o tradición. La apertura que el Vaticano II supuso –por ejemplo, en la celebración litúrgica, con las lenguas vivas y una clara descentralización de normas y aplicaciones concretas– debería seguir produciendo nuevos frutos de inculturación y espíritu misionero.

Nuestra comunidad sigue necesitando personas como Bernabé, que saben ver el bien allí donde está y se alegran por ello, que creen en las posibilidades de las personas y las valoran dándoles confianza, que se fijan, no sólo en los defectos, sino en las fuerzas positivas que existen en el mundo y en la comunidad. Personas conciliadoras, dialogantes, que saben mantener en torno suyo la ilusión por el trabajo de evangelización en medio de un mundo difícil. Esto tendría que notarse hoy mismo, en nuestra vida personal, al tratar a las personas y valorar sus capacidades y virtudes, en vez de constituirnos en jueces rápidos e inclementes de sus defectos. Deberíamos ser, como Bernabé, conciliadores, y no divisores en la comunidad.

2. Juan 10, 22-30

a) En el evangelio, la revelación de Jesús llega a mayor profundidad en la fiesta de la Dedicación del Templo. No sólo es la puerta y el pastor, no sólo está mostrando ser el enviado de Dios por las obras que hace. Su relación con el Padre, con Dios, es de una misteriosa identificación: «yo y el Padre somos uno». Jesús va manifestando progresivamente el misterio de su propia persona: el «yo soy».

Lo que pasa es que algunos de sus oyentes no quieren creer en él. Y precisamente es la fe en Jesús lo que decide si uno va a tener o no la vida eterna. Los verbos se suceden: escuchar, conocer, creer, seguir. Si alguien se pierde, será porque él quiere. Porque Jesús, que se vuelve a presentar como el Buen Pastor, sí que conoce a sus ovejas, y las defiende, y da la vida por ellas, y no quiere que ninguna se pierda (basta recordar la escena de su detención en el huerto de los olivos: «si me buscáis a mí, dejad a estos que se vayan»). Y les dará la vida eterna. La que él mismo recibe del Padre.

b) El pasaje del evangelio nos invita a renovar también nosotros nuestra fe y nuestro seguimiento de Jesús. ¿Podemos decir que le escuchamos, que le conocemos, que le seguimos? ¿que somos buenas ovejas de su rebaño? Tendríamos que hacer nuestra la actitud que expresó tan hermosamente Pedro: «Señor, ¿a quién iremos? tú tienes palabras de vida eterna».

En la Eucaristía escuchamos siempre su voz. Hacemos caso de su Palabra. Nos alimentamos con su Cuerpo y Sangre. En verdad, éste es un momento privilegiado en que Cristo es Pastor y nosotros comunidad suya. Eso debería prolongarse a lo largo de la jornada: siguiendo sus pasos, viviendo en unión con él, imitando su estilo de vida.

«Aumenta en nosotros
la alegría de sabernos salvados» (*oración*)

«Mis ovejas escuchan mi voz
y yo las conozco y ellas me siguen» (*evangelio*)

«Que estos misterios pascuales
sean para nosotros fuente de gozo incesante» (*ofrendas*)

MIÉRCOLES

1. Hechos 12,24 a 13,5

a) La comunidad de Antioquía, misionera y abierta, se muestra llena de vida: «la Palabra del Señor cundía y se propagaba». Y no es una comunidad anónima: Lucas nos trae los nombres de varios «profetas y maestros», además de Bernabé y Pablo, que ejercen su ministerio. Por lo que se ve, además, las decisiones de esta comunidad se toman con intervención de todos los miembros de la comunidad.

Dos personas se destacan, por iniciativa del Espíritu Santo: Bernabé y Pablo son enviados por la comunidad a evangelizar, después de haber ayunado, orado sobre ellos y haberles impuesto las manos como signo de la donación del Espíritu Santo, que aparece claramente como protagonista de la vida de la comunidad.

Va a ser su primer viaje misionero (en los años 44-48), que seguiremos paso por paso los próximos días. Ya hoy aparece la primera etapa, en Chipre, con la predicación en las sinagogas de Salamina.

b) Cuando una comunidad cristiana, imitando el ejemplo de la de Antioquía, está unida y se deja animar por el Espíritu de Dios, es más fecunda en su apostolado misionero.

También las nuestras deberían gozar de esta salud que aparece tan notoria en Antioquía: con sentido de comunidad, con muchas personas dedicadas a la evangelización –ministros, religiosos y laicos–, con visión universal de la misión, empezando por casa –en el ambiente en que vivimos, en la familia, en el trabajo, en la escuela– y mirando también a lo que podemos hacer por anunciar al Señor Jesús en medio de toda la sociedad. Y siempre con un claro apoyo en la oración y la ayuda del Espíritu de Dios.

Si celebramos bien la Eucaristía, nos pasará como a los primeros cristianos: notaremos que el Espíritu nos envía desde la oración a la misión evangelizadora en medio del mundo.

2. Juan 12, 44-50

a) En la fiesta de la Dedicación del Templo Jesús ha decidido proclamar en medio de la gente el misterio de su persona. Es el enviado de Dios, viene de parte de Dios. Más aún: «el que me ve a mí, ve al que me ha enviado».

Se trata, una vez más, de la gran disyuntiva: «el que me rechaza y no acepta mis palabras, ya tiene quien le juzgue», porque «lo que yo hablo lo hablo como me ha encargado el Padre». Jesús ha venido a salvar: el que no le acepta, él mismo se excluye de la vida.

Esta vez la revelación de su identidad –para la que en otras ocasiones se sirve de las imágenes del pan o del agua o del pastor o de la puerta– la hace con otra muy expresiva: «yo he venido al mundo como luz, y así el que cree en mí no quedará en tinieblas».

Es la misma imagen que aparecía en el prólogo del evangelio: «la Palabra era la luz verdadera» (Jn 1,9) y en otras ocasiones solemnes: «yo soy la luz del mundo: el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn 8, 12; 9, 5). Pero siempre sucede lo mismo: algunos no quieren ver esa luz, porque «los hombres amaron más las tinieblas que la luz» (Jn 3,19).

b) Cristo como luz sigue dividiendo a la humanidad. También ahora hay quien prefiere la oscuridad o la penumbra: y es que la luz siempre compromete, porque pone en evidencia lo que hay, tanto si es bueno como defectuoso.

Nosotros, seguidores de Jesús, ¿aceptamos plenamente en nuestra vida su luz, que nos viene por ejemplo a través de su Palabra que escuchamos tantas veces? ¿somos «hijos de la luz», o también en nuestra vida hay zonas que permanecen en la penumbra, por miedo a que la luz de Cristo nos obligue a reformarlas? Ser hijos de la luz significa caminar en la verdad, sin trampas, sin subterfugios. Significa caminar en el amor, sin odios o rencores («quien ama a su hermano permanece en la luz» (1 Jn 2,10). La «tiniebla» es tanto dejarnos manipular por el error, como encerrarnos en nuestro egoísmo y no amar.

Durante la Cincuentena Pascual, después de haber entonado solemnemente en la Vigilia la aclamación «Luz de Cristo», encendemos en nuestras celebraciones el Cirio Pascual, cerca del libro de la Palabra. Quiere ser un símbolo de que a Cristo Resucitado lo seguimos porque es la auténtica luz del mundo, y que queremos vivir según esa luz, sin tinieblas en nuestra vida.

Y además, siendo luz para los demás, porque ya nos dijo Jesús: «vosotros sois la luz del mundo... brille así vuestra luz delante de los hombres» (Mt 5, 14-16).

«Contaré tu fama a mis hermanos» (*entrada*)

«Tú eres la vida de los fieles,
la gloria de los humildes
y la felicidad de los santos» (*oración*)

«Conozca la tierra tus caminos,
todos los pueblos tu salvación» (*salmo*)

«Cristo ha resucitado y nos ilumina» (*aleluya*)

«El que cree en mí no quedará en tinieblas» (*evangelio*)

«Os he destinado para que vayáis y deis fruto
y vuestro fruto dure» (*comunión*)

JUEVES

1. Hechos 13, 13-25

a) Desde Chipre, Pablo y sus compañeros llegan a Antioquía, no la de Siria, desde donde habían partido, sino a la de Pisidia, cerca de Galacia, en la actual Turquía.

El discurso de Pablo –que leeremos entre hoy y mañana, viendo sus consecuencias al día siguiente– es el típico que pronunciará cuando sus oyentes son los judíos, o sea, cuando es invitado a predicar en la sinagoga: lo hace a partir de la historia de Israel en el AT. Como lo había hecho en su larga catequesis el diácono Esteban.

Con un recorrido que va desde la salida de Egipto y la conquista de la tierra prometida, hasta Jesús de Nazaret como el Mesías enviado por Dios, pasando por la figura de David y la de Juan, el precursor inmediato, Pablo presenta a Jesús como la respuesta de Dios a las esperanzas y las promesas de toda la historia de Israel. «Según lo prometido, Dios sacó de la descendencia de David un salvador para Israel, Jesús».

Nombrando a David, capta la atención y la simpatía de la sinagoga. Describiendo a Juan como precursor del verdadero Mesías, sale al paso de algunos que, posiblemente, todavía seguían considerándose discípulos del Bautista.

b) Cuando Pablo predicaba, siempre anunciaba a Jesús como la respuesta plena de Dios a las esperanzas humanas. Si sus oyentes eran judíos, como en el caso de hoy, les hablaba partiendo del AT. Si eran paganos, como cuando llegó a Atenas, les citaba sus autores predilectos y sabía apelar a su búsqueda espiritual del sentido de la vida.

¿Sabemos nosotros sintonizar con las esperanzas y los deseos de nuestros contemporáneos, jóvenes o mayores, creyentes o alejados, para poder presentar a Jesús como el que da pleno sentido a nuestra vida y a nuestros mejores deseos? ¿Somos valientes a la hora de presentar a Jesús como la Palabra decisiva, como el Salvador único, como aquél en quien vale la pena creer y a quien vale la pena seguir?

2. Juan 13, 16-20

a) A partir de hoy, y hasta el final de la Pascua, leemos los capítulos que Juan dedica a la última Cena de Jesús con sus discípulos.

Esta cena empezó con un gesto simbólico muy elocuente: el lavatorio de los pies, una gran lección de fraternidad y de actitud de servicio para con los demás. Es una página entrañable que leemos el Jueves Santo. Aquí escuchamos la consecuencia que Jesús quiere que saquen sus discípulos.

El siervo tiene que imitar lo que hace su amo. El discípulo, lo que ha aprendido de su maestro. Ellos han visto cómo Jesús se ha ceñido la toalla, ha tomado en sus manos la jofaina y ha ido lavándoles los pies uno a uno. Es lo mismo que tienen que hacer ellos: «dichosos vosotros si lo ponéis en práctica».

También empieza a anunciar cómo uno de ellos, Judas, le va a traicionar. Y repite la idea de que así como el Padre le ha enviado a él, él les envía a ellos a este mundo. El que recibe a los enviados de Cristo, le recibe a él, y por tanto recibe al que le ha enviado, al Padre. La afirmación de la identidad de Jesús se repite también aquí: «para que creáis que yo soy».

b) Es fácil admirar el gesto del lavatorio de los pies hecho por Jesús. Y reflexionar sobre cómo ha entendido él la autoridad: «no he venido a ser servido, sino a servir». Pero lo que nos pide la Palabra de Dios no son afirmaciones lógicas y bonitas, sino el seguimiento de Jesús, la imitación de sus actitudes. En este caso, la imitación, en nuestra vida de cada día, de su actitud de servidor de los demás.

En la Eucaristía, dándonos como Pan y Vino de vida, Jesús nos hace participar de su entrega de la cruz por la vida de los demás.

Él mismo nos encargó que celebráramos la Eucaristía: «haced esto» en memoria mía. Pero también nos encargó que le imitáramos en el lavatorio de los pies: «haced vosotros» otro tanto, lavaos los pies los unos a los otros. Ya que comemos su «Cuerpo entregado por» y bebemos su «Sangre derramada por», todos somos invitados a ser durante la jornada personas «entregadas por», al servicio de los demás. «Dichosos nosotros si lo ponemos en práctica».

«Conserva en nosotros los dones
que tan generosamente hemos recibido» (*oración*)

«Cantaré eternamente la misericordia del Señor» (*salmo*)

«Dichosos los que no vieron y creyeron» (*aleluya*)

«Sabed que estoy con vosotros todos los días» (*comunión*)

«Que el alimento de salvación que acabamos de recibir
fortalezca nuestras vidas» (*poscomunión*)

VIERNES

1. Hechos 13, 26-33

a) En la segunda parte de su discurso en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, Pablo afronta ya directamente el problema: a ese Jesús, a quien Dios ha enviado como el Mesías esperado, el pueblo judío no le ha sabido reconocer. Más aún, las autoridades de Jerusalén le han llevado a la muerte. Pero Dios le resucitó.

Pablo se atreve, por tanto, a anunciar gozosa y claramente: «os anunciamos que la promesa que Dios hizo a nuestros padres, nos la ha cumplido a los hijos resucitando a Jesús». Y lee como referidas a Jesús las palabras que el salmo 2 pone en labios de Yahvé: «tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy».

Por eso cantamos este salmo como meditación responsorial después de la lectura.

b) Deberíamos seguir el ejemplo de Pablo en nuestra tarea evangelizadora: con la oportuna pedagogía y captación del interés de sus oyentes, pero sin tardar mucho, él anuncia directamente a Jesús como el Salvador, el Hijo de Dios, el que da sentido a la vida.

A veces nosotros damos rodeos, tal vez por miedo a que el hombre o el joven de hoy no acepten el mensaje más profundo que tenemos para él. Es bueno que nos adaptemos a los oyentes, como hacía Pablo según se tratara de judíos o de paganos. Es bueno que respetemos la preparación y el trasfondo cultural que cada persona tiene, como hacía él con la historia de Israel y sus personajes, y también con los presupuestos culturales y religiosos de sus oyentes paganos.

Pero evangelizar significa en definitiva anunciar a Cristo Jesús. Si estamos convencidos nosotros mismos de que en él se encuentra la plenitud de todo, no deberíamos tener miedo de proclamarlo, con nuestras palabras y nuestras obras, a todos aquellos en los que influimos en nuestra vida. En el evangelio de hoy Jesús se nos presenta como el único camino que lleva a la vida. Ante un mundo desconcertado y perdido, en busca de ideologías y mesías y felicidad, Jesús es la respuesta de Dios.

2. Juan 14, 1-6

a) En el discurso de la Última Cena, Jesús anima a los suyos pensando ya en lo que pasará después de la Pascua. Se está presintiendo la despedida: ¿qué será de los discípulos después de la marcha de Jesús?

Ante todo les invita a que no tengan miedo: «no perdáis la calma: creed en Dios y creed también en mí». El se va, pero eso les conviene: va a prepararles el camino. Ellos también están destinados a ir a donde va él, a «las muchas estancias que hay en la casa del Padre».

Esta vez la autorevelación de Jesús, que tan polifacética aparece en el evangelio –estas semanas le hemos oído decir que es el pan, la puerta, el pastor, la luz–, se hace con el símil tan dinámico y expresivo del camino. Ante la interpelación de Tomás, «no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?», Jesús llega, como siempre, a la manifestación del «yo soy»: «yo soy el camino, y la verdad, y la vida: nadie va al Padre, sino por mí».

Al igual que había dicho que él es la puerta, por la que hay que entrar, ahora dice que es el camino, por el que hay que saber seguir para llegar al Padre y a la vida. Además, las categorías de la verdad y de la vida completan la presentación de la persona de Jesús.

b) En la Pascua es cuando más claro vemos que Cristo es nuestro camino. Una metáfora hermosa y llena de fuerza, que ahora se repite mucho en los cantos con los que cantamos la marcha de la comunidad cristiana («camina, pueblo de Dios», «somos un pueblo que camina»...). Cristo como camino es a la vez compromiso—porque tenemos que seguir tras él— y tranquilidad—«no perdáis la calma»—porque no vamos sin rumbo: él nos señala el camino, él es el camino.

Nosotros somos personas que hace tiempo hemos optado por seguirle a él en nuestra vida. No sólo por haber sido bautizados, sino porque conscientemente una y otra vez hemos reafirmado nuestra fe y nuestro seguimiento de él. Pero el símil del camino nos puede ayudar a preguntarnos: ¿de veras seguimos con fidelidad rectilínea el camino central, que es Jesús? ¿o a veces nos gusta probar otros caminos y atajos que nos pueden parecer más atractivos a corto plazo, más fáciles y agradables?

La meditación de hoy debe ser claramente cristocéntrica. Al «yo soy» de Jesús le debe responder nuestra fe y nuestra opción siempre renovada y sin equívocos. Conscientes de que fuera de él no hay verdad ni vida, porque él es el único camino. Eso, que podría quedarse en palabras muy solemnes, debería notarse en los mil pequeños detalles de cada día, porque intentamos continuamente seguir su estilo de vida en nuestro trato con los demás, en nuestra vivencia de la historia, en nuestra manera de juzgar los acontecimientos. Cristo es el que va delante de nosotros. Seguir sus huellas es seguir su camino.

La Eucaristía es nuestro «alimento para el camino»: eso es lo que significa la palabra «viático», que solemos aplicar a los moribundos, pero los que de veras necesitamos fuerzas para seguir caminando somos nosotros. Celebrar la Eucaristía, escuchando la Palabra de Cristo y recibiendo su Cuerpo y su Sangre, supone que durante la jornada caminamos gozosamente tras él, dejando que nos «enseñe sus caminos».

/// «Haz que vivamos siempre de ti
y en ti encontremos la felicidad eterna» (oración)

/// «No perdáis la calma:
creed en Dios y creed también en mí» (evangelio)
«Yo soy el camino y la verdad y la vida» (evangelio)
«Oh Dios, no ceses de proteger con amor
a los que has salvado» (poscomunión)

SÁBADO

1. Hechos 13, 44-52

a) Se ve que la predicación de Pablo en la sinagoga de Antioquía de Pisidia convenció o al menos interesó a muchos. Porque al sábado siguiente «toda la ciudad acudió a oír la Palabra de Dios». Eso suscitó la envidia de los judíos y empezaron a insultarles y contradecirles, haciéndoles imposible hablar en la sinagoga. Hasta llegar a una violenta persecución y la expulsión de la ciudad.

Aquí toman Pablo y Bernabé la decisión que repetirán en muchas ciudades: si son rechazados por los judíos, van a predicar a los paganos. Siempre siguen el mismo orden: «anunciaros primero a vosotros la Palabra de Dios, pero como la rechazáis, nos dedicaremos a los gentiles». Que era para lo que Dios había elegido particularmente a Pablo.

Ya en el Benedictus, Zacarías anunciaba a Jesús como «luz para alumbrar a las naciones». La historia, guiada sabiamente por el Espíritu, aunque parezca con líneas torcidas, va llenando de fe a toda la tierra. Como ya prometía el salmo, y repetimos responsorialmente hoy, «los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios».

La conclusión de Lucas la hemos oído varias veces: «los discípulos quedaron llenos de alegría y de Espíritu Santo».

b) Las andanzas de Pablo nos demuestran que cuando un cristiano tiene una convicción y está lleno de fe, nadie le puede hacer callar. Si no le dejan en la sinagoga, evangelizará a los paganos. Si no puede en la escuela, lo hará en las estructuras postescolares. Todo depende de si tiene algo que comunicar. Que era el caso de Pablo y sus compañeros. Ni las persecuciones ni la expulsión les hacen desistir de su empeño misionero.

No tendríamos que asustarnos demasiado, por tanto, de que la historia o las leyes civiles vayan poniendo a veces cortapisas a la evangelización. Si la comunidad cristiana está viva, ya encontrará el modo de seguir anunciando a Cristo. Si no lo está, la culpa de su silencio o de su esterilidad no será de las leyes ni de la persecución.

2. Juan 14, 7-14

a) En el evangelio de hoy nos encontramos en el corazón mismo de la revelación que Jesús hace de su propia persona: su relación con el Padre.

La pregunta de Felipe –siempre hay preguntas sencillas de alguien que a Juan le sirven para seguir profundizando en la manifestación de Jesús– conduce a la afirmación más decisiva: «yo estoy en el Padre y el Padre en mí... el Padre permanece en mí y él mismo hace las obras».

Las consecuencias son riquísimas. Al Padre nadie le ha visto: pero el que ha visto a Jesús, ya ha visto al Padre. El que cree y acepta a Cristo, ha creído y aceptado al mismo Dios. Jesús es la puerta, el camino, la luz, y en él tenemos acceso a Dios Padre. También el éxito de nuestra oración queda asegurado: «lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré». Tenemos en Jesús al mediador más eficaz: su unión íntima con el Padre hará que nuestra oración sea siempre escuchada, si nosotros estamos unidos a Jesús.

b) Nosotros, como Felipe, no hemos visto al Padre. Y además, a diferencia de Felipe, no hemos visto tampoco a Jesús. Aunque él ya nos dijo que «dichosos los que crean sin haber visto».

Pero nosotros sí creemos en él. Le seguimos como al verdadero Maestro. Le comemos como al verdadero Pan. Nos dejamos guiar por él, que es la

verdadera Luz. Y sabemos que estamos en el recto camino para la vida, para llegar a Dios.

En la Eucaristía tenemos una experiencia sacramental de la presencia de Cristo Jesús en nuestra vida: una experiencia que nos ayuda a saberle «ver» también presente a lo largo de nuestros días, en la persona del prójimo, en nuestro trabajo, en nuestras alegrías y dolores. Convencidos de que unidos a él, «también haremos las obras que él hace, y aún mayores», como nos ha dicho hoy.

«Concédenos vivir en plenitud el misterio pascual,
para que demos fruto abundante de vida cristiana» (*oración*)

«Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios» (*salmo*)

«Cristo, sabemos que estás vivo.
Rey vencedor, míranos compasivo» (*aleluya*)

«Que esta Eucaristía nos haga progresar en el amor» (*poscomunión*)

QUINTA SEMANA DE PASCUA

lunes

Hch 14, 5-17 Os predicamos la Buena Noticia para que dejéis los dioses falsos y os convirtáis al Dios vivo

Jn 14, 21-26 El Espíritu Santo será quien os lo enseñe todo

martes

Hch 14, 18-27 Contaron a la comunidad lo que Dios había hecho por medio de ellos

Jn 14, 27-31 Mi paz os doy

miércoles

Hch 15, 1-6 Se decidió que subieran a Jerusalén a consultar a los Apóstoles y presbíteros

Jn 15, 1-8 El que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante

jueves

Hch 15, 7-21 No hay que molestar a los gentiles que se convierten

Jn 15, 9-11 Permaneced en mi amor para que vuestra alegría llegue a plenitud

viernes

Hch 15, 22-31 Hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros, no imponeros más cargas que las indispensables

Jn 15, 12-17 Esto os mando: que os améis unos a otros

sábado

Hch 16, 1-10 Ven a Macedonia y ayúdanos

Jn 15, 18-21 No sois del mundo, sino que yo os he escogido sacándoos del mundo

LUNES

1. Hechos 14, 5-17

a) Pablo y Bernabé tienen que huir de Iconio, donde les querían apedrear, y siguen su recorrido apostólico. Esta vez consiguen un gran éxito en la ciudad de Listra, donde Pablo cura a un lisiado cojo de nacimiento. Es una escena paralela a la de Pedro curando a un cojo en Jerusalén (Hch 3), sólo que ahora el beneficiado es un pagano.

El éxito es exagerado, hasta el punto de que les toman por dioses que han bajado disfrazados de hombres: a Bernabé, que sería mayor, le identifican con Júpiter o Zeus; a Pablo, que es el que habla, le toman por Hermes, el mensajero de los dioses. Y les quieren ofrecer sacrificios.

Pablo aprovecha para hacerles una predicación. Esta vez está adaptada a los paganos, no a los judíos de la sinagoga. No parte del AT, sino del Dios creador de cielos y tierra, el que nos manda la lluvia y las cosechas. No habla explícitamente de Jesús: parece un discurso incompleto. Es como el esquema de lo que luego será su gran pieza de predicación a los paganos en el Areópago de Atenas.

b) En nuestra vida a veces experimentamos éxitos, y otros fracasos. Momentos de serenidad y momentos de tensión y zozobra. Deberíamos estar dispuestos a todo. Sin perder en ningún momento la paz y el equilibrio interior, y sobre todo sin permitir que nada ni nadie nos desvíe de nuestra fe y de nuestro propósito de dar testimonio de Jesús en el mundo de hoy.

También hay otras direcciones en que nos interpela la escena de hoy. ¿Nos buscamos a nosotros mismos? Como Pablo y Bernabé, tendremos que luchar a veces contra la tentación de “endiosarnos” nosotros, recordando que “somos mortales igual que vosotros”. Nuestra catequesis no debe atraer a las personas hacia nosotros, sino claramente hacia Cristo y hacia Dios. Como el Bautista, que orientaba a sus propios seguidores hacia el verdadero Mesías, Jesús “no soy yo”. Como dice el salmo de hoy: “no a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria”.

Otra lección que nos da Pablo es la de sabernos adaptar a la formación y la cultura de las personas que escuchan nuestro testimonio: el hombre de hoy, o el joven de hoy, frecuentemente desconcertados y en búsqueda, entienden unos valores, que serán incompletos tal vez, pero son valores que aprecian. A partir de ellos es como podemos anunciarles a Dios y su plan de salvación. Partiendo como Pablo del AT si se trataba de judíos, o de la naturaleza si eran paganos, lo importante es que podamos ayudar a nuestros contemporáneos a no adorar a dioses falsos, sino al Dios único y verdadero, el Creador y Padre, porque en él está la respuesta a todas nuestras búsquedas.

2. Juan 14, 21-26

a) Toda la semana seguimos escuchando el discurso de Jesús en su Última Cena.

A veces el evangelio nos invita a creer en Jesús. Hoy nos invita a amarle y a seguir sus caminos. Cuando Jesús se vaya –y en esta cena se está despidiendo de sus discípulos– ¿cómo se podrá decir que permanecemos en él, que creemos en él y le amamos de veras? Jesús nos da la pista: “el que me ama guardará mi palabra”, “el que no me ama no guardará mis palabras”.

Pero este amor tiene consecuencias inesperadas, una admirable intercomunicación con Cristo y con el Padre: “al que me ama lo amará mi Padre y lo amaré yo”, “mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él”.

Y aún más: Jesús nos anuncia al Espíritu Santo como protagonista en nuestra vida de fe. Le llama “Paráclito”, o sea, Abogado, Defensor. Le llama Maestro (“él os enseñará todo”), y también “Memoria” (“os irá recordando todo lo que os he dicho”).

b) Pascua es algo más que alegrarnos por la resurrección de Jesús. El Resucitado nos invita a una comunión vital: nuestra fe y nuestro amor a Jesús nos introduce en un admirable intercambio. Dios mismo hace su morada en nosotros, nos convertimos en templos de Dios y de su Espíritu.

Nos invita también a permanecer atentos al Espíritu, nuestro verdadero Maestro interior, nuestra memoria: el que nos va revelando la profundidad de Dios, el que nos conecta con Cristo. El Catecismo de la Iglesia Católica dedica unos números sabrosos (1091-1112) al papel del Espíritu en nuestra vida de fe. Lo llama “pedagogo” de nuestra fe, porque él es quien nos prepara para el encuentro con Cristo y con el Padre, el que suscita nuestra fe y nuestro amor, y el que “recuerda a la asamblea todo lo que Cristo ha hecho por nosotros: él despierta la memoria de la Iglesia”.

La Pascua la estamos celebrando y viviendo bien si se nota que vamos entrando en esta comunión de vida con el Señor y nos dejamos animar por su Espíritu.

Cuando celebramos la Eucaristía y recibimos a Cristo Resucitado como alimento de vida, se produce de un modo admirable esa “interpermanencia” de vida y de amor: “quien come mi Carne y bebe mi Sangre, permanece en mí y yo en él... Igual que yo vivo por el Padre, el que me coma vivirá por mí” (Jn 6,56-57).

En la Eucaristía se cumple, por tanto, el efecto central de la Pascua, con esta comunicación de vida entre Cristo y nosotros, y, a través de Cristo, con el Padre.

“Inspira a tu pueblo el amor a tus preceptos” (*oración*)

“No a nosotros, Señor, no a nosotros,
sino a tu nombre da la gloria” (*salmo*)

“Ya que habéis resucitado con Cristo,
buscad los bienes de arriba” (*aleluya*)

“El que sabe mis mandamientos y los guarda
ése me ama” (*evangelio*)

“Que los sacramentos pascuales
den en nosotros fruto abundante” (*poscomunión*)

MARTES

1. Hechos 14, 18-27

a) Ayer leíamos que les ensalzaban como a dioses, y hoy, que les apedrean hasta dejarles por muertos. Una vez más Pablo y sus acompañantes experimentan que el Reino de Dios padece violencia y que no es fácil predicarlo en este mundo. Pero no se dejan atemorizar: se marchan de Listra y van a predicar a otras ciudades. Son incansables. La Palabra de Dios no queda muda.

El pasaje de hoy nos describe el viaje de vuelta de Pablo y Bernabé de su primera salida apostólica: van recorriendo en orden inverso las ciudades en las que habían evangelizado y fundado comunidades, hasta llegar de nuevo a Antioquía, de donde habían salido.

Al pasar por cada comunidad reafirman en la fe a los hermanos, exhortándoles a perseverar en la fe, “diciéndoles que hay que pasar mucho para entrar en el Reino de Dios”. Van nombrando también a presbíteros o responsables locales, orando sobre ellos, ayunando y encomendándolos al Señor. Se trata de un segundo momento, después de la primera implantación: ahora es la estructuración y el afianzamiento de las comunidades.

Llegados a Antioquía de Siria dan cuentas a la comunidad, que es la que les había enviado a su misión. Las noticias no pueden ser mejores: “les contaron lo que Dios había hecho por medio de ellos y cómo había abierto a los gentiles la puerta de la fe”.

El salmo es consecuentemente “misionero” y entusiasta: “tus amigos, Señor, anunciarán la gloria de tu Reino... Explicando tus hazañas a los hombres”.

b) También a nosotros, como a Pablo y Bernabé, se nos alternan días de éxito y días de fracaso. Encontramos dificultades fuera y dentro de nosotros mismos. Tal vez no serán persecuciones ni palizas, pero sí la indiferencia o el ambiente hostil, y también el cansancio interior o la falta de entusiasmo, que es peor que las dificultades externas. Y eso no sólo en nuestro trabajo apostólico, sino en nuestra vida de fe personal o comunitaria.

Tenemos que aprender de aquellos primeros cristianos su recia perseverancia, su fidelidad a Cristo y su decisión en seguir dando testimonio de él en medio de un mundo distraído.

También hay otra lección en su modo de proceder: su sentido de comunidad. Se sienten, no francotiradores que van por su cuenta, sino enviados por la comunidad, a la que dan cuentas de su actuación. Se sienten corresponsables con los demás. Y la comunidad también actúa con elegancia, escuchando y aprobando este informe que abre caminos nuevos de evangelización más universal.

Si en el ámbito de una parroquia, o de una comunidad religiosa, o de una diócesis, tuviéramos este sentido de corresponsabilidad, tanto por parte de los pastores y agentes de la animación como por parte de la comunidad –en ambas direcciones cabe mejorar nuestro talante– ciertamente saldría ganando una más eficaz evangelización en todos los niveles.

2. Juan 14, 27-31

a) En el clima de despedida de Jesús, hay una preocupación lógica por el futuro. Y Jesús les tranquiliza: “la paz os dejo, mi paz os doy”. Eso sí, no es una paz barata, sino una paz que viene de lo alto: “no os la doy yo como la da el mundo”.

La consigna de Jesús es clara: “no tiemble vuestro corazón ni se acobarde”. Es verdad que “me voy”, pero “vuelvo a vuestro lado: si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre”.

La paz y la seguridad que Jesús promete a los suyos deriva de la unión íntima que él tiene con el Padre: él ama al Padre, cumple lo que le ha encargado el Padre y ahora vuelve al Padre. Desde esa existencia postpascual es como “volverá” a los suyos y les apoyará y les dará su paz.

b) Las palabras de Jesús en el evangelio de hoy las recordamos cada día en la misa, antes de comulgar: “Señor Jesucristo, que dijiste a los apóstoles: la paz os dejo, mi paz os doy...”.

También ahora necesitamos esta paz. Porque puede haber tormentas y desasosiegos más o menos graves en nuestra vida personal o comunitaria. Como en la de los apóstoles contemporáneos de Jesús. Y sólo nos puede ayudar a recuperar la verdadera serenidad interior la conciencia de que Jesús está presente en nuestra vida.

Esta presencia siempre activa del Resucitado en nuestra vida la experimentamos de un modo privilegiado en la comunión. Pero también en los demás momentos de nuestra jornada: “yo estoy con vosotros todos los días”, “donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo”, “lo que hicieris a uno de ellos, a mí me lo hacéis”. La presencia del Señor es misteriosa y sólo se entiende a partir de su ida al Padre, de su existencia pascual de Resucitado: “me voy y vuelvo a vuestro lado”.

A veces podemos experimentar más la ausencia de Cristo que su presencia. Puede haber “eclipses” que nos dejan desconcertados y llenos de temor y cobardía. Como también en el horizonte de la última cena se cernía la “hora del príncipe de este mundo”, que llevaría a Cristo a la muerte. Pero la muerte no es la última palabra. Por eso estamos celebrando la alegría de la Pascua. También Cristo encontró la paz y el sentido pleno de su vida en el cumplimiento de la voluntad de su Padre, aunque le llevara a la muerte.

Escuchemos la palabra serenante del Señor: “no tiemble vuestro corazón ni se acobarde”. Si estamos celebrando bien la Cincuentena Pascual, deberíamos haber crecido ya notoriamente en la paz que nos comunica el Resucitado, venciendo toda turbación y miedo.

“Fortifica la fe de tu pueblo y afianza su esperanza” (*oración*)

“Que te bendigan tus fieles,
que hablen de tus hazañas” (*salmo*)

“La paz os dejo, mi paz os doy” (*evangelio*)

“No tiemble vuestro corazón ni se acobarde” (*evangelio*)

“Si hemos muerto con Cristo,
creemos que también viviremos con él” (*comunión*)

MIÉRCOLES

1. Hechos 15, 1-6

a) Los conflictos en la iglesia de Antioquía se agudizan con la intervención de “unos que bajaron de Judea”, y que quieren imponer unas leyes claramente judaizantes.

Ahora nos puede parecer que el problema de aquella comunidad era de poca importancia, pero para ellos era decisivo. La circuncisión es un detalle representativo para saber si siguen en vigor las leyes judías también para los paganos que se convierten: ¿nos salvamos por Jesús o seguimos dependiendo de la ley de Moisés? Ya antes (Hch 10-11), en el caso de Cornelio, les había indicado claramente el Espíritu Santo que debían abrirse a los paganos. Pero la sensibilidad de las personas no cambia en dos días, y sigue la tensión. Se está librando la batalla de la universalidad del Cristianismo.

La comunidad de Antioquía envía a Pablo y Bernabé a Jerusalén –costeando su viaje, detalle muy realista– para que confronten su problema con los apóstoles y presbíteros. Fueron bien acogidos y todos “se reunieron a examinar el asunto”. Empieza el llamado “concilio de Jerusalén”, del que seguiremos leyendo mañana.

b) La situación de Antioquía nos hace pensar que a lo largo de la historia, y también seguramente ahora, hay en una comunidad cristiana momentos de tensión. Porque nacen de por sí, o por la necesidad de adaptarse a circunstancias nuevas, o porque hay personas interesadas en sembrar confusión.

La lección que nos dan aquellos primeros cristianos es que saben dialogar. Hay discusiones, y seguramente fuertes, pero la decisión la van a tomar sentándose a dialogar, escuchando los unos a los otros los argumentos que tienen que aportar, y discerniendo en común lo que es más fiel a la voluntad de Dios.

También ahora unos están más apegados a ciertas formas de ley, según la formación que han recibido. Otros son más liberales. Unos y otros pueden estar convencidos de lo suyo y creen que son fieles a Cristo. Pero unos y otros

deben saber escuchar, no pretender que prevalezca su opinión. Los apóstoles escucharon lo que Pablo y Bernabé tenían que contar. También escucharon a otros –fariseos convertidos– que eran partidarios de que “hay que exigirles que guarden la ley de Moisés”. Y a su tiempo tomaron decisiones desde la fe y desde la inspiración del Espíritu.

Mejor nos irían las cosas en una familia o en cualquier clase de comunidad si fuéramos menos intransigentes, más capaces de dialogar y de escuchar, y de hacerlo desde la fe. Buscando el bien común, la fidelidad a Cristo, y no la victoria personal.

2. Juan 15, 1-8

a) Qué hermosa la comparación con la que hoy describe Jesús la unión de los discípulos con él.

Él es la vid, la cepa. Los fieles son los sarmientos. De la vid pasa la savia, o sea, la vida, a los sarmientos, si “permanecen” unidos a la vid. Si no, quedan secos, no dan fruto y se mueren. El verbo “permanecer”, en griego “menein”, aparece 68 veces en los escritos de Juan: once de ellas en este capítulo 15.

Dios Padre es el viñador, el que quiere que los sarmientos no pierdan esta unión con Cristo. Ésa es la mayor alegría del Padre: “que deis fruto abundante”. Incluso, para conseguirlo, a veces recurrirá a la “poda”, “para que dé más fruto”.

De entre las varias comparaciones que tienen como clave la vid y la viña –el pueblo de Israel como una viña plantada por Dios, que se queja amargamente de que la viña en la que había puesto su ilusión no le da frutos; los viñadores malos castigados porque no pagan al dueño–, ésta de la cepa y los sarmientos es la que más íntimamente describe la unión vital de Cristo con sus seguidores.

b) La metáfora de la vid y los sarmientos nos recuerda, por una parte, una gozosa realidad: la unión íntima y vital que Cristo ha querido que exista entre nosotros y él. Una unión más profunda que la que se expresaba en otras

comparaciones: entre el pastor y las ovejas, o entre el maestro y los discípulos. Es un “trasvase” íntimo de vida desde la cepa a los sarmientos, en una comparación paralela a la de la cabeza y los miembros, que tanto gusta a Pablo. El Catecismo de la Iglesia Católica nos recuerda que esta comunión la realiza el Espíritu: “La finalidad de la misión del Espíritu Santo es poner en comunión con Cristo para formar su Cuerpo. El Espíritu es como la savia de la vid del Padre que da su fruto en los sarmientos” (CEC 1108).

Esta unión tiene consecuencias importantes para nuestra vida de fe: “el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante”.

Pero, por otra parte, también existe la posibilidad contraria: que no nos interese vivir esa unión con Cristo. Entonces no hay comunión de vida, y el resultado será la esterilidad: “porque sin mí no podéis hacer nada”, “al que no permanece en mí, lo tiran fuera y se seca”, “como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí”. Es bueno que hoy nos preguntemos: ¿por qué no doy en mi vida los frutos que seguramente espera Dios de mí? ¿qué grado de unión mantengo con la cepa principal, Cristo?

En un capítulo anterior, el evangelista Juan pone en labios de Jesús otra frase muy parecida a la de hoy, pero referida a la Eucaristía: “el que come mi Carne y bebe mi Sangre, permanece en mí y yo en él... Como yo vivo por el Padre, así el que me coma vivirá por mí” (Jn 6,56-57). La Eucaristía es el momento más intenso de esta comunión de vida entre Cristo y los suyos, que ya comenzó con el Bautismo, pero que tiene que ir cuidándose y creciendo día tras día. Tiene su momento más expresivo en la comunión eucarística, pero luego se prolonga –se debe prolongar– a lo largo de la jornada, en una comunión de vida y de obras.

/// “Atrae hacia ti el corazón de tus fieles” (*oración*)
 /// “Que siempre vivan a la luz de tu verdad
 /// los que han sido librados de las tinieblas del error” (*oración*)
 /// “Se reunieron a examinar el asunto” (*1ª lectura*)

/// “Sin mí no podéis hacer nada” (*evangelio*)

/// “Permaneced en mí y yo en vosotros” (*evangelio*)

JUEVES

1. Hechos 15, 7-21

a) Las deliberaciones del “concilio de Jerusalén” fueron tensas, como leemos hoy, porque entraban de por medio convicciones opuestas de parte de unos y de otros. Fue un momento de “crisis”, o sea de juicio, de discernimiento.

Ante todo toma la palabra Pedro, con una postura claramente aperturista, basada en la “aprobación del Espíritu Santo” en la admisión del pagano Cornelio a la fe. La lectura de aquel episodio es decisiva: “no hizo distinción entre ellos y nosotros”, “lo mismo ellos que nosotros nos salvamos por la gracia del Señor Jesús”.

A continuación, después de que todos escuchan atentamente lo que Pablo y Bernabé cuentan sobre “los signos y prodigios que habían hecho entre los gentiles con la ayuda de Dios”, habla el que parece tener la palabra decisiva, como responsable de la iglesia de Jerusalén, Santiago. Da la razón a Pedro, y refuerza su postura universalista con citas del AT: “todos los gentiles llevarán mi nombre”. Concluye reconociendo que “no hay que molestar a los gentiles que se convierten”, o como había dicho Pedro, no hay que ponerles más cargas que las necesarias.

La reunión, por tanto, desautoriza a aquellos que habían ido a Antioquía a inquietar a los hermanos de allí.

Eso sí. Hay algunos aspectos que creyeron razonable exigir a todos: evitar la idolatría y la fornicación, y también mantener la norma –de los judíos y de otros pueblos, entonces y ahora– de no comer sangre ni animales estrangulados, por el carácter sagrado que se atribuye a la sangre.

b) La asamblea que se reunió en Jerusalén, a pesar de las fuertes discusiones, dio la imagen de una comunidad capaz de escuchar, de valorar pros y contras, de saber reconocer los pasos de apertura que el Espíritu les está inspirando, aunque fueran incómodos, por la formación cultural y religiosa recibida.

Si nosotros, ante los varios conflictos que van surgiendo en la historia, imitáramos este talante dialogador, si supiéramos discernir con seriedad y a la vez con apertura los diversos movimientos que van surgiendo en la Iglesia, sabiendo ver sus valores además de sus inconvenientes, si nos dejáramos guiar por el Espíritu, discerniendo lealmente, a la luz de la fe y de la experiencia de los demás, lo que Dios quiere en cada momento: seríamos una comunidad más cristiana, más del Espíritu.

El Concilio Vaticano II ¿no ha sido de nuevo una llamada a la apertura de la Iglesia al mundo de hoy, siguiendo la inspiración del Espíritu, sobre todo con la *Gaudium et Spes*?

Eso puede interpelar a un consejo presbiteral, parroquial o pastoral, a una comunidad religiosa, a un capítulo general, a un concilio provincial, a una asamblea diocesana. Y también a cada uno de nosotros, en nuestro comportamiento de diálogo con los demás. La democracia es antes una actitud personal que un sistema político. Una actitud más tolerante nos ayuda no sólo a ser mejores ciudadanos, sino también mejores cristianos, porque el punto de referencia no deben ser nuestras convicciones, sino la voluntad de Cristo y su Espíritu.

2. Juan 15, 9-11

a) Con la metáfora de la vid y los sarmientos Jesús invitaba a “permanecer en él”, para poder dar fruto. Hoy continúa el mismo tema, pero avanzando cíclicamente y concretando en qué consiste este “permanecer” en Cristo: se trata de “permanecer en su amor, guardando sus mandamientos”.

Se establece una misteriosa y admirable relación triple. La fuente de todo es el Padre. El Padre ama a Jesús y Jesús al Padre. Jesús, a su vez, ama a los discípulos, y éstos deben amar a Jesús y permanecer en su amor, guardando sus mandamientos, lo mismo que Jesús permanece en el amor al Padre, cumpliendo su voluntad.

Y esto lleva a la alegría plena: “que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría llegue a plenitud”. La alegría brota del amor y de la fidelidad con que se guardan en la vida concreta las leyes del amor.

b) Uno de los frutos más característicos de la Pascua debe ser la alegría. Y es la que Cristo Jesús quiere para los suyos. Una alegría plena. Una alegría recia, no superficial ni blanda. La misma alegría que llena el corazón de Jesús, porque se siente amado por el Padre, cuya voluntad está cumpliendo, aunque no sea nada fácil, para la salvación del mundo. Ahora nos quiere comunicar esta alegría a nosotros.

Esta alegría la sentiremos en la medida en que “permanecemos en el amor” a Jesús, “guardando sus mandamientos”, siguiendo su estilo de vida, aunque resulte contra corriente. Es como la alegría de los amigos o de los esposos, que muchas veces supone renuncias y sacrificios. O la alegría de una mujer que da a luz: lo hace en el dolor, pero siente una alegría insuperable por haber traído una nueva vida al mundo (es la comparación que pronto leeremos que trae el mismo Jesús, explicando qué alegría promete a sus seguidores).

Popularmente decimos que “obras son amores”, y es lo que Jesús nos recuerda. La Pascua que estamos celebrando nos hará crecer en alegría si la celebramos no meramente como una conmemoración histórica –en tal primavera como esta resucitó Jesús– sino como una sintonía con el amor y la fidelidad del Resucitado. Entonces podremos cantar Aleluyas no sólo con los labios, sino desde dentro de nuestra vida.

“Concede a quienes ya hemos sido justificados por la fe la fuerza necesaria para perseverar siempre en ella” (*oración*)

“Cristo, sabemos que estás vivo. Rey vencedor, míranos compasivo” (*aleluya*)

“Permaneced en mi amor” (*evangelio*)

“Que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud” (*evangelio*)

VIERNES

1. Hechos 15, 22-31

a) Después del esfuerzo de discernimiento que supuso la reunión de Jerusalén, nos enteramos de las conclusiones a las que llegaron los discípulos, convencidos de que les asiste el Espíritu: “hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros...”.

La carta que envían con los delegados personales desde Jerusalén a todas partes donde hay convertidos del paganismo, sobre todo a Antioquía, tiene detalles muy interesantes:

- desautoriza a los que “sin encargo nuestro os han alarmado e inquietado”,
- alaba cordialmente a “nuestros queridos Pablo y Bernabé, que han dedicado su vida a la causa de Nuestro Señor Jesucristo”,
- la decisión a la que llegan es “no imponeros más cargas que las indispensables”: por tanto queda reafirmada la convicción teológica de que la salvación viene de Jesús, y no hará falta que pasen por la ley de Moisés los que se convierten del paganismo: ha triunfado la tolerancia y la interpretación pluralista de Pablo y Bernabé;
- aunque sí se exigen las tres condiciones que había enumerado Santiago y que les parecieron a todos razonables: huir de la idolatría y de la fornicación, y no comer sangre o animales estrangulados.

La decisión fue muy bien recibida: “al leer aquellas palabras alentadoras, se alegraron mucho”.

El salmo recoge esta sensación: “te daré gracias ante los pueblos, Señor, tocaré para ti ante las naciones”.

b) Cuando nuestras comunidades –la familiar o la religiosa o la parroquial o la diocesana– se reúnen y se esfuerzan por discernir cuál es en concreto la voluntad de Dios, las decisiones que tomamos deberían parecerse a las de Jerusalén.

Porque a veces, en la historia y también en el presente, nos empeñamos en

imponer a otros cosas que no son necesarias, cargas que no son imprescindibles: por ejemplo la uniformidad en aspectos no centrales. Esto puede pasar también en las condiciones que cada uno de nosotros impone a las personas con quienes convivimos para que “gocen de nuestra aceptación”: muchas veces no somos tolerantes, ni pluralistas, ni respetamos las diferencias de carácter, de cultura, de opinión.

En toda discusión debería triunfar la caridad, la visión liberal, tolerando muchos detalles periféricos y centrándonos en lo importante. Cuando tomamos una decisión comunitaria, ¿podríamos decir con sinceridad que “hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros”? ¿o nos dejamos llevar de intereses o de cerrazones debidas a nuestra inercia o nuestra comodidad? Nuestras decisiones, además de ser ortodoxas y conformes a toda ley, ¿son alentadoras, como la de Jerusalén? ¿llenar de alegría a los interesados? Para Lucas, la alegría es una señal clara de que se ha actuado conforme al Espíritu.

2. Juan 15, 12-17

a) El pensamiento de Jesús, en la última cena, progresa como en círculos. Ya había insistido en que sus seguidores deben “permanecer” en él, y que en concreto deben “permanecer en su amor, guardando sus mandamientos”.

Ahora añade matices entrañables: “no os llamo siervos, sino amigos”, “no sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido”. Y sobre todo, señala una dirección más comprometida de este seguimiento: “éste es mi mandamiento, que os améis unos a otros como yo os he amado”. Antes había sacado la conclusión más lógica: si él ama a los discípulos, estos deben permanecer en su amor, deben corresponder amándole. Ahora aparece otra conclusión más difícil: deben amarse unos a otros.

No es un amor cualquiera el que encomienda. Se pone a sí mismo como modelo. Y él se ha entregado por los demás, a lo largo de su vida, y lo va a hacer más plenamente muy pronto: “nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos”.

b) “Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado”.

La palabra de Jesús no necesita muchas explicaciones. El fruto de la Pascua que aquí se nos propone es el amor fraterno. Un amor que ciertamente no es fácil. Como no lo fue el amor de Jesús a los suyos, por los que, después de haber entregado sus mejores energías, ofrece su vida. Es el amor concreto, sacrificado, del que se entrega: el de Cristo, el de los padres que se sacrifican por los hijos, el del amigo que ayuda al amigo aunque sea con incomodidad propia, el de tantas personas que saben buscar el bien de los demás por encima del propio, aunque sea con esfuerzo y renuncia.

En la vida comunitaria –y todos estamos de alguna manera sumergidos en relaciones con los demás– es éste el aspecto que más nos cuesta imitar de Cristo Jesús. Saber amar como lo ha hecho él, saliendo de nosotros mismos y amando no de palabra, sino de obra, con la comprensión, con la ayuda oportuna, con la palabra amable, con la tolerancia, con la donación gratuita de nosotros mismos.

Cuando vamos a comulgar, cada vez somos invitados a preparar nuestro encuentro con el Señor con un gesto de comunión fraterna: “daos fraternalmente la paz”. No podemos decir “amén” a Cristo si no estamos dispuestos a decir “amén” al hermano que tenemos cerca, con el que vivimos, aunque tenga temperamento distinto o incluso insoportable. No podemos comulgar con Cristo si no estamos dispuestos a crecer en fraternidad con los demás.

El Cristo a quien comemos en la Eucaristía es el “Cuerpo entregado por”, “la Sangre derramada por”. La actitud de amor a los demás es consustancial con el sacramento que celebramos y recibimos.

“Danos, Señor,
una plena vivencia del misterio pascual” (*oración*)

“Que la alegría de estas fiestas
sea siempre nuestra fuerza y nuestra salvación” (*oración*)

“Mi corazón está firme, Dios mío,
mi corazón está firme” (*salmo*)

“Éste es mi mandamiento:
que os améis unos a otros como yo os he amado” (*evangelio*)

SÁBADO

1. Hechos 16, 1-10

a) Empieza el segundo viaje misionero de Pablo (años 49-52). Ahora ya no le acompaña Bernabé, que se ha separado de Pablo por una discusión (sobre si debe ir o no con ellos Juan Marcos). No debía ser siempre fácil colaborar con Pablo, decididamente líder y con opiniones muy personales. En este viaje le acompañan Timoteo y Silas. Y también Lucas, el autor de libro, porque en este relato aparece el “nosotros”.

Puede parecer extraño que Pablo mande circuncidar a Timoteo, precisamente cuando su viaje es para dar a conocer las decisiones más liberalizadoras de la reunión de Jerusalén. Él no debe ver contradicción en el hecho. Por tanto, seguramente se deberá a que, siendo Timoteo de madre judía, ya tenía que haber sido circuncidado antes, y la anomalía podía bloquear la relación con los cristianos procedentes del judaísmo.

Lo importante es que sigue la evangelización. Y además con una creciente conciencia de que es el Espíritu Santo el que les guía. Él es quien les dice que a tal región no vayan, y a tal otra, sí (por ejemplo, a Macedonia, sí). No sabemos los medios por los que ellos reconocían esta indicación del Espíritu. Pero en todo el libro de los Hechos es una constante este protagonismo del Espíritu y la obediencia de los discípulos a su voz.

Con esta colaboración entre el Espíritu invisible y la comunidad visible, en modo particular sus responsables, sigue extendiéndose por el mundo la fe en Cristo, y el salmo puede así decir con verdad: “aclama al Señor, tierra entera”.

b) Trabajar en equipo es difícil. Lo era para Pablo y sus acompañantes, y lo sigue siendo ahora.

A pesar del episodio de Bernabé, se ve claramente que Pablo tiene conciencia de que es la comunidad la que le envía: al convertirse en Damasco, acude a la comunidad, va a Jerusalén a confrontar su fe con la de los apóstoles, sale de viaje cuando la comunidad de Antioquía le manda, y a ella vuelve a rendir

cuentas, así como acude también después al “concilio de Jerusalén” a ponerse de acuerdo con los demás.

Nosotros podemos tener distintas visiones en tantos aspectos de la vida eclesial: pero tampoco hemos de perder de vista que somos comunidad, y que las cosas no se deciden ni se hacen con criterios meramente personales.

Además, en el discernimiento, debemos estar atentos a la vida, por una parte, y al Espíritu, por otra: debemos saber leer los “signos de los tiempos”, a los que en el libro de los Hechos está ligada de alguna manera la voz del Espíritu. Es el Espíritu de Jesús, misterioso pero eficaz agente de toda vida eclesial, quien inspira a la comunidad cuáles son los lugares y los caminos de la evangelización en cada momento. No podemos erigirnos cada uno en intérpretes de la voluntad de Dios. El discernimiento es comunitario. Y la voz del Espíritu se reconoce en la comunidad sobre todo a través de la enseñanza y decisión de los sucesores de Pedro y los apóstoles, el Papa y el episcopado mundial, con una participación también notoria –como se ve a lo largo de los Hechos de los apóstoles– de la misma comunidad.

2. Juan 15,18-21

a) Jesús ha hablado hasta ahora mucho del amor. Ahora aparece la palabra “odio”. Anuncia de antemano a sus seguidores que el mundo les odiará.

Va a ser una historia de lucha entre el bien y el mal. Como lo ha sido en la persona de Cristo, el maestro, lo será del mismo modo con sus seguidores: “si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros”.

Y es que de por medio está el gran contraste: ser del mundo o no serlo. Hay diferencia entre “estar en el mundo” y “ser del mundo”, o sea, compartir los criterios del mundo. El “mundo” para Juan es siempre el conjunto de las fuerzas del mal, opuesto al Reino que quiere establecer Jesús.

b) Las palabras de Jesús en la Última Cena nos avisan también a nosotros de que va a ser difícil nuestra relación con el mundo. Como lo fue para Cristo Jesús. Como lo ha sido a lo largo de los dos mil años de la historia para la comunidad cristiana.

“Si fuerais del mundo, el mundo os amaría, pero como no sois del mundo, por eso el mundo os odia”. Según esto, debería ser mala señal que la sociedad nos aceptara demasiado fácilmente: sería señal o de que el mundo se ha convertido y ha cambiado, o de que nosotros no damos testimonio de los valores cristianos, sino que nos hemos amoldado de alguna manera a la manera de pensar del mundo y no le resultamos “incómodos”.

Es el peligro que podemos tener: el “mimetismo”, la asimilación insensible de la jerarquía de valores del mundo, en vez de la de Cristo. Todos somos conscientes de que las bienaventuranzas de este mundo no coinciden en absoluto con las de Jesús, y que nos hace falta lucidez para discernir en cada caso. ¿A cuáles nos apuntamos? ¿nos dejamos manipular por las verdades de este mundo y por sus promesas a corto plazo, por cobardía y por pereza, o nos mantenemos fieles a Jesús, el único que “tiene palabras de vida eterna”?

“Por el bautismo fuisteis sepultados con Cristo y habéis resucitado con él” (*entrada*)

“Por las aguas del bautismo nos has engendrado a la vida eterna” (*oración*)

“Servid al Señor con alegría, entrad en su presencia con vítores” (*salmo*)

“El Señor es bueno, su misericordia es eterna” (*salmo*)

“Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán” (*evangelio*)

“No ceses de proteger con amor a los que has salvado” (*poscomunión*)

SEXTA SEMANA DE PASCUA

lunes

Hch 16, 11-15 El Señor abrió el corazón de Lidia para que aceptara lo que decía Pablo

Jn 15,26 - 16,4 El Espíritu de la verdad dará testimonio de mí

martes

Hch 16, 22-34 Cree en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu familia

Jn 16, 5-11 Si no me voy, no vendrá a vosotros el Espíritu

miércoles

Hch 17,15.22 -18,1 Eso que veneráis sin conocerlo, os lo anuncio yo

Jn 16, 12-15 El Espíritu de la verdad os guiará hasta la verdad plena

jueves

Hch 18, 1-8 Pablo se dedicó enteramente a la Palabra

Jn 16, 16-20 Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo

viernes

Hch 18, 9-18 Muchos de esta ciudad son pueblo mío

Jn 16, 20-23 Se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría

sábado

Hch 18, 23-28 Apolo demostraba con la Escritura que Jesús es el Mesías

Jn 16, 23-28 El Padre os ama porque vosotros me queréis y habéis creído

LUNES

1. Hechos 16, 11-15

a) Conducidos por el Espíritu, como leíamos el sábado pasado, Pablo y sus acompañantes se deciden a dejar Asia y entrar en Europa. Y así llegan a Filipos, capital de Macedonia.

Filipos era una colonia romana. No parece que hubiera una sinagoga para los judíos. Y por tanto Pablo va a buscar, a la orilla del río, a unas personas piadosas –sobre todo mujeres, que desde siempre y en todas las culturas se han distinguido por su religiosidad– que se reúnen allí para rezar. Dios «abre el corazón» de una de ellas, Lidia, vendedora de púrpura, para que se convierta. Será la primera europea que cree en Jesús. Y además, es una mujer hospitalaria, que invita a Pablo y los suyos a hospedarse en su casa.

La comunidad cristiana de Filipos recibió más tarde una de las cartas más amables de Pablo: señal que guardaba recuerdos muy positivos de ella. No es extraño que el salmo sea optimista, porque la entrada de la fe cristiana en Europa ha sido esperanzadora: «el Señor ama a su pueblo... cantad al Señor un cántico nuevo».

b) ¿Dónde nos toca evangelizar a nosotros?

Pablo se adaptaba a las circunstancias que iba encontrando. A veces predicaba en la sinagoga, otras en una cárcel, o junto al río, o en la plaza de Atenas. Si le echaban de un sitio, iba a otro. Si le aceptaban, se quedaba hasta consolidar la comunidad. Pero siempre anunciaba a Cristo.

Así la comunidad cristiana –en su nivel universal y en el local– debería tener tal convicción de la Buena Noticia que, conducida por el Espíritu de Jesús, no debería conocer barreras, y anunciar la fe en Asia y en Europa, en Africa y en América. En grandes poblaciones y en el campo. En ambientes favorables y en climas hostiles. En la escuela y en los medios de comunicación. Cuando nos ofrecen hospedaje amable y cuando nos detienen o persiguen.

Y cada uno de nosotros, si en verdad estamos llenos de la Buena Noticia de la Pascua del Señor y nos dejamos comunicar su vida, deberíamos dar testimonio de nuestra fe en cualquier ambiente en que nos toque vivir, desde nuestra familia hasta el trabajo y toda actividad social.

2. Juan 15,26 - 16,4

a) Ya el sábado pasado escuchábamos cómo Jesús, en su cena de despedida, avisaba a los suyos que serían odiados por el mundo, porque el mundo ama a los suyos, y los discípulos de Jesús, en principio, aunque «están en» el mundo, no «son del» mundo.

Ahora les sigue anunciando dificultades: les excomulgarán de las sinagogas, y «llegará incluso una hora cuando el que os dé muerte pensará que da culto a Dios». Este sufrimiento de los cristianos se ve como una continuación del del mismo Cristo, a quien tampoco le aceptó el mundo. A ellos también les perseguirán: «el siervo no puede ser más que el señor». Lo que no quiere Jesús es que cuando llegue esa hora «se tambalee vuestra fe», sino que «os acordéis de que yo os lo había dicho».

El encargo fundamental para los cristianos es que den testimonio de Jesús. El día de la Ascensión les dijo: «seréis mis testigos en Jerusalén y en Samaría y en toda la tierra, hasta el fin del mundo».

Pero hay un factor muy importante para que esto sea posible: para esa hora del mal y del odio, les promete la fuerza de su Espíritu, que van a necesitar para poder dar ese testimonio. Al Espíritu –de quien desde ahora hasta Pentecostés las lecturas van a hablar con más frecuencia– le llama «Paráclito», palabra griega («para-cletos»), que significa defensor, abogado (la palabra latina que mejor traduce el «para-cletos» griego es «ad-vocatus»). Le llama también «Espíritu de la Verdad», que va a dar testimonio de Jesús. Con la ayuda de ese Abogado sí que podrán dar también ellos testimonio en este mundo.

b) Que como seguidores de Jesús iban a tener dificultades lo experimentaron los cristianos ya desde el principio. El libro de los Hechos, que hemos ido

leyendo en el Tiempo Pascual, nos ha narrado una sucesión de persecuciones, detenciones, azotes, y hasta la muerte, como la de Esteban.

A lo largo de los dos mil años, ha seguido la misma tónica. Como al Señor le crucificaron, a sus fieles los han crucificado de mil maneras. Si la comunidad de Jesús, fiel al Evangelio de su Maestro, da testimonio de justicia o de amor, o defiende valores que no son los que la sociedad defiende, o denuncia situaciones que se dan contra la dignidad humana o contra la voluntad de Dios, es lógico que sea odiada, porque resulta incómoda. A veces será perseguida hasta la muerte, y otras, desprestigiada, ignorada, impedida en su misión.

La palabra griega para decir «testigo, testimonio» es la de «mártir, martiría». Dar testimonio del Evangelio de Jesús comporta muchas veces sufrimiento y martirio.

Pero también ahora tenemos la ayuda del Espíritu, el abogado, el defensor. Con su fuerza podemos librar la batalla entre el bien y el mal, y permanecer fieles a Cristo en medio de un mundo que a veces se muestra claramente contrario a su Evangelio, y dar testimonio de Cristo en nuestro ambiente, siendo de palabra y de obra fieles a su estilo de vida y a sus convicciones.

Si celebramos bien la Pascua –y estamos en su sexta semana– ése debe ser uno de los signos de que nos estamos dejando comunicar la vida nueva del Resucitado y de su Espíritu: la valentía en dar testimonio de Jesús.

«Que los dones recibidos en esta Pascua
den fruto abundante en toda nuestra vida» (*oración*)

«El Señor ama a su pueblo
y adorna con la victoria a los humildes» (*salmo*)

«Que no se tambalee vuestra fe» (*evangelio*)

«Jesús les dijo: Paz a vosotros» (*comunión*)

«Mira, Señor, con bondad a tu pueblo» (*poscomunión*)

MARTES

1. Hechos 16, 22-34

a) Ayer tocaba éxito. Hoy, la persecución, la paliza y la cárcel.

El motivo de la detención –que no leemos en esta lectura– fue que Pablo, al curar y convertir a una muchacha que actuaba de vidente o pitonisa, malogró el negocio de los que explotaban esta habilidad. Y además, las autoridades romanas sospecharon que estaba difundiendo el judaísmo en la ciudad, cosa que no querían.

La cosa es que apalearon a Pablo y sus acompañantes y los metieron en la cárcel. La escena que sigue –que parece de película– está llena de detalles a cuál más interesantes:

- a media noche, Pablo y Silas, a pesar de estar medio muertos por la paliza, cantan salmos a Dios,
- un oportuno temblor del edificio abre las puertas de la cárcel y rompe las cadenas,
- pero Pablo no aprovecha para escapar, sino que se preocupa de que el carcelero no se haga daño
- y le instruye en la fe a él y a toda su familia, y les bautiza,
- y todo termina en una fiestecita en casa del carcelero.

Lo que podía haber sido un fracaso, termina bien. Y Pablo y los suyos pueden seguir predicando a Cristo, aunque deciden salir de Filipos, por la tensión creada.

Pablo podía cantar con toda razón el salmo que hoy cantamos nosotros: «Señor, tu derecha me salva... te doy gracias de todo corazón... cuando te invoqué, me escuchaste».

b) ¿Cuántas palizas hemos recibido nosotros por causa de Cristo? ¿cuántas veces hemos sido detenidos?

Probablemente, ninguna. Al lado de Pablo podríamos considerarnos unos «enanos» en la fe. Ni con mucho hemos hecho tantos viajes para anunciar a Cristo, ni hemos recibido azotes o ido a parar a la cárcel, ni hemos sido apaleados casi hasta la muerte, ni hemos sufrido peligros de caminos y de mares. Ante dificultades mucho menores que las de Pablo, hemos perdido los ánimos. ¿Seríamos capaces de estar a medianoche, molidos de una paliza, cantando salmos con nuestros compañeros de cárcel?

Pablo nos interpela en nuestra actuación como cristianos en este mundo. La comunidad cristiana está empeñada también hoy, después de dos mil años, en la evangelización: en guiar a la fe a los niños, a los jóvenes, a los ambientes profesionales, a los medios de comunicación, a las comunidades parroquiales, a los ancianos, a los enfermos... Cada uno de nosotros, no sólo nos hemos de conformar con creer nosotros, sino que debemos intentar dar testimonio de Cristo a los demás, de la mejor manera posible y con toda la pedagogía que las circunstancias nos aconsejen. Pero con la valentía y la decisión de Pablo. ¿Sabemos aprovechar toda circunstancia en nuestra vida para seguir anunciando a Jesús, como hizo Pablo en el episodio del carcelero?

2. Juan 16, 5-11

a) Jesús, en sus palabras de despedida, aparece a punto de «rendir viaje», volviendo al Padre. El que había «bajado» de Dios (eso es lo que el evangelio de Juan repite en los doce primeros capítulos) se dispone ahora a «subir», a «pasar de este mundo al Padre» (como anuncia Juan desde el capítulo 13, en el inicio de la Última Cena). Esta vuelta al Padre es la que da sentido a su misión y a su misma Persona.

La tristeza de los discípulos es lógica. Pero Jesús les da la clave para que la superen: su marcha, a través de la muerte, es la que va a hacer posible su nueva manera de presencia, y el envío de su Espíritu, el Paráclito, o sea, el Abogado y Defensor. El mejor don del Resucitado a los suyos es su Espíritu. Por eso «os conviene que yo me vaya».

La actuación del Espíritu va a ser muy dinámica.

Va a revisar el proceso que se ha hecho contra Jesús. Los judíos habían condenado a Jesús como malhechor y como blasfemo. La sentencia era firme

y se ejecutó. Pero ahora va a haber como una apelación a un tribunal superior. Dios, al resucitar a Jesús de entre los muertos, inicia el nuevo proceso. Y es, según Jesús, el Espíritu, el Abogado, el que va a desenmascarar y argüir la falacia del primer proceso. El que quedará ahora desautorizado y condenado es el mundo, mientras que Jesús no sólo será absuelto, sino rehabilitado y glorificado delante de toda la humanidad.

Es un proceso que todavía está en pie. Que sólo llegará a término al final de los tiempos, cuando, según el Apocalipsis, sea definitiva la victoria del Cordero y se consuma el hundimiento del Maligno con sus fuerzas.

b) A nosotros nos encantaría poder ver a Jesús, experimentar claramente su presencia en medio de nosotros. Como les hubiera encantado a sus apóstoles no haber oído nada sobre su marcha o su Ascensión. A todos nos gustan las «seguridades», las comprobaciones visibles a corto plazo.

Y sin embargo, en su Ascensión, el Señor no abandonó a su Iglesia. Nos ha prometido una doble presencia que tendría que llenarnos de ánimos:

- la del mismo Cristo, ahora Resucitado, que no ha dejado de estar nos presente («yo estoy con vosotros todos los días»): lo que pasa es que lo que antes era presencia visible, ahora sigue siendo real, pero invisible. Su «ausencia» es «presencia de otra forma», porque él ya está en la existencia escatológica, definitiva, pascual;
- y la presencia de su Espíritu, que actúa de abogado y defensor, de animador de nuestra comunidad, de eficaz protagonista de los sacramentos, de maestro que hace madurar la memoria y la fe de los cristianos.

Si creyéramos en verdad esto –y hacia el final de la Pascua ya sería hora de que nos hubiéramos dejado convencer de la presencia del Resucitado entre nosotros y del protagonismo de su Espíritu– no caeríamos en el desaliento ni la tristeza, ni nos conformaríamos con una vida lánguida y perezosa.

La Eucaristía es una de las formas en que más entrañablemente podemos experimentar la presencia del Señor Resucitado en nuestra vida, nada menos que como alimento para nuestro camino. Y es el Espíritu el que hace posible que el pan y el vino se conviertan para nosotros en el Cuerpo y Sangre del

Señor, y que nosotros, al participar de la comunión, podamos también irnos transformando en el Cuerpo eclesial de Cristo, unido, sin divisiones, lleno de su misma vida. La Eucaristía es el mejor cauce para que la Pascua produzca en nosotros sus frutos.

«Con alegría y regocijo demos gloria a Dios» (*entrada*)

«Que tu pueblo, Señor, exulte siempre
al verse renovado y rejuvenecido en el espíritu» (*oración*)

«Daré gracias a tu nombre,
por tu misericordia y tu lealtad» (*salmo*)

«Cuando te invoqué, me escuchaste,
acreciste el valor en mi alma» (*salmo*)

Que esta Eucaristía «nos sostenga durante la vida presente
y nos dé las alegrías eternas» (*poscomunió*)

MIÉRCOLES

1. Hechos 17,15.22 - 18,1

a) Pablo predica esta vez en Atenas, en medio del Areópago, el centro simbólico del pensamiento filosófico y religioso. El suyo es un discurso típico de cómo hay que presentar el plan de Dios a paganos. En este caso, a los pensadores griegos. Pablo se adapta a su manera de pensar, se hace en verdad «griego con los griegos», como en otras ocasiones había sido «judío con los judíos».

Capta su atención y su benevolencia con la alusión al altar del «dios desconocido». Y en seguida les habla del Dios creador, de cómo no puede habitar en templos humanos, de cómo le podemos conocer a través de la

naturaleza. Más aún, de que «somos estirpe suya» –cosa que Pablo afirma citando a un pensador griego– y por tanto le tenemos que buscar dentro de nosotros mismos, porque «en él vivimos, nos movemos y existimos». Les invita, por tanto, a una espiritualización de su religión, para llegar en seguida a Cristo Jesús, el enviado por Dios, al que resucitó de entre los muertos.

Es precisamente aquí, al hablar de la resurrección –que se ve que los griegos no pueden entender– cuando se da una reacción claramente negativa e irónica por parte de la mayoría. Aunque sí hay algunos, hombres y mujeres, que abrazan la fe.

b) Pablo, una vez más, nos da la lección de saberse adaptar a su auditorio, a la hora de anunciar la fe en Jesús. A los judíos les habla a partir del AT. A los griegos, a partir de su literatura, de su visión religiosa del cosmos y la divinidad, y de su actitud de búsqueda y curiosidad –al menos filosófica– de la verdad. A todos les predica a Jesús, pero desde el mundo de valores de sus oyentes.

Nosotros seguimos teniendo este problema del lenguaje. El Concilio Vaticano II puso a la Iglesia en diálogo con el mundo y con sus varias religiones. Pero no es fácil este diálogo. ¿Cómo podemos anunciar a Cristo a la juventud de hoy, o a los alejados, o a los agnósticos? ¿cómo podemos ayudarles a pasar del mero materialismo a una visión más espiritual de la vida y del destino sobrenatural que Dios nos prepara? ¿cómo podemos tomar como puntos de partida tantos valores que hoy son apreciados –la justicia, la igualdad, la dignidad de la persona, la ecología, la paz– para pasar claramente al mensaje de Jesús y proponerles su persona y su Evangelio como la plenitud de esos y de otros valores?

Se puede decir que a veces la Iglesia ha sido lúcida en la adaptación, pero que otras veces no ha tenido ese fino instinto de encarnación cultural, no sabiendo aprovechar valores autóctonos, sino destruyéndolos. No se trataba de «europeizar» o «romanizar» a los de África o Asia o América, sino de invitarles a la fe en Cristo, con una teología y una liturgia que muy bien podían ser seriamente inculturadas en sus respectivos lenguajes, sin dejar de ser radicalmente cristianas.

Es admirable Pablo. No sólo por la firmeza de su camino –no hay nada que le cierre caminos cuando él quiere, ni siquiera los fracasos que va cosechando, como en este caso de Atenas– sino también por su creatividad: cuando un recurso no da resultado, busca otros. Pero nunca se resigna a callar.

2. Juan 16, 12-15

a) El Espíritu Santo, además de ser nuestro defensor y abogado, es también nuestro maestro.

En vida de Jesús, sus seguidores muchas veces no captaron bien lo que les decía: qué clase de mesianismo era el suyo, cómo se podía entender la metáfora del templo destruido y reedificado, por qué entraba en su camino redentor la muerte y la resurrección, qué significaba la Eucaristía que prometía. Cristo es la verdad, y la verdad plena. Pero la inteligencia de esa verdad por parte de los suyos se deberá al Espíritu, después de la Pascua y de Pentecostés: «cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena».

Es una verdad que brota de esa admirable unión que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu: el Espíritu «recibirá de mí», pero a su vez Jesús está unido al Padre, porque «todo lo que tiene el Padre es mío».

Para entender la obra del Espíritu basta recordar la maduración que supuso la Pascua y luego Pentecostés en la fe de Pedro y los suyos. No sólo en su fortaleza de ánimo y en su decisión, sino también en la comprensión de la persona y la doctrina de Jesús. ¿No ha sido todo el libro de los Hechos una prueba de cómo el Espíritu iba conduciendo a aquellas comunidades hacia esa verdad plena, por ejemplo en el aspecto de la universalidad de la salvación cristiana?

b) El Catecismo de la Iglesia Católica presenta al Espíritu como nuestro pedagogo y maestro.

Cuando se proclama la Palabra de Dios, «el Espíritu Santo es quien da a los lectores y a los oyentes la inteligencia espiritual de la Palabra de Dios... pone a los fieles y a los ministros en relación viva con Cristo, Palabra e Imagen del

Padre, a fin de que puedan hacer pasar a su vida el sentido de lo que oyen, contemplan y realizan en la celebración» (1101).

«Es el Espíritu quien da la gracia de la fe, la fortalece y la hace crecer en la comunidad» (1102). «En la liturgia de la Palabra, el Espíritu Santo recuerda a la asamblea todo lo que Cristo ha hecho por nosotros... y despierta así la memoria de la Iglesia» (1103).

Es bueno recordar que en la comunidad cristiana la verdad, como la vida, siguen dinámicamente activas, en continuado progreso. Sin contentarnos nunca con lo ya conseguido. La actuación del Espíritu no se entiende tanto en el sentido de «verdades nuevas», sino de que la verdad tiene que profundizarse y adaptarse a las varias circunstancias de la historia, aunque conserve la identidad y la fuerza del Evangelio de Jesús. El Espíritu sigue animando, guiando, iluminando: es el Maestro interior de todos los cristianos y de modo particular el Maestro de los responsables de la Iglesia, sobre todo cuando se reúnen para discernir juntos los caminos del Señor, como sucedió en Jerusalén, y a lo largo de la historia en tantos concilios y sínodos universales o locales. En el «concilio de Jerusalén» ya vimos que la conciencia de los presentes era que el Espíritu les estaba llevando a esta plenitud y adaptación de la verdad: «hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros...».

En toda la Cincuentena, pero sobre todo en sus últimas semanas, haremos bien en pensar más en el Espíritu como presente en nuestra vida: el Espíritu que nos quiere llevar a la plenitud de la vida pascual y de la verdad de Jesús.

«Te daré gracias, Señor,
contaré tu fama a mis hermanos» (*entrada*)

«Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria» (*salmo*)

«Los jóvenes y también las doncellas,
los viejos junto con los niños,
alaben el nombre del Señor» (*salmo*)

«Él acrece el vigor de su pueblo» (*salmo*)

«El Espíritu de la verdad
os guiará hasta la verdad plena» (*evangelio*)

JUEVES

1. Hechos 18, 1-8

a) Desde Atenas, y seguramente con una cierta sensación de fracaso, a pesar de que se ha constituido un pequeño núcleo de cristianos, Pablo pasa a Corinto, de momento sin acompañantes.

Corinto era una ciudad muy movida, de ambiente romano, capital de la provincia de Acaya, activa en su comercio, de mala fama por sus costumbres. Aquí va a estar Pablo un año y medio (entre los años 49 y 51), fundando una comunidad cristiana a la que luego escribirá dos cartas.

El pasaje nos da detalles muy expresivos del estilo evangelizador de Pablo:

- ante todo, trabaja para su propia manutención, al menos hasta que vienen Silas y Timoteo, que le permiten dedicarse de lleno a la predicación,
- lo hace colaborando con Áquila y Prisca, un matrimonio que acaban de ser expulsados de Roma por el decreto de Claudio (por tanto, el año 49 ó 50), y que son fabricantes de tiendas, como él;
- los sábados empieza a ir a la sinagoga, a predicar a Jesús como el Mesías esperado;
- pero los judíos no le aceptan, lo que provoca la ruptura de Pablo (rasgándose las vestiduras): ellos serán responsables de lo que les pueda venir por no haber sabido reconocer al Mesías enviado por Dios;
- y se dedica a predicar a los paganos, que en buen número se convierten,
- como también acepta la fe nada menos que el jefe de la sinagoga, Crispo.

b) En un ambiente difícil como Corinto, Pablo cosecha éxitos y fracasos a la vez. Los judíos le rechazan, salvedad hecha de Crispo, el jefe de la sinagoga. Unos cuantos paganos van convirtiéndose y constituirán el primer núcleo de la comunidad.

Nunca ha sido fácil acoger y vivir la fe en Cristo, sobre todo cuando la sociedad está claramente predis puesta en contra, como sucedía en la pagana

Corinto y sigue sucediendo en tantos ambientes neopaganos de hoy. El ejemplo que nos da Pablo, permaneciendo un tiempo prolongado en esta ciudad, para consolidar la comunidad que se está formando, nos estimula también a nosotros. No podemos pretender que en un grupo o en una parroquia las cosas lleguen a cuajar a las primeras de cambio. Muchas veces la evangelización exige esfuerzos prolongados. Entre la siembra y la cosecha puede pasar mucho tiempo: y puede ser también que recoja el que no ha sembrado. Y no por eso ha sido inútil la siembra, sino al contrario.

También nos da Pablo un ejemplo de desinterés económico. Aunque el que trabaja por la comunidad podría hacer valer el derecho de ser ayudado por la misma comunidad (es lo que recuerda precisamente a los corintios: 1 Co 8), él prefiere trabajar, para no ser gravoso a nadie. Los que trabajan en la evangelización deberían evitar siempre toda sospecha de que lo hacen por amor al dinero. Aunque reciban la conveniente ayuda para poder dedicarse a su trabajo.

2. Juan 16, 16-20

a) Este jueves de la semana sexta de Pascua ha sido durante mucho tiempo el día en que celebrábamos la fiesta de la Ascensión, que ahora se ha trasladado al próximo domingo.

Con todo, el tono de la lectura evangélica está impregnado del mismo espíritu de despedida de Jesús, que, por otra parte, llena todo el discurso de la última cena.

Los apóstoles no entienden de momento las palabras de Jesús: «dentro de poco ya no me veréis», que luego ya se darían cuenta que se referían a su muerte inminente, «y dentro de otro poco me volveréis a ver», esta vez con un anuncio de su resurrección, que más tarde entenderían mejor.

Ante esta próxima despedida por la muerte, Jesús les dice que «vosotros lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará». Pero no será ésa la última palabra: Dios, una vez más, va a escribir recto con líneas que parecen torcidas y que conducen al fracaso. Y Jesús va a seguir estando presente, aunque de un modo más misterioso, en medio de los suyos.

b) Las ausencias de Jesús nos afectan también muchas veces a nosotros. Y provocan que nos sintamos como en la oscuridad de la noche y en el eclipse de sol.

Si supiéramos que «dentro de otro poquito» ya se terminará el túnel en el que nos parece encontrarnos, nos consolaríamos, pero no tenemos seguridades a corto plazo. Sólo la fe nos asegura que la ausencia de Jesús es presencia, misteriosa pero real.

También a nosotros, como a los apóstoles, nos resulta cuesta arriba entender por qué en el camino de una persona –sea Cristo mismo, o nosotros– tiene que entrar la muerte o la renuncia o el dolor. Nos gustaría una Pascua sólo de resurrección. Pero la Pascua la empezamos ya a celebrar el Viernes Santo, con su doble movimiento unitario: muerte y resurrección. Hay momentos en que «no vemos», y otros en que «volvemos a ver». Como el mismo Cristo, que también tuvo momentos en que no veía la presencia del Padre en su vida: «¿por qué me has abandonado?».

Celebrando la Pascua debemos crecer en la convicción de que Cristo y su Espíritu están presentes y activos, aunque no les veamos. La Eucaristía nos va recordando continuamente esta presencia. Y por tanto no podemos «desalentarnos», o sea, perder el aliento: «Espíritu» en griego («Pneuma») significa precisamente «Aliento».

«Concedéndonos vivir siempre
la alegría de la resurrección de tu Hijo» (*oración*)

«Dentro de poco ya no me veréis,
y dentro de otro poco me volveréis a ver» (*evangelio*)

«Sabed que yo estoy con vosotros todos los días
hasta el fin del mundo» (*comunión*)

«Haz que los sacramentos pascuales
den en nosotros fruto abundante» (*poscomunión*)

VIERNES

1. Hechos 18, 9-18

a) Las palabras que el Señor le dice a Pablo, en una visión nocturna, son de las que más veces se escuchan tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, dirigidas a personas a las que Dios ha elegido para ser sus testigos en el mundo: «no temas». Oyeron lo mismo Moisés y Jeremías y la Virgen María, y ahora Pablo.

En el caso de Pablo, la estancia en Corinto debía serle difícil, por dificultades externas e internas. La voz del Señor le anima: «no temas, sigue hablando y no te calles, que yo estoy contigo». Y hay otro motivo que puede resultarnos sorprendente: «muchos de esta ciudad son pueblo mío».

La escena que describe a continuación Lucas es bastante cómica, porque el procónsul Galión (por cierto, hermano de Séneca) se desentiende irónicamente de la discusión, al ver que no afecta al orden público, sino a cuestiones internas de religión, y no hace caso tampoco al ver que apalean precisamente al jefe de la sinagoga, que ahora es Sóstenes.

b) También hoy puede Dios decirnos: «muchos de esta ciudad son pueblo mío». A pesar de la mala fama de Corinto, Dios espera que muchos se conviertan, porque están destinados a la vida.

¿Tenemos derecho a desconfiar nosotros, o desanimarnos, porque nos parece que nuestra sociedad está paganizada sin remedio? ¿no estarán destinados a ser pueblo de Dios tantos jóvenes a quienes vemos desconcertados en la vida, o tantas personas que parecen sumergidas irremediabilmente en los intereses materialistas del mundo de hoy?

Cada uno de nosotros, tanto si somos pastores como simples cristianos, pero interesados en que la fe en Cristo vaya calando más en la sociedad y que su Pascua renueve este mundo, deberíamos sentirnos estimulados a no tener miedo, a confiar en las personas, a trabajar con ilusión renovada, porque seguro que Dios quiere la salvación de «esta ciudad» donde vivimos, por muchos que sean los fracasos que podamos estar experimentando. «Muchos

de esta ciudad son pueblo mío», aunque no lo parezca a primera vista, o aunque nos hayan dado ya más de un disgusto por su apatía y su poca respuesta.

Peor que las persecuciones exteriores –como la que le vino a Pablo en el curioso episodio de hoy ante el procónsul Galión– son las interiores: los temores y cansancios que podemos sentir cuando no vemos resultados en nuestro trabajo. ¿Quién somos nosotros para «dimitir» de nuestro empeño, cuando vemos que Dios tiene paciencia y sigue depositando su esperanza en personas a las que nosotros ya les hemos retirado todo voto de confianza?

2. Juan 16, 20-23

a) La tristeza de los discípulos ante la marcha de Jesús está destinada a convertirse en alegría, aunque ellos todavía no entiendan cómo. Nosotros, leyéndolo desde la perspectiva de la Pascua, sí que conocemos que la resurrección de Jesús llenará de alegría a la primera comunidad. Precisamente hemos estado leyendo la historia de esta comunidad en el libro de los Hechos: una historia invadida de dinámica energía. Hoy Jesús describe muy expresivamente en qué consiste la alegría para sus seguidores. Es hermosa la comparación que pone, la de la mujer que da a luz: «cuando va a dar a luz, siente tristeza, pero cuando da a luz al niño, ni se acuerda del apuro, por la alegría de que al mundo le ha nacido un hombre».

Es una alegría profunda, no superficial, que pasa a veces por el dolor y la renuncia, pero que es fecunda en vida. Como la alegría de la Pascua de Cristo, que a través de la muerte alumbró un nuevo mundo y salva a la humanidad.

b) Si la alegría es un fruto característico de la Pascua que estamos celebrando, podemos preguntarnos cómo estamos de alegría interior en nuestra vida. ¿Es una asignatura aprobada o suspendida en nuestra comunidad? ¿de veras creemos nosotros mismos la Buena Noticia de la Pascua del Señor? ¿es ése el motor que nos mueve en nuestra vida cristiana? ¿o vivimos resignados, indolentes, desalentados, apáticos? ¿se nota que hace seis semanas que estamos celebrando y viviendo la Pascua?

También tendríamos que recordar qué clase de alegría nos propone Jesús: la misma que la de él, que supuso fidelidad y solidaridad hasta la muerte, pero que luego engendró nueva vida. Como el grano de trigo que muere para dar vida. Como la mujer que sufre pero luego se llena de alegría ante la nueva vida que ha brotado de ella. Así la Iglesia ha ido dando a luz nuevos hijos a lo largo de la historia, y muchas veces lo ha hecho con sacrificio. Nosotros queremos alegría a corto plazo. O alegría sin esfuerzo. Y nada válido se consigue, ni en el orden humano ni en el cristiano, sin esfuerzo, y muchas veces sin dolor y cruz.

Ojalá se pueda decir de nosotros, ahora que estamos terminando la vivencia de la Pascua, que «se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría».

// «Levanta nuestros corazones
 // hacia el Salvador que está sentado a tu derecha» (*oración*)
 // «Muchos de esta ciudad son pueblo mío» (*1ª lectura*)
 // «Pueblos todos, batid palmas,
 // aclamad a Dios con vítores de júbilo» (*salmo*)
 // «Vuestra tristeza se convertirá en alegría» (*evangelio*)
 // «Se alegrará vuestro corazón
 // y nadie os quitará vuestra alegría» (*evangelio*)

SÁBADO

1. Hechos 18, 23-28

a) Empieza otro viaje apostólico de Pablo, el tercero, siempre desde Antioquía, su lugar de referencia, y pasa por las comunidades «animando a los discípulos». El centro de este viaje se situará en Éfeso. Pero la lectura de hoy es como un paréntesis en la historia de Pablo, porque se refiere a Apolo.

Apolo era un judío que se había formado en Alejandría de Egipto, y hablaba muy bien, porque era experto en la Escritura, o sea, en el Antiguo Testamento. Aunque conocía sólo el bautismo de Juan, pero predicaba en las sinagogas sobre Jesús.

Áquila y Prisca, el matrimonio amigo de Pablo, «lo tomaron por su cuenta y le explicaron con más detalle el camino del Señor». Y así Apolo llegó a ser un colaborador muy válido en la evangelización, reconocido también por Pablo. Le enviaron a Grecia a predicar, y «su presencia contribuyó mucho al provecho de los creyentes».

b) ¿Qué hubiéramos hecho nosotros si se presenta en nuestra comunidad un laico que predica sobre Jesús por libre, tal vez con un lenguaje no del todo ajustado?

En Éfeso el laico Apolo tuvo la suerte de encontrarse con unas personas, colaboradoras de Pablo, que le acogieron y le ayudaron a formarse mejor. Y así lograron un buen catequista y predicador de Cristo, al que la comunidad de Antioquía concedió un voto de confianza, encomendándole una misión nada fácil en Grecia.

Una vez más somos invitados a ser abiertos de corazón, a saber reconocer el bien donde está. Nadie tiene el monopolio de la verdad. El criterio no tiene que ser ni la edad ni el sexo ni la raza ni si se pertenece o no al clero. Es verdad que Cristo encomendó la última responsabilidad y el magisterio decisivo a los apóstoles y sus sucesores. Pero la historia de la primera comunidad nos enseña que también este ministerio se tiene que desarrollar con una mentalidad abierta, sabiendo reconocer signos de la voz del Espíritu también en los laicos y en toda la comunidad.

Los laicos, afortunadamente cada vez más, tienen un papel importante en la tarea de la evangelización encomendada a toda la Iglesia. Es una de las consignas más comprometedoras del Vaticano II, a partir de la «nueva» eclesiología de la *Lumen Gentium*.

Tanto en el nivel eclesial como en el más doméstico de nuestro entorno, deberíamos saber apreciar los valores que hay en las personas: y si las vemos imperfectas, no condenarlas en seguida, sino ayudarles a formarse mejor, buscando no nuestro lucimiento o una ortodoxia fría, sino que progrese el Reino de Dios en nuestro mundo, sea quien sea el que evangelice y haga el bien, con tal que lo hagan desde la unidad con la Iglesia.

2. Juan 16, 23-28

a) En el evangelio, Jesús sigue profundizando tanto en su relación con el Padre como en las consecuencias que esta unión tiene para sus seguidores: esta vez respecto a su oración.

Ahora que Jesús «vuelve al Padre», que es el que le envió al mundo, les promete a sus discípulos que la oración que dirijan al Padre en nombre de Jesús será eficaz. El Padre y Cristo están íntimamente unidos. Los seguidores de Jesús, al estar unidos a él, también lo están con el Padre. El Padre mismo les ama, porque han aceptado a Cristo. Y por eso su oración no puede no ser escuchada, «para que vuestra alegría sea completa».

b) La eficacia de nuestra oración por Cristo se explica porque los que creemos en él quedamos «incardinados» en su viaje de vuelta al Padre: nuestra unión con Jesús, el Mediador, es en definitiva unión con el Padre. Dentro de esa unión misteriosa —y no en una clave de magia— es como tiene sentido nuestra oración de cristianos y de hijos.

Cuando oramos, así como cuando celebramos los sacramentos, nos unimos a Cristo Jesús y nuestras acciones son también sus acciones. Cuando alabamos a Dios, nuestra voz se une a la de Cristo, que está siempre en actitud de alabanza. Cuando pedimos por nosotros mismos o intercedemos por los

demás, nuestra petición no va al Padre sola, sino avalada, unida a la de Cristo, que está también siempre en actitud de intercesión por el bien de la humanidad y de cada uno de nosotros. La clave para la oración del cristiano está en la consigna que Jesús nos ha dado: «permaneced en mí y yo en vosotros», «permaneced en mi amor».

Por eso el Padre escucha siempre nuestra oración. No se trata tanto de que él responda a lo que le pedimos. Somos nosotros los que en este momento respondemos a lo que él quería ya antes. Orar es como entrar en la esfera de Dios. De un Dios que quiere nuestra salvación, porque ya nos ama antes de que nosotros nos dirijamos a él. Como cuando salimos a tomar el sol, que ya estaba brillando. Como cuando entramos a bañarnos en el agua de un río o del mar, que ya estaba allí antes de que nosotros pensáramos en ella. Al entrar en sintonía con Dios, por medio de Cristo y su Espíritu, nuestra oración coincide con la voluntad salvadora de Dios, y en ese momento ya es eficaz.

Aunque no sepamos en qué dirección se va a notar la eficacia de nuestra oración, se nos ha asegurado que ya es eficaz. Nos lo ha dicho Jesús: «todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido» (Mc 11,24). Sobre todo porque pedimos en el nombre de Jesús, el Hijo en quien somos hermanos, y por tanto también nosotros somos hijos de un Padre que nos ama.

«Os llamó a salir de la tiniebla
y a entrar en su luz maravillosa» (*entrada*)

«Reparte también entre nosotros
los dones de tu Espíritu» (*oración*)

«Aclamad a Dios con gritos de júbilo,
porque Dios es el rey del mundo» (*salmo*)

«Si pedís algo al Padre en mi nombre
os lo dará» (*evangelio*)

«Que esta Eucaristía nos haga progresar en el amor» (*poscomunión*)

SÉPTIMA SEMANA DE PASCUA

Los prefacios de la Ascensión

Para estos últimos días de la Pascua, el Misal nos ofrece tres prefacios. Los dos primeros, más oficiales, valen tanto para el domingo como para las ferias de la séptima semana. El tercero, añadido en la última edición del Misal castellano, está pensado para las ferias siguientes a la Ascensión, y acentúa la espera del Espíritu.

Los tres nos ayudan a seguir celebrando y viviendo el misterio pascual sobre todo dando gracias a Dios

- por la glorificación de Jesús en su Ascensión, «ante el asombro de los ángeles»,
- por su papel de mediador y sacerdote celeste, porque sigue intercediendo por nosotros,
- por su cercanía a nosotros, porque «no se ha ido para desentenderse de este mundo»,
- sino que, como Cabeza de la Iglesia, quiere comunicarnos su divinidad y nos ha precedido en el destino definitivo,
- y nos asegura el envío del Espíritu sobre una comunidad que, con la Virgen María y los Apóstoles, le espera en oración.

Prefacio I

«... Porque Jesús, el Señor,
el rey de la gloria, vencedor del pecado y de la muerte,
ha ascendido ante el asombro de los ángeles
a lo más alto del cielo,
como mediador entre Dios y los hombres,
como juez de vivos y muertos.
No se ha ido para desentenderse de este mundo,
sino que ha querido precedernos como cabeza nuestra
para que nosotros, miembros de su Cuerpo,
vivamos con la ardiente esperanza de seguirlo en su reino».

Prefacio II

«... Que después de su resurrección
se apareció visiblemente a todos sus discípulos
y, ante sus ojos, fue elevado al cielo
para hacernos compartir su divinidad».

Prefacio III

«... por Jesucristo, tu Hijo, Señor del universo.
El cual, habiendo entrado una vez para siempre
en el santuario del cielo, ahora intercede por nosotros,
como mediador que asegura
la perenne efusión del Espíritu.
Pastor y obispo de nuestras almas,
nos invita a la plegaria unánime,
a ejemplo de María y los Apóstoles,
en la espera de un nuevo Pentecostés...».

lunes

Hch 19, 1-8 ¿Recibisteis el Espíritu al aceptar la fe?
Jn 16, 29-33 Tened valor. Yo he vencido al mundo

martes

Hch 20, 17-27 Lo que me importa es cumplir el encargo
que me dio el Señor Jesús
Jn 17, 1-11 Padre, glorifica a tu Hijo

miércoles

Hch 20, 28-38 Os dejo en manos de Dios y de su Palabra
Jn 17, 11-19 Que sean uno, como nosotros

jueves

Hch 22,30; 23,6-11 Tienes que dar testimonio en Roma
Jn 17,20-26 Que sean completamente uno

viernes

Hch 25, 13-21 Un difunto llamado Jesús, que Pablo sostiene que está vivo
Jn 21, 15-19 Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas

sábado

Hch 28, 16-20.30-31 Pablo vivió en Roma predicando el Reino de Dios
Jn 21, 20-25 Y nosotros sabemos que su testimonio es verdadero

LUNES**1. Hechos 19,1-8**

a) Pablo llega a Éfeso, en su tercer viaje misionero. Éfeso era una de las ciudades más importantes de la época. Allí estuvo más de dos años, fundando una comunidad a la que luego le escribiría una de sus cartas. En Éfeso, como siempre, primero predica a los judíos, en la sinagoga.

De los diversos episodios que Lucas cuenta de esta estancia de Pablo en

Éfeso, hoy escuchamos uno algo extraño: se encuentra con unos doce hombres que eran creyentes, pero que sólo han recibido el bautismo de Juan Bautista y no conocen al Espíritu Santo. Probablemente se cuenta este caso para dar a entender lo que tendrían que hacer otros que están en las mismas circunstancias, como discípulos del Bautista.

Pablo les instruye amablemente sobre la relación entre el bautismo de Juan y la fe en Jesús. Estos doce aceptan la fe, son bautizados de nuevo, esta vez en el nombre de Jesús, y reciben el Espíritu con la imposición de manos de Pablo. El Espíritu suscita en ellos el carisma de las lenguas y de las profecías.

b) Como en Éfeso, también entre nosotros hay situaciones muy dispares a la hora de acercarse a la fe en Jesús. De todo el libro de los Hechos tendríamos que aprender cómo ayudar a cada persona, desde su situación concreta, y no desde unos tópicos generales que sólo están en los libros, a llegar hasta Jesús: los judíos de la sinagoga, o el eunuco que viaja a su patria, o los pensadores griegos del Areópago, o las mujeres que van a rezar a orillas del río, o estos que habían recibido ya el bautismo de Juan.

Para todos tiene respuesta amable la comunidad cristiana. Para todos sabe encontrar el lenguaje adecuado, a partir de lo que ya conocen y aprecian. En concreto Pablo nos da un ejemplo de adaptación creativa a cada circunstancia que encuentra. En este caso, no condena el bautismo de Juan, sino que les conduce a su natural complemento, que es la fe en Jesús, el Mesías al que anunciaba el Bautista.

También nosotros deberíamos evangelizar con esta pedagogía, respetando en cada caso los tiempos oportunos, no desautorizando sin más la situación en que se halla cada persona, partiendo de los valores ya asimilados, y que seguramente constituyen un buen camino hacia el Valor supremo que es Cristo. Como lo teníamos que haber hecho en la historia, no destruyendo, sino completando los valores culturales y religiosos que se encontraban en América o en África o en Asia.

Si lo hiciéramos así, el Espíritu subrayaría, incluso con carismas, como en Éfeso, este carácter de universalidad y pedagogía personal. Porque es él

quien regala a su comunidad todo lo que tiene de vida y de imaginación y de animación, evangelizando toda cultura y toda situación personal.

2. Juan 16, 29-33

a) Los apóstoles creen haber llegado a entender a Jesús: «ahora vemos», «creemos que saliste de Dios».

Pero Jesús parece ponerlo en duda: «¿ahora creéis?». En efecto, él sabe muy bien que dentro de pocas horas le van a abandonar todos, asustados ante el cariz que toman las cosas y que llevarán a su Maestro a la muerte. Allí flaquearán todos.

Jesús les quiere dar ánimos ya desde ahora, antes de que pase. Quiere fortalecer su fe, que va a sufrir muy pronto contrariedades graves. Pero la victoria es segura: «en el mundo tendréis luchas, pero tened valor: yo he vencido al mundo».

b) ¿De veras creemos? La pregunta de Jesús podría ir dirigida hoy a cada uno de nosotros, que decimos que tenemos fe.

Nunca es segura nuestra adhesión a Cristo. Sobre todo cuando se ve confrontada con las luchas que él nos anuncia y de las que tenemos amplia experiencia. ¿Hasta qué punto es sólida nuestra fe en Jesús? ¿aceptamos también la cruz, o no quisiéramos que apareciera en nuestro camino? Nos puede pasar como a Pedro, antes de la Pascua. Todo lo iba aceptando, menos cuando el Maestro hablaba de la muerte, o cuando se humillaba para lavar los pies de los suyos. La cruz y la humillación no entraban en su mentalidad, y por tanto en su fe en Cristo. Luego maduró por obra del Espíritu.

¿Abandonamos a Cristo cuando sus criterios de vida son contrarios a nuestro gusto o a la moda de la sociedad? ¿le seguimos también cuando exige renunciarnos?

El mismo Jesús nos ha dado ánimos: ninguna dificultad, ni externa ni interna, debería hacernos perder el valor. Unidos a él, participaremos de su victoria contra el mal y el mundo. La última palabra no es la cruz, sino la vida. Y ahí encontraremos la serenidad: «para que encontréis la paz en mí».

«El Espíritu os dará fuerza para ser mis testigos» (*entrada*)

«Derrama sobre nosotros la fuerza del Espíritu,
para que demos testimonio de ti con nuestras obras» (*oración*)

«Los justos se alegran, gozan en la presencia de Dios,
rebotando de alegría» (*salmo*)

«Yo estoy con vosotros todos los días» (*aleluya*)

«En el mundo tendréis luchas, pero tened valor:
yo he vencido al mundo» (*evangelio*)

«No os dejaré desamparados» (*comunión*)

MARTES

1. Hechos 20, 17-27

a) Hoy y mañana escuchamos el discurso de despedida de Pablo ante los responsables de las comunidades cercanas a Éfeso.

Como en todo discurso de despedida, encontramos aquí una mirada al pasado, otra al presente y una final al futuro de la comunidad (esta última la leeremos mañana).

Pablo, ante todo, hace un resumen global de su ministerio, en el que se presenta a sí mismo como modelo de apóstol y de responsable de comunidad (tal vez hay que entender que es Lucas quien redactó un panegírico tan encendido de Pablo): «he servido al Señor», «no he ahorrado medio alguno», «he predicado y enseñado en público y en privado», «nunca me he reservado nada». Y todo esto con mil contratiempos y «maquinaciones de los judíos» contra él.

Ahora Pablo se dirige a Jerusalén, «forzado por el Espíritu». Y de nuevo es admirable su actitud y disponibilidad: «no sé lo que me espera allí», aunque

sí «estoy seguro que me aguardan cárceles y luchas». Y sin embargo va con confianza: «no me importa la vida: lo que me importa es completar mi carrera y cumplir el encargo que me dio el Señor Jesús: ser testigo del Evangelio, que es la gracia de Dios».

b) Pablo fue en verdad un gigante como apóstol y como dirigente de comunidades. El retrato que hemos visto hoy está más que justificado con las páginas de los Hechos que hemos ido leyendo estas semanas: su entrega a la evangelización, su generosidad y su espíritu creativo, siempre al servicio del Señor y dejándose llevar en todo momento por el Espíritu. Es un misionero excepcional y un líder nato.

Pablo nos resulta un estímulo a todos nosotros. Lo que él hizo por Jesús y lo que estamos haciendo nosotros en la vida, probablemente no se pueden comparar. Al final de un curso, o de un año, o de nuestra vida, ¿podríamos nosotros trazar un resumen así de nuestra entrega a la causa de Cristo, de la radicalidad de nuestra entrega y del testimonio que estamos dando de Él en nuestro ambiente?

2. Juan 17, 1-11

a) Empieza hoy la llamada «oración sacerdotal» de Jesús en la Última Cena. Hasta ahora había hablado a los discípulos. Ahora eleva los ojos al Padre y le dirige la entrañable oración conclusiva de su misión.

«Padre, ha llegado la hora». Durante toda su vida ha ido anunciando esta «hora». Ahora sabemos cuál es: la hora de su entrega pascual en la cruz y de la glorificación que va a recibir del Padre, con la resurrección y la entrada en la vida definitiva, «con la gloria que yo tenía cerca de ti antes que el mundo existiese».

También aquí —en un paralelo interesante con el discurso de despedida de Pablo— Jesús resume la misión que ha cumplido: «yo te he glorificado sobre la tierra», «he coronado la obra que me encomendaste», «he manifestado tu nombre a los hombres», «les he comunicado las palabras que tú me diste y ellos han creído que tú me has enviado». Dentro de poco, en la cruz, Jesús

podrá decir la palabra conclusiva que resume su vida entera: «consummatum est: todo está cumplido». Misión cumplida.

Ahora, su oración pide ante todo su «glorificación», que es la plenitud de toda su misión y la vuelta al Padre, del que procedía: «glorifica a tu Hijo». Pero es también una oración por los suyos: «por estos que tú me diste y son tuyos». Les va a hacer falta, por el odio del mundo y las dificultades que van a encontrar: «ellos están en el mundo, mientras yo voy a ti».

b) Es la hora de las despedidas: la de Jesús en la Última Cena y la de Pablo en Mileto.

La oración de Jesús está impregnada de amor a su Padre, de unión íntima con Él, y a la vez de amor y preocupación por los suyos que quedan en este mundo.

Todos nosotros estábamos ya en el pensamiento de Jesús en su oración al Padre. Sabía de las dificultades que íbamos a encontrar en nuestro camino cristiano. No quiere abandonarnos:

- pide sobre nosotros la ayuda del Padre,
- él mismo nos promete su presencia continuada; el día de la Ascensión nos dirá: «yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»; como dice el prefacio de la Ascensión, «no se ha ido para desentenderse de este mundo»;
- y además nos da su Espíritu para que en todo momento nos guíe y anime, y sea nuestro Abogado y Maestro.

Con todo esto, ¿tenemos derecho a sentirnos solos? ¿tenemos la tentación del desánimo? Entonces ¿para qué hemos estado celebrando durante siete semanas la Pascua de Jesús, que es Pascua de energía, de vida, de alegría, de creatividad, de Espíritu?

/// «Yo soy el primero y el último, yo soy el que vive» (*entrada*)

/// «Lo que me importa es cumplir el encargo que me hizo el Señor Jesús: ser testigo del evangelio» (*1ª lectura*)

/// «Nuestro Dios es un Dios que salva» (*salmo*)

/// «Ellos están en el mundo mientras yo voy a ti» (*evangelio*)

/// «El Espíritu Santo os lo enseñará todo» (*comunión*)

MIÉRCOLES

1. Hechos 20, 28-38

a) La segunda parte del discurso de despedida de Pablo, antes del emocionante adiós junto al barco, se refiere al futuro de la comunidad y a la actuación de sus responsables.

La primera frase es muy densa: «Tened cuidado de vosotros y del rebaño que el Espíritu Santo os ha encargado guardar, como pastores de la Iglesia de Dios, que él adquirió con la sangre de su Hijo». O sea:

- la comunidad o la Iglesia es de Dios Padre,
- que se la ha adquirido o comprado con la Sangre de su Hijo, Jesús,
- ha sido el Espíritu quien ha puesto a estos presbíteros como responsables y pastores de la comunidad,
- y tienen que tener cuidado de ellos mismos y del rebaño a ellos confiado.

El protagonista es Dios Trino, por una parte: «ahora os dejo en manos de Dios y de su palabra, que es gracia».

Y por otra, la comunidad. Los pastores han sido nombrados para que cuiden de ella, librándola de los peligros que la acechan: lobos feroces deformarán la doctrina e intentarán arrastrar a los discípulos. Los buenos pastores deberán estar alerta, como lo había estado siempre el mismo Pablo. Además, deberán mostrarse desinteresados en el aspecto económico. De nuevo se pone Pablo como ejemplo, porque nunca quiso ser carga para la comunidad. Y cita unas palabras de Jesús que no aparecen en los evangelios: «más vale dar que recibir». *Es probable que la recibiera de alguno de los*

b) El cuadro que traza Pablo de una comunidad cristiana sigue teniendo una actualidad admirable.

Su punto de referencia tiene que seguir siendo Dios: «os dejo en manos de Dios». Pero también en manos de unos pastores responsables, que tienen que dedicarse, con vigilancia y amor, a cuidar de la comunidad, animándola, defendiéndola de los peligros, dando ejemplo de entrega generosa.

Toda la comunidad, basada en la Palabra y la gracia de Dios, sintiéndose animada por el Espíritu de Jesús, debe tender a «construirse» y «tener parte en la herencia de los santos», con un sentido de pertenencia mutua y de corresponsabilidad.

¿Tenemos esta visión dinámica y conjunta de nuestra comunidad? Todos somos llamados a la tarea común, en la que entra el apoyo en Dios, pero también la vigilancia contra los errores y desviaciones, y el amor generoso en la entrega por los demás.

Como menos conocidas, por no estar en los evangelios, tendríamos que hacer hoy nuestras las consignas de Jesús que nos recuerda Pablo, y que pueden dar sentido a nuestro trabajo en y por la comunidad: «Más vale dar que recibir. Más dichoso es el que da que el que recibe».

2. Juan 17,11-19

a) Jesús, en su oración al Padre, se preocupa de sus discípulos y de lo que les va a pasar en el futuro.

Igual que durante su vida él los guardó, para que no se perdiera ni uno (excepción hecha de Judas), pide al Padre que les guarde de ahora en adelante, porque van a estar en medio de un mundo hostil: «no ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del mal».

Sigue en pie la distinción: los discípulos de Jesús van a estar «en el mundo», son enviados «al mundo» («como tú me enviaste al mundo, así los envío yo al mundo»), pero no deben ser «del mundo» («no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo»).

Jesús quiere que sus discípulos, además, vivan unidos («para que sean uno,

como nosotros»), que estén llenos de alegría («para que ellos tengan una alegría cumplida») y que vayan madurando en la verdad («santifícalos en la verdad»).

b) También el programa de Jesús para los suyos es denso y dinámico. Y está hablando del futuro de su comunidad. O sea, de nosotros.

Estamos en este mundo concreto, al que tenemos que saber ayudar, sin renegar de él. No pedimos ser sacados del mundo. Es a esta nuestra generación, no a otras posibles, a la que tenemos que anunciar el mensaje de Cristo, con nuestras palabras y sobre todo con nuestras obras. El Vaticano II nos ha renovado la invitación a dialogar con el mundo, en el que los laicos, por ejemplo, están más sumergidos, pero también los religiosos y los ministros ordenados.

Eso sí: se nos encomienda que no seamos «del mundo», o sea, que no tengamos como mentalidad la de este mundo –que para el evangelista Juan es siempre sinónimo de la oposición a Dios–, sino la de Cristo. Que no sigamos las bienaventuranzas del mundo, sino las de Cristo. Nuestro punto de referencia debe ser siempre la Verdad, que es la Palabra de Dios. No las verdades a medias o incluso las falacias que a veces nos propone el mundo.

En la Eucaristía, y siempre que rezamos el Padrenuestro, pedimos a Dios: «no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal». Que puede traducirse también «del Maligno». Andamos empeñados en una lucha entre el bien y el mal. Con la confianza puesta en Dios, todos deseamos vernos libres del mal y ayudar a los demás a unirse también a la victoria de Cristo contra el pecado y la muerte. Sobre todo cuando recibimos en la comunión al «que quita el pecado del mundo».

/// «Concede a tu Iglesia
vivir unida en el amor, según tu voluntad» (*oración*)

/// «Más vale dar que recibir:
más dichoso es el que da que el que recibe» (*1ª lectura*)

«El Espíritu os recordará todo lo que os he dicho» (*aleluya*)

«Que ellos tengan mi alegría cumplida» (*evangelio*)

«No ruego que los retires del mundo,
sino que los guardes del mal» (*evangelio*)

«La participación en esta Eucaristía,
aumente, Señor, nuestra santidad» (*poscomunión*)

JUEVES

1. Hechos 22,30; 23, 6-11

a) La historia de Pablo se precipita hacia el fin. En el libro de los Hechos ahora la selección que leemos en misa es más salteada, porque quedan pocos días para el final de la Pascua.

Pablo, en Jerusalén, es detenido –entre otras cosas para protegerle del motín que contra él han sabido levantar los judíos y que amenaza con lincharlo– y está ahora en presencia del Sanedrín y del tribuno romano, que quiere enterarse de los motivos de tanto odio contra Pablo.

La astucia de Pablo le va a salvar también esta vez.

Ante todo, porque, conocedor de que en el Sanedrín hay un fuerte grupo de saduceos, que niegan la resurrección como imposible, y otro de fariseos, que sí admiten la posibilidad de la resurrección, provoca una discusión entre los dos grupos, que se enzarzan entre sí olvidándose de Pablo.

Y además, porque apela al César. Como ciudadano romano, al ver que en Jerusalén va a ser difícil salir absuelto por la tensión que se ha creado en torno a él, invoca su derecho de ser juzgado en Roma. De noche oye en visión la voz del Señor: «Ánimo. Lo mismo que has dado testimonio a favor mío en Jerusalén, tienes que darlo en Roma».

b) En el fondo, ir a Roma, el centro del imperio, ha sido desde hace años para Pablo un sueño personal y también apostólico.

Por eso apela al César, y por eso hace lo posible para salir ileso del tumulto de Jerusalén contra él. Una cosa es dar testimonio de Cristo, y otra, aceptar la muerte segura en manos de los judíos. Más tarde, ya en Roma, en su segundo cautiverio, sí será detenido y llevado a la muerte, al final de su dilatada y fecunda carrera de apóstol.

A veces la comunidad cristiana tiene que saber también defender sus derechos, denunciando las injusticias y tratando de superar los obstáculos que se oponen a la evangelización, que es su misión fundamental. Y eso, no tanto por las ventajas personales, sino para que la Palabra no quede encadenada y pueda seguir dilatándose en el mundo. El mismo Jesús nos enseñó a conjugar la inocencia y la astucia para conseguir que el bien triunfe sobre el mal. Pablo nos da ejemplo de una audacia y una listeza que le permitieron hacer todo el bien que hizo.

2. Juan 17, 20-26

a) Que todos sean uno. Es lo que pide Jesús a su Padre para los que le siguen y los que le seguirán en el futuro.

El modelo es siempre el mismo: «como tú, Padre, en mí y yo en ti». Es el prototipo más profundo y misterioso de la unidad. Que los creyentes estén íntimamente unidos a Cristo («que los que me confiaste estén conmigo, donde yo estoy»), y de ese modo estén también en unión con el Padre («para que el amor que me tenías esté en ellos, como también yo estoy en ellos»). Esa unidad con Cristo y con el Padre es la que hace posible la unidad entre los mismos creyentes.

Y a la vez es la condición para que la comunidad cristiana pueda realizar su trabajo misionero con un mínimo de credibilidad: «para que el mundo crea que tú me has enviado».

b) La unión entre los seguidores de Cristo es una tarea inacabada, una asignatura siempre pendiente, tanto dentro de la Iglesia católica como en sus relaciones con las otras iglesias cristianas.

La consigna del «*Ut unum sint*», «que sean uno», no la acabamos de obedecer, por nuestra falta de capacidad dialogadora y de humildad.

La Pascua, centrada durante siete semanas en la nueva vida de Cristo y en el don de su Espíritu, debería producir en nosotros el fruto de la unidad. Esta es la petición y el testamento de Cristo en su Última Cena, pensando en nosotros, «los que crean en mí por la palabra de ellos».

Deberíamos progresar en la unidad: en nuestro ambiente doméstico, en la comunidad eclesial local, y también en nuestra comprensión y acercamiento a las otras confesiones cristianas, como ya nos encargara el Vaticano II. Si no buscamos nuestro propio interés o victoria, sino que sabemos centrarnos en Cristo y su Espíritu, no deberían ser obstáculo las diferencias de sensibilidad o doctrina entre las varias iglesias o personas.

En la Eucaristía invocamos dos veces al Espíritu. La primera, sobre los dones del pan y del vino, para que él los convierta para nosotros en el Cuerpo y Sangre de Cristo.

La segunda invocación es sobre la comunidad: «los que vamos a participar del Cuerpo y Sangre de Cristo». Y lo que se pide que el Espíritu realice sobre la comunidad es: «que congregate en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo», que «formemos un solo cuerpo y un solo espíritu»...

El fruto de la Eucaristía es la unidad. Como lo debe ser de la Pascua que hemos celebrado. Para ser fieles al testamento entrañable del Señor: «que sean uno».

«Que tu Espíritu, Señor, nos penetre con su fuerza» (*oración*)

«Que nuestro obrar concuerde con tu voluntad» (*oración*)

«Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti» (*salmo*)

«Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia» (*salmo*)

«Que sean uno, como nosotros somos uno» (*evangelio*)

«Que la Eucaristía nos comunique tu misma vida divina,
para que logremos vivir en plenitud
las riquezas de tu Espíritu» (*poscomunión*)

VIERNES

1. Hechos 25, 13-21

a) El nuevo gobernador romano en Judea, Porcio Festo, mantiene detenido a Pablo en Cesarea, a donde lo han trasladado para mayor seguridad. Y aprovecha la visita del rey Agripa y su hermana Berenice para explicarles el caso de este Pablo, uno de los más curiosos que ha heredado de su antecesor Félix.

Festo, como todos los personajes romanos que aparecen en el libro de los Hechos, se muestra respetuoso de la ley y deseoso de que triunfe la justicia.

A nosotros nos interesa sobre todo el modo cómo él resume la discusión entre Pablo y los judíos. Se trata de asuntos de religión: «un difunto llamado Jesús, que Pablo sostiene que está vivo».

Y como Pablo ha apelado al César, al gobernador no le queda más remedio que mantenerle en prisión hasta el momento en que se organice la travesía hacia Roma de algún barco oficial.

b) Ojalá se pudiera resumir todo lo que nosotros hablamos y trabajamos, con las mismas palabras del gobernador romano sobre Pablo: «un difunto llamado Jesús, que Pablo sostiene que está vivo».

El mundo de hoy, aunque en cierta medida aprecie a Jesús de Nazaret por su doctrina y su testimonio, llega pocas veces a la convicción de su divinidad o de su resurrección. No se deja animar por la presencia, también hoy y aquí, de ese Jesús, ahora el Señor Resucitado, que comunica vida a su comunidad, y quiere transformar la sociedad y todo el universo.

De cada uno de nosotros se tendría que poder decir que sí creemos en ese Jesús Resucitado, y que es él quien da sentido a nuestra existencia y a nuestra actividad. Si no, ¿de qué habrán servido estas siete semanas de celebración pascual?

2. Juan 21, 15-19

a) Hoy y mañana, los últimos días feriales de la Pascua, cambiamos de escenario. Lo que leemos no pertenece ya a la Última Cena, sino a la aparición del Resucitado a siete discípulos a orillas del lago de Genesaret.

Ya habíamos leído esta aparición en la primera semana de Pascua –por tanto el final de la Pascua conecta con su principio– pero hoy escuchamos el diálogo «de sobremesa» que tuvo lugar después de la pesca milagrosa y el encuentro de Jesús con los suyos, con el amable desayuno que les preparó.

El diálogo tiene como protagonista a Pedro, con las tres preguntas de Jesús y las tres respuestas del apóstol que le había negado. Y a continuación Jesús le anuncia «la clase de muerte con que iba a dar gloria a Dios».

b) La escena junto al lago de Tiberíades fue una gran lección para Pedro y para nosotros.

Él había afirmado en la Última Cena que, aunque todos abandonaran a Jesús, él no lo abandonaría. Pero luego lo negó tres veces, jurando que ni le conocía. Ahora, a la pregunta de Jesús: «Pedro, ¿me amas más que éstos?», tiene que contestar con mucha más humildad: «Señor, tú sabes que te quiero». Se cuida mucho de no añadir que «más que los demás».

Pedro, el apóstol impulsivo, que quería de veras a Jesús, aunque se había mostrado débil por miedo a la muerte, tiene aquí la ocasión de reparar su triple negación con una triple profesión de amor. Jesús le rehabilita delante de todos: «apacienta mis corderos... apacienta mis ovejas». A partir de aquí, como hemos visto en el libro de los Hechos, Pedro dará testimonio de Jesús ante el pueblo y ante los tribunales, en la cárcel y finalmente con su martirio en Roma.

Al final de la Pascua, cada uno de nosotros podemos reconocer que muchas veces hemos sido débiles, y que hemos callado por miedo o vergüenza, y no hemos sabido dar testimonio de Jesús, aunque tal vez no le hayamos negado tan solemnemente como Pedro. Tenemos la ocasión hoy, y en los dos días que quedan de Pascua, para reafirmar ante Jesús nuestra fe y nuestro amor, y para sacar las consecuencias en nuestra vida, de modo que este testimonio no sólo sea de palabras, sino también de obras: un seguimiento más fiel del Evangelio de Jesús en nuestra existencia.

También a nosotros nos dice el Señor: «sígueme». Desde nuestra debilidad podemos contestar al Resucitado, con las palabras de Pedro: «Señor, tú sabes que te amo». Y también, imitando esta vez a Pablo, podemos reafirmar que «creemos que Jesús, ese a quien el mundo da por difunto, está vivo».

«Haz que vivamos con mayor plenitud las riquezas de nuestra fe» (*oración*)

«Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios» (*salmo*)

«Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*aleluya*)

«Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero» (*evangelio*)

«El Espíritu de la Verdad os comunicará toda la verdad» (*comunión*)

SÁBADO

1. Hechos 28,16-20. 30-31

a) El último pasaje de los Hechos que leemos resume los dos años que Pablo estuvo en Roma en su primer cautiverio. Nos saltamos, por tanto, lo que se cuenta de su viaje por mar, lleno de peripecias, y su estancia en Malta.

En Roma estaba alojado en una casa, con un arresto domiciliario vigilado. Pero nadie le impedía hacer lo que él siempre había querido hacer: evangelizar, anunciar a Cristo Jesús. Y ahora precisamente en el centro del imperio y del mundo: Roma.

Llamó ante todo a los principales de los judíos, ante los que se justificó y les dio su versión del proceso que había tenido lugar en Jerusalén contra él. Pero también predicó a otros muchos, «enseñando la vida del Señor Jesucristo con toda libertad».

No fue en este cautiverio en Roma cuando dio testimonio con su muerte. Al ser liberado, visitó otras comunidades y seguramente viajó a España, como ya había anunciado que iba a hacer. En una segunda detención en Roma es cuando su confesión de Cristo terminó en el martirio, hacia el año 67.

b) Con arresto domiciliario o no, a Pablo nada le impide predicar a Cristo. Ahora da testimonio de Jesús en Roma, como ya le había anunciado el Señor en una visión. Y como había encargado a los discípulos el día de la Ascensión: que dieran testimonio de él empezando en Jerusalén y llegando hasta los confines de la tierra.

Es incansable este apóstol. La fe inquebrantable que tiene en Jesús le mueve en todo momento y da sentido a toda su actuación. Y cuando se trata, no de sus derechos personales, sino de la evangelización, se defiende con inteligencia, para que la Palabra no quede nunca encadenada.

También nosotros, al final de la Pascua, y en vísperas de recibir de nuevo la gracia del Espíritu en la fiesta de Pentecostés, tendríamos que aprender mayor generosidad y decisión en nuestra vida de cristianos, en nuestro seguimiento de Jesús, el Señor Resucitado.

En ciertas ocasiones podemos sentirnos también nosotros en parte coartados por la sociedad o por sus leyes, o mal interpretados en nuestras intenciones. Pero si de veras creemos en el Resucitado, que sigue presente, y confiamos en su Espíritu, que sigue siendo vida, fuego, savia y alegría de la comunidad eclesial, la energía de la Pascua debería durarnos y notársenos a lo largo de todo el año en nuestro estilo de vida.

2. Juan 21, 20-25

a) La escena de ayer, con el diálogo de Jesús y Pedro, sigue hoy, a partir de la invitación hecha a Pedro: «sígueme».

Este pasaje probablemente se tuvo que añadir en el evangelio de Juan para salir al paso de unos malentendidos que había sobre Juan, el discípulo amado de Jesús, a quien algunos parecían atribuir la inmortalidad o poco menos, y que a otros resultaría extraño que no le hubieran asignado como sucesor de Pedro cuando éste murió mártir en Roma.

Pedro tiene una intervención poco afortunada sobre si también tenía que seguirles Juan. La respuesta de Jesús fue un tanto seca, volviéndole a decir que él le siguiera, sin preocuparse de Juan.

El evangelio de Juan termina afirmando que Jesús «hizo muchas otras cosas», pero que no caben en los libros.

b) La escena de Pedro preocupado por Juan, que bien pudo ser debida a unos ciertos celos, nos demuestra que la fe va madurando muy poco a poco. Que todos somos débiles, y tendemos a mezclar en nuestra actuación motivos espirituales y otros muy humanos y no tan confesables.

Pero Pedro maduró por obra del Espíritu, y nos dio más tarde magníficos testimonios de su amor a Jesús. Él todavía no sabe que irá a Roma y que allí, después de un apostolado también lleno de valentía y de entrega, confesará con su vida a Cristo ante las autoridades romanas, él que le había negado ante una criada.

Mientras tanto, el evangelio de Juan parece como si no acabara: hay muchas

otras cosas de Cristo que no caben en los libros. Ahí estamos nosotros, los que creemos en Jesús dos mil años después, los que no le hemos visto pero le seguimos. Los que estamos desplegando la Pascua en la historia que nos toca vivir. Los que hemos celebrado estas siete semanas, que concluirán con el don mejor del Resucitado, su Espíritu. Nosotros, que estamos intentando vivir en cristiano y anunciar ante el mundo que Cristo Jesús es el que da sentido a toda la historia y a nuestra vida. Y que nos estamos dejando llevar por el Espíritu de Jesús a la verdad plena, a la verdad encarnada en cada generación.

Porque la finalidad de todo el evangelio, como dice Juan en su primera conclusión, es que todos crean «que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengan vida en su nombre» (Jn 20,31).

«Los discípulos se dedicaban a la oración en común» (*entrada*)

«Concédenos conservar siempre en nuestra vida
la alegría de estas fiestas de Pascua» (*oración*)

«Porque el Señor es justo y ama la justicia,
los buenos verán su rostro» (*salmo*)

«Jesús dijo a Pedro: Sígueme» (*evangelio*)

«Ayúdanos a pasar de la vida del pecado
a la nueva vida del Espíritu» (*poscomunión*)